

MORUENA ESTRÍNGANA

MI ERROR

FUE

*Buscarte en
otros brazos*



2

Parte 2

Click
EDICIONES

Índice

Dedicatoria

MI ERROR FUE BUSCARTE EN OTROS BRAZOS PARTE II

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Epílogo

Agradecimientos

Biografía

Próximamente

Créditos

Click

Te damos las gracias por adquirir este EBOOK

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Próximos lanzamientos
Clubs de lectura con autores
Concursos y promociones
Áreas temáticas
Presentaciones de libros
Noticias destacadas

PlanetadeLibros.com

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Comparte

*Dedico esta serie a mis lectores.
Gracias por estar conmigo en cada libro
y por vuestro cariño y apoyo constante.
¡Un escritor no es nada sin vosotros!*

**MI ERROR FUE BUSCARTE
EN OTROS BRAZOS**

PARTE II

CAPÍTULO 10



LAIA

Han pasado casi cuatro meses desde mi incidente y, aunque no lo he superado del todo, me siento cada vez mejor. Cuando veo las películas que antes me entusiasmaban, siento que poco a poco vuelve a mí la joven fantasiosa y romántica. Sigo teniendo muchos miedos, pero he aprendido a vivir con ellos y mi familia también. Ya no me miran con tristeza y empiezan a comportarse conmigo como siempre. Ahora incluso me regañan. El primer día que lo hicieron sonreí, pues por fin me sentía normal y no me trataban como si fuera de cristal y pudiera romperme en cualquier momento.

Las clases de Dulce me vienen muy bien y me estoy integrando en el grupo. Al contrario que yo, la mayoría de las chicas han sido agredidas por desconocidos, personas que aparecieron de la nada y cambiaron su vida para siempre. Por suerte, algunas de ellas ahora llevan una vida normal: una está a punto de casarse y otra ya casada con un marido que la adora y tiene varios hijos. Eso me da fuerza y esperanza, pues ambas son un vivo ejemplo de que se puede salir de esto. Sobre todo, me he quitado de la cabeza esa idea de que yo tuve la culpa de alguna manera en lo que me ocurrió.

Aún no me siento cómoda con cierta ropa, pero sí he dejado de vestir exclusivamente con ropas anchas y he empezado a interesarme por mi aspecto. Y eso es lo que estoy haciendo precisamente ahora. He escuchado a mi hermano hablar por el móvil con Robert y han quedado para tomar algo en un pub al que yo solía ir con ellos, y sé que Adair también irá. No he dejado de pensar en él en todo este tiempo y me he dado cuenta de que no quiero seguir alejada de alguien a quien tanto necesito. El otro día mi madre me dijo algo que me ha hecho pensar: que a veces las personas que nos quieren no esperan nada de nosotros, solo estar a nuestro lado. Ojalá sea así, ojalá Adair se conforme solo con estar a mi lado. Sé que aún me queda mucho para volver a ser la de antes, pero estoy preparada para soñar, para ansiar sus besos, para que me diga que me quiere y, esta vez sí, poder sonreírle, porque es lo que he ansiado toda mi vida y no voy a dejar que el miedo me quite eso.

Elijo un pantalón vaquero bombacho, una camiseta amarilla de manga larga de

cuello cerrado y holgada. Me arreglo el pelo y me maquillo un poco, no demasiado. Siento mariposas en el estómago y sonrío como una tonta delante del espejo porque voy a verlo, de pura anticipación. Hubo un momento en que pensé que nunca más volvería a sentir nada, ni alegría ni emoción ni pena, pero ahora cada pequeño acontecimiento lo disfruto enormemente.

Voy hacia el cuarto de mi hermano y toco la puerta. La abro cuando me dice que pase y lo veo ponerse su perfume y acicalarse delante del espejo, hasta que se gira hacia mí y mi apariencia le deja paralizado.

—¿Vas a algún sitio? —pregunta extrañado.

—Sí, bueno..., depende de ti. —Sonrío—. ¿Has quedado con estos... con Adair? —Él asiente—. ¿Puedo ir contigo?

Mi hermano se queda mudo un segundo y luego vuelve a asentir, sin que desaparezca la sorpresa de su rostro.

—Gracias.

—¿Estás segura?

—Sí. ¿Nos vamos?

—Claro. —Se acerca a mí y, guiado por un impulso, me da un beso en la mejilla—. Me alegra volver a salir contigo, hermanita.

Me quedo rígida por su gesto de cariño, pero enseguida me relajo y le vuelvo a sonreír.

—Ahora habrá que convencer a papá y mamá. Te dejo eso a ti. Yo cojo tu chaqueta, que ya va haciendo frío —dice saliendo de su cuarto.

Salgo detrás de él y mientras va al armario de la entrada entro en el salón, donde están mis padres viendo la tele. Los dos me miran embobados, igual de sorprendidos que mi hermano por mi vestimenta.

—¿Vas a salir esta noche?

—Yo sí —contesta mi hermano, que ya está de regreso con mi chaqueta y me la tiende.

—¿Y tú, Laia? —incide mi padre.

—Bueno, yo..., me gustaría mucho ir con Ángel..., hace tiempo que no salimos juntos.

Mi madre se pone pálida y yo sé por qué: la última vez que salí con mi hermano fue cuando pasó todo. Sin embargo, hoy necesito que me diga que sí, que confíe en que no me tiene por qué pasar nada, porque yo no tengo fuerzas para superar mi miedo y lidiar también con el suyo...

—Está bien —acepta mi padre serio; mi madre le toma la mano—. Más te vale cuidar de ella. —Mi padre se levanta y se acerca a nosotros mientras saca su cartera

—. Toma, para lo que queráis tomar.

Ángel coge el billete en silencio y se lo guarda. Solo han cruzado sus miradas, pero yo sé que mi padre le ha dicho en silencio: «No te separes de ella ni un instante», y mi hermano le ha respondido: «No lo haré». Me siento mal por mi hermano, por ser una carga para él más que otra cosa. De repente, se me han quitado las ganas de salir.

—He pensado que...

—... Que llegaremos tarde —me corta mi hermano adivinando mis pensamientos—. Hasta luego. No nos esperéis levantados. —Y cogiéndome del brazo, me saca de casa sin dejar que replique.

Salimos juntos del portal y empezamos a andar hacia el pub. Cuanto más me alejo de casa, más me cuesta seguir. No dejo de mirar a mi alrededor, imaginando que Carlos aparece desde detrás de cualquier esquina y me lleva de nuevo a un lugar oscuro... Me agarro con más fuerza del brazo de mi hermano. ¿No estaré precipitándome?... «No —me digo—. Si he decidido luchar, esto es lo que debo hacer.»

Por fin llegamos al pub. Me acerco aún más a mi hermano cuando abre la puerta; él solo me mira y entra, seguido muy de cerca por mí. De inmediato me siento aturdida por la música alta; hay bastante gente y tardo en acostumbrarme a la escasa luz.

—Allí están. Y ya ha llegado Adair... —Hace una pequeña pausa—. ¿De verdad te apetece estar aquí?

Noto el cambio en su voz al decir esto último y, al seguir su mirada, descubro por qué. Esta vez sí me quedo paralizada, y no por el miedo precisamente.

Adair está hablando con una chica. Él está de espaldas y no puedo verle la cara, pero la chica se le acerca mucho al oído; demasiado. ¿Qué esperaba? ¿Que él me esperase? La desilusión y la tristeza me inundan, y me siento como la joven Laia que se fue porque se dio cuenta de que Adair nunca sería para ella. Pero él me dijo que me quería... ¿o no? Ya no lo recuerdo, tal vez fue lo que yo entendí tras su confesión... Ahora solo oigo a mi mente machacadora decir: «¿Y tú te lo creíste? ¡Qué ilusa!».

—¿Laia?

Doy media vuelta y empiezo a irme, pero cuando llego a la puerta, aprieto los puños, me giro hacia mi hermano y le digo:

—No he llegado hasta aquí para irme así. —Y echo a andar con paso seguro hacia la mesa, furiosa conmigo misma por cómo ha acabado todo, por haber alejado a Adair de mi vida.

Cuando llego a la mesa con mi hermano pisándome los talones, veo que Adair está quieto, con las manos sobre la mesa, y Robert charla amistosamente con la joven que tiene al lado; parecen muy compenetrados. Observo la espalda de Adair y noto un sinfín de mariposas revoloteando en mi estómago por tenerlo tan cerca, las mismas que cuando era una adolescente.

—Hola, chicos —saluda mi hermano, gritando para que le oigan por encima de la música.

Ambos le saludan y yo sonrío detrás de Adair, que aún no se ha percatado de mi presencia. Robert, que está frente a mí, me mira asombrado y luego me sonrío, haciendo que sus ojos dorados brillen con más intensidad.

—Laia... —No llego a escucharlo, pero le he leído los labios y sé que ha dicho mi nombre.

Adair, en cambio, sí le ha oído, porque noto que se tensa y, acto seguido, se levanta de la silla alta para darse la vuelta hacia mí.

Sus ojos plateados me observan con intensidad y asombro. Yo trato de sonreír, pero ahora mismo solo puedo ser consciente de su cercanía y de mi corazón latiendo con fuerza en mi pecho. Lo he echado mucho de menos y, por su mirada, sé que él también a mí. Que me ha esperado.

—Laia...

Está tan perplejo que me hace gracia y no puedo evitar sonreír.

—He pensado salir un poco...

—Me alegra mucho. —Se ha inclinado hacia mí para hablarme al oído y, conforme salían de sus labios, esas palabras han producido un dulce cosquilleo en mí.

La joven que estaba al lado de Adair se va disimuladamente hacia mi hermano. Adair, por su parte, se hace a un lado para que me acerque a la mesa y me pone una mano en la cintura. Yo me tenso de forma automática, por lo que Adair trata de retirarla, pero me apresuro a poner mi mano sobre ella y que se quede ahí. Me he tensado porque no esperaba este gesto de él; odio no poder controlar más mis emociones.

—La que está al lado de Robert se llama Ainara. —Me presento y ella me da dos besos—. Y la otra que ahora va detrás de Ángel, porque se ha dado cuenta de que la ignoro —dice divertido, y yo me relajo porque en realidad no era él quien iba tras ella—, es Marta.

La joven me saluda, pero no tarda en volver tras su nueva presa. Me quito la chaqueta con ayuda de Adair, que va a dejarla con las de los demás y regresa junto a mí.

Me mira y yo le sonrío mientras me subo en el taburete que él ocupaba. La gente,

la música... , todo pierde su interés, solo puedo ser consciente de su mano acariciando mi espalda y los escalofríos de placer que me recorren. Esta vez sí lo siento, nada empaña mi felicidad, al menos de momento, y pienso disfrutar este instante mientras dure. Me vuelvo para mirar a Adair. Sus ojos se quedan fijos en los míos y veo un sinfín de preguntas en ellos; no sé si los míos le habrán sabido responder, pero sus labios muestran una sonrisa relajada. Lejos quedan esas sonrisas forzadas para que yo fuera feliz, esta le nace del corazón y su felicidad me traspasa y me hace sentir llena, completa, amada.

Mi hermano le pregunta algo a Adair y este habla con él, por lo que miro a mi alrededor. El ambiente es asfixiante. Veo la mesa donde Elen y yo nos emborrachamos aquel día en que yo traté de besar a Adair cuando me llevaba a casa, sin éxito... Parece que fue hace una eternidad. Me vuelvo hacia Adair y mis ojos se posan en sus labios. He soñado tantas veces con que me besara, con descubrir a qué sabían, que nunca imaginé que cuando tuviera la oportunidad de hacerlo me costaría tanto perderme en ellos.

De repente, un griterío llama mi atención y me vuelvo hacia el lugar de donde provienen los gritos: hay dos jóvenes pegándose en mitad de la pista. Los guardias de seguridad no tardan en separarlos y sacarlos del local, pero la agresividad de sus caras, los puñetazos que se lanzaban, han bastado para sacarme de mi momentánea calma. Me doy cuenta de que tengo aferrado a Adair y que sus fuertes brazos me protegen, aunque ahora mismo nadie corre peligro.

—Gracias —le digo separándome. Aún tiemblo por lo vivido y mi mente no para de recordar la cara de Carlos agrediéndome...

—Gracias a ti, Laia. —Esas palabras de Adair hacen que la imagen de Carlos se esfume de un plumazo, pues me doy cuenta de lo que significan: he confiado en él, me he acercado a él en busca de protección, pues en mi interior sé que nunca me hará daño. Al fin he conseguido dar el paso que me faltaba.

CAPÍTULO 11



ADAIR

No puedo apartar los ojos de Laia. Todavía me parece increíble que esté aquí. Sobre todo porque no ha dejado de sobresaltarse desde que llegó, la noto temblar a cada segundo y puedo sentir bajo mi mano el esfuerzo tan grande que está haciendo para seguir aquí y querer divertirse como una joven más. De cuando en cuando me mira disimuladamente y, pese a la poca luz que hay en el local, puedo ver como se sonroja, y cuando me ha sonreído... Dios, he creído quedarme petrificado. Ha habido momentos en los que temí que jamás recordaría lo que era sonreír, pero aquí está. Poco a poco la antigua Laia va apareciendo; gracias a Dios, su inocencia y su alegría no se las robó ese imbécil. Nuevamente me invade la furia al pensar en el desgraciado que estuvo a punto de arrebatarme todo esto. Si Laia no hubiera sido fuerte... Intento calmarme y me concentro en ella. Tengo tantas cosas que decirle, quiero saber tantas cosas, que no sé por dónde empezar y la música aquí está tan alta que dudo que me escuche.

Laia toma mi copa y se acerca a mí para preguntarme qué es.

—Mejor no lo pruebes. La última vez que te vi beber no te sentó muy bien —le respondo también al oído. Laia me mira con una sonrisa, pues ha notado en mi voz que no lo decía del todo en serio, y luego lo huele desconfiada.

—Es solo un refresco, mentiroso. —Lo prueba y luego lo deja sobre la mesa—. ¿Qué tal todo?

Tiene que chillar para que pueda oírla por encima de la música, por lo que me acerco más a ella.

—Bien. ¿Y tú? —Laia levanta los hombros y nos quedamos en silencio.

Levanto la vista y me encuentro con los ojos de Ángel, que no pierde detalle de nuestra conversación, y después mira hacia la puerta y me hace un gesto con la cabeza, indicándome que nos vayamos fuera.

—Ven.

Laia baja de la silla. Ángel se le acerca, le dice que no pueden volver muy tarde y se despide de nosotros. Cojo mi chaqueta y la de Laia.

Salimos del local y de inmediato notamos el bajón de temperatura y el silencio

de la noche. Laia mira a su alrededor y, sin querer, su vista se pierde en la dirección en la que está la discoteca del pueblo, el local donde estaba con Carlos la noche que la atacó.

—Venga, Laia, no te atormentes...

—Me gustaría... —Laia se retuerce las manos y, antes de que hable, sé lo que va a decir—. Me gustaría ir..., quiero ir y ver que no pasa nada, que no es más que un lugar..., solo así podré seguir hacia delante. ¿Me acompañas?

La miro serio, creyendo que se ha vuelto loca. ¿Por qué quiere martirizarse de esa forma? Sin embargo, no es el primer caso de agresión que conozco en el que las víctimas desean volver al lugar donde su vida cambió dramáticamente como parte del proceso de superación. De modo que aprieto la mandíbula, asiento y le tiendo la mano.

—Iré contigo, pero no creo que sea necesario que hagas esto.

—Yo sí. —Laia toma mi mano y caminamos en silencio. Tendría que hacerla desistir, pues sé que, en cuanto lo vea, los recuerdos la van a asaltar y volverá a revivirlo todo. Si la acompaño, es solo porque no quiero que haga esto sola.

Conforme nos acercamos, Laia se empieza a tensar y sus pasos se ralentizan. Es una zona alejada de la ciudad, despoblada e inhóspita, y puedo escuchar su respiración agitada. Al mirarla, adivino en su cara lo mucho que le está costando dar este paso, pero Laia no desiste, no deja de andar. Yo guardo silencio, pues sé lo importante que es este momento para ella, y debe sentirse fuerte y segura para llevarlo a cabo. Yo solo puedo sostener su mano y transmitirle mi fuerza, aunque sienta que no es suficiente y aunque odie ir a ese lugar, recordar el instante en que la vi llena de sangre y fui consciente de lo que le había pasado... Pero, al igual que ella se traga su miedo y no deja de andar, yo me guardo mi dolor para mí.

Cuando estamos llegando a la esquina del callejón donde Carlos la atacó, Laia se detiene y se abraza a mí tratando de coger fuerzas. Una vez más me siento conmovido por el gesto, por la confianza que deposita en mí y por sentir que soy tan importante para ella. He leído sus diarios y me he asombrado, no solo de lo que ella sentía, sino también de lo que Laia era capaz de ver en mí y saber de mí mismo, y de mis sentimientos. Ella me conocía antes como nadie, y espero que poco a poco conozca a la persona que soy ahora. Si existe alguien en el mundo que puede hacerlo, es ella.

—Sé que tengo que enfrentarme a esto, pero cuesta tanto... —me dice con un hilo de voz, mirándome con sus ojos verdes llenos de lágrimas.

Yo la miro esperando que encuentre en mí el valor que necesita, a pesar de que su llanto me mata por dentro y lo que más deseo ahora mismo es cogerla y sacarla de

aquí. A mí también me está costando mucho estar en este lugar, recordar aquella noche, pero sé lo crucial que es para Laia, y que haya venido aquí conmigo me hace sentir muy importante para ella y me deja claro que, pese a que a veces me rehúya, no me teme.

—Si no puedes hoy, será otro día. Te acompañaré las veces que haga falta...

—No, quiero hacerlo hoy..., quiero pasar página cuanto antes...

—No hay prisa, Laia...

—Han pasado cuatro meses. Ya he esperado bastante, ¿no crees?

No digo nada, pues no puedo rebatir eso.

Laia me abraza con fuerza una última vez, intentado serenarse, y luego se separa y empieza a andar. Camino a su lado, un paso por detrás de ella, por si me necesita, pero sé que ahora mismo tiene que hacer esto sola. Cuando dobla la esquina, veo que se detiene y se lleva la mano al pecho —por lo que Ángel me contó, su ex le infligió un gran daño en ellos—. Aprieto los puños, pero logro mantener la calma y aguantarme las ganas de llevármela de aquí.

Laia da otro paso, con la mirada fija en el lugar exacto donde pasó todo. Yo también recuerdo ese momento: su cuerpo en el suelo hecho un ovillo, la forma en que me miró con los ojos llenos de dolor y miedo, sus gritos de que nadie la tocáramos...

Laia se da la vuelta hacia mí. Está llorando y se seca las lágrimas con impotencia.

—Es solo un trozo de acera... Sé que él no aparecerá aquí para hacerme daño por segunda vez..., pero para mí no es un lugar cualquiera. Ojalá mi mente pudiera desvincularlo de ese recuerdo...

—Un día lo harás. Eres muy fuerte, Laia. No todo el mundo es capaz de hacer lo que tú estás haciendo.

Laia agacha la mirada y se observa las manos.

—Estoy temblando... —Y me mira. Yo abro los brazos, para que busque refugio en ellos, y no tarda en hacerlo—. Gracias por venir conmigo.

—De nada —digo acariciando su espalda para que se tranquilice y se le pase el temblor, aunque sigo furioso por dentro y no paro de ver la cara del desgraciado que la agredió.

—¿Te apetece que demos un paseo en coche? —le pregunto intentando parecer despreocupado—. Sé de un lugar muy bonito.

—Sí, por favor, salgamos cuanto antes de aquí.

Echamos a andar; Laia se apoya en mí, pues sigue temblando y pueden flaquearle las piernas. Cuando llegamos a mi casa y entramos en el garaje, voy directo hacia mi coche, pero ella se fija en el cochazo que está aparcado al lado del mío.

—¿Es este el coche de Liam? —Asiento—. Elen me contó que lo tenía a tu nombre y que lo cogía cuando necesitaba escaparse del palacio y de sus responsabilidades.

—Sí, el mío es este.

—Es precioso también.

—Para mí, sí.

Laia me sonrío y sube en el lado del copiloto.

—Una vez, mi hermano y yo pasamos por aquí para comprar unas cosas y me señaló cuál era tu casa desde la calle.

—Sí, bueno, podría decirse que es un poco la casa de todos. Un día se me ocurrió la genial idea de hacerles un juego de llaves para que no estuvieran todo el rato llamando a la dichosa puerta, y ahora aparecen cada dos por tres, como Pedro por su casa, tanto tu hermano como Robert.

—Sí, eso también me lo dijo, aunque no con esas palabras.

Mi comentario le ha robado una breve risa, pero luego saca un pañuelo de su bolso y se seca las lágrimas con mano temblorosa, y me doy cuenta de lo que pasa: Laia está tratando de hablar de temas triviales, pero sigue afectada por lo que acaba de vivir, y la sangre me hierve por dentro. La verdad, no sé qué prefiero: si que no hable de ello, o que de una vez saque lo que lleva dentro y me diga cómo se siente. Siempre he sido muy buen observador, pero con Laia me siento muy perdido, no sé cómo reaccionar, así que, una vez más, me quedo a la expectativa.

Sigo conduciendo, procurando centrarme en la carretera. Sin embargo, con el rabillo del ojo veo que Laia se gira todo el rato hacia la ventanilla para secarse las lágrimas disimuladamente, y la oigo llorar en silencio. Hago verdaderos esfuerzos por no perder la paciencia, pero llega un momento en que no puedo más, giro el volante y aparco el coche en el arcén bruscamente.

—¿Me podrías contar qué... te pasa? —Me trago un «diablos» para no asustarla más, porque ella se ha girado y me mira con los ojos muy abiertos—. Estoy cansado de mantenerme al margen, Laia. Vale que normalmente soy el observador, el que sabe todo lo que le ocurre a la gente de mi alrededor y no dice nada, pero contigo estoy cansado de ser así. Quiero saber por qué lloras, qué sientes... —Los ojos de Laia se agrandan y me hacen sentir mal por ser tan duro con ella—. Mira, olvídalo.

Agarro las llaves para poner el coche en marcha, pero Laia coloca su mano sobre la mía para detenerme y dice:

—Gracias.

Su respuesta me sorprende tanto que por un momento pienso que se ha vuelto loca.

—¿Gracias por qué?

—Por dejar de tratarme como si fuera de cristal —lo dice muy seria, con los ojos aún acuosos por las lágrimas—. Si lo hubieras seguido haciendo, sinceramente, nuestra relación estaba destinada a fracasar.

La miro asombrado y sintiéndome un poco tonto por no haber sabido darme cuenta antes de cómo tratarla.

—¿Y bien? ¿Me vas a decir qué te pasa? —digo más calmado.

Laia me mira seria y luego mira hacia delante.

—Sé lo de la defensa de Carlos.

Me quedo helado. No sabía que Laia supiera que Carlos sigue manteniendo su versión de que él no fue quien la atacó. Y, para colmo, sus padres han contratado al mejor abogado de su ciudad. A saber qué les habrá contado. Cuando leí su declaración, casi fui a sacarle a puñetazos la verdad, y eso que no suelo perder la calma, pero todos somos muy buenos hasta que nos tocan a alguien a quien queremos.

—¿Cómo te has enterado?

—Me levanté por la noche a beber agua y escuché hablar a mis padres. Sé que ninguno me lo habéis contado por miedo a lo que pudiera sentir... —me mira un segundo—, pero estoy cansada de esto. Cada vez que os comportáis así conmigo, que tratáis de protegerme, me recordáis que algo me pasó y me cuesta mucho más salir. Es igual que esta noche. Si he querido ir allí, era para recordar cómo ocurrió en realidad sin que me quepan dudas.

—¿Por qué? ¿Acaso crees que fue como él dijo en su declaración?

—No. Mi subconsciente me muestra cada noche lo que viví y él no me trataba de ayudar. Pero a veces no sé qué pensar... Todo pasó tan despacio... y a la vez tan rápido...

—Ese desgraciado cree que, como no te llegó a violar, el juez le declarará inocente y se librará de la condena...

—Tengo miedo... No sé si seré capaz de hablar delante de él y de toda la gente presente en el juicio... —Cojo su mano para darle ánimo—. Dios, qué ganas tengo de que todo acabe. Solo así podré mirar al futuro sin que nada lo enturbie. A veces, cuando creo que estoy bien, pienso en el juicio... y todo vuelve a suceder en mi cabeza.

—Siento que la justicia vaya tan lenta.

—Yo también. —Laia se seca las lágrimas y me pregunta—: ¿Crees que seré capaz de contar lo que pasó ante tanta gente?

—Por supuesto que podrás. Yo estaré allí, y Dulce también; como fuimos los que

te encontramos, nos llamarán como testigos...

—... Y lo escucharás todo —deduce Laia, y noto como se sonroja—. Entonces me gustaría contártelo a ti primero.

Me tenso y la observo serio, pero digo:

—Como quieras. Sé que te hará bien hablar de ello, y a mí me gustará escucharte.

Laia sonríe.

—No, no te gustaría. Puedo ver en tu cara lo mucho que te enfurece todo esto.

—Lo único que me enfurece es no haber dado una paliza a ese cabrón...

—Yo tampoco pude con él —dice Laia temblando.

En ese instante pasa un coche y nos tocan el claxon.

—Vamos a un lugar más tranquilo.

Laia asiente. Arranco y conduzco hasta una pequeña cala, a una media hora de camino. Cuando llegamos aparco el coche frente a la playa y nos quedamos mirando la luna reflejada en el mar.

—He estado entrenando... Soy consciente de que nunca hubiera podido con él, pero me está ayudando mucho. No solo me siento más fuerte por fuera, sino también por dentro.

—Dulce es muy buena maestra.

—Y tú lo debes de saber bien, porque fuisteis pareja. —«¿Cómo sabe eso?», pienso con cara de asombro—. Tenía mis dudas, pero tú me lo acabas de confirmar.

—Debería recordar cuando estoy contigo que me conoces muy bien.

—No, porque entonces perdería su gracia.

—Sí, cuando nos conocimos comenzamos a salir, pero al poco vimos que solo nos queríamos como amigos y que ninguno quería perder esa amistad. En cierta forma, fuiste tú quien nos hiciste darnos cuenta de ello...

—¿Yo?

Sonrío.

—Sí. Un día estábamos cenando y pasó una joven que, de espaldas, se parecía a ti. Te llamé y me levanté para ir a saludarla, y cuando vi que no eras tú, me senté. Pero a Dulce no se le había pasado por alto mi reacción y simplemente me sonrió y me dijo: «¿Quién es Laia?». Me la quedé mirando y de pronto me di cuenta no solo de mis sentimientos, sino de que Dulce tampoco sentía amor por mí. Le conté todo y aquella misma noche rompimos. Desde entonces somos buenos amigos.

—Es buena chica. No me extraña que te sintieras atraído por ella.

—Empecé a salir con ella porque en aquel momento tenía que seguir con mi vida.

—Como yo.

—Como tú.

—Entonces no hace mucho que estuvisteis juntos.

—Sí, más de dos años. Y por si te lo preguntas, Dulce y yo nunca llegamos a intimar.

—Me da igual. —Pero le alegra saberlo, porque sonrío mientras lo dice.

Nos quedamos en silencio. Laia empieza a frotarse las manos nerviosas.

—No quiero alargarlo más. —dice seria. Está a punto de abordar el tema que hasta ahora hemos estado evitando—. Yo creía que te había olvidado. Pero cuando te vi... supe que no podía olvidarte y que tenía que terminar con Carlos. —Los ojos de Laia están fijos en sus manos—. No podía seguir con alguien que no fueras tú, aunque tuviera que estar sola para siempre. —Sonríó por su dramatismo, pues la antigua Laia poco a poco está saliendo a la superficie—. Lo sé, soy una romántica, pero en ese momento lo vi claro. —Ella sonrío un instante antes de continuar—: Cuando le dije que quería cortar con él, se volvió loco. Su mirada se llenó de odio, vi a un Carlos que no conocía. Me asusté, pero él no me dejó huir... —Laia tiene la mirada ausente; su mente está ahora mismo inmersa en aquel fatídico día—. Me cogió con fuerza y me lanzó al suelo. Menos mal que tuve tiempo de marcar el número de la policía; si no, no sé qué hubiera sido de mí...

Sigue con el relato y, con cada palabra, la rabia crece dentro mí. Rabia por no haber podido llegar antes a socorrerla. Por no haberla retenido a mi lado cuando deseé hacerlo. Por no haberle hablado antes de lo que sentía por ella... No puedo dejar de culparme por lo que le pasó, y más al saber que yo fui de alguna forma el detonante para que ella lo dejara con Carlos y ese desgraciado quisiera violarla.

Estoy tan furioso conmigo mismo, que no me percaté de que Laia ha dejado de hablar y de que su pequeña mano está posada en mi mejilla. Poco a poco salgo de mi estupor y la miro.

—Adair, tú no tuviste la culpa, no fue culpa tuya.

No debería sorprenderme que ella sepa que me culpo de lo ocurrido, pero lo hago.

—En parte...

—Adair..., no sé por qué tenía que pasarme esto, pero no hay más culpable que Carlos. He tardado mucho tiempo en dejar de culparme a mí misma, en dejar de sentir vergüenza por lo que pasó, y quiero que tú hagas lo mismo, por favor.

Cojo su mano y la mantengo en mi mejilla.

—Tendría que ser yo el que debería estar consolándote a ti.

—Somos un equipo. Si uno sufre, lo hacemos los dos, ¿no?

—Sí. Supongo.

Laia alza las cejas; su gesto me hace sonreír.

—No me mires así. No me gusta la idea de... —me callo.

—¿... Que yo cargue con tus problemas? Pues no espero menos.

Le seco las lágrimas y no digo nada.

—Lo pensaré.

—Adair...

—He dicho que lo pensaré. Por ahora, no está mal.

—No estás solo, Adair, y tienes que empezar a dejar que los demás también cuidemos de ti.

—¿Te das cuenta de que acabas de contarme algo horrible que te ha sucedido, y estás más preocupada por mí que por ti? Eres única, Laia.

—He visto la cara que ponías conforme lo contaba. Si no me he detenido, ha sido porque quería sacarlo. A mis padres no puedo contárselo... No estoy bien, Adair..., pero quiero estarlo. Y no me gusta la idea de que lo que me pasó te pueda hacer daño a ti sin motivo.

—Sí hay un motivo..., tú no lo entiendes...

—Has sido paciente muchos meses. ¿De verdad no querías venir y verme? —No digo nada—. Pero no lo hiciste porque era mi deseo. Al igual que nunca has hablado de tu padre con tu madre porque piensas que ella no lo soportaría. Sientes rabia por lo que me pasó, pero te lo guardas y tratas de mirarme como si no pasara nada. Puedes percibir lo que piensan y sienten los demás, pero no dejas que nadie entre en tu interior. Yo lo acabo de hacer, veo tu rabia y tu dolor por lo que me pasó; sin embargo, no quieres que ahondemos más en el tema porque ya no es hablar de mí, sino de ti, de lo que a ti te preocupa. Si estás preparado para que yo confíe en ti, debes estarlo para confiar tú también en mí, aunque suponga mostrarte ante mí tan vulnerable como yo lo he hecho ante ti tantas veces.

—¿Algo más?

—De momento, no.

—De momento.

Abro la puerta del coche y salgo sin esperar que ella salga tras de mí. Me paseo arriba y abajo pensando en sus palabras. Por mucho que me moleste, sé que tiene razón, pero no me resulta nada fácil dejar que alguien me vea... vulnerable. Siempre he sabido cuidar de mí mismo, no necesito que nadie cuide de mí... Es más, estoy más acostumbrado a cuidar, no a que me cuiden. ¿Qué tiene eso de malo?

—¿Adair? —Me detengo y veo a Laia a mi lado, y espero que diga algo—. No tienes que cambiar de golpe..., solo quería que supieras lo que pienso y que si

estamos juntos, ya no estás solo..., a mí también me gustará cuidar de ti.

Me quedo mirándola. A pesar de la oscuridad, las luces del coche me permiten ver los rastros de rímel corrido por las lágrimas en sus mejillas, pero Laia no parece ofendida de mi reacción, solo expectante por ella.

—Poco a poco.

—Sí, esa es mi frase últimamente.

Me sonrío, y admiro su fuerza una vez más. Ella cree que sigue sumida en el pozo oscuro en que la dejó su ex, mientras que yo estoy presenciando cómo resurge de sus cenizas.

—Adair, te he contado lo que pasó en parte para que no saquemos más el tema..., a menos que sea necesario, claro..., pero no quiero que, cuando estés conmigo, estés pensando en ello todo el rato y te haga tratarme de una forma especial... ¿Crees que podrías?

«Pues claro que no podría.» Aunque le diga que no pensaré en ello, no podré. Cuando la bese, siempre temeré hacerle daño; cuando quiera amarla, como deseo hacer, temeré lastimarla... Me está pidiendo un imposible.

—Sí —digo con convicción. Me siento mal por mentirle, pero no puedo decirle que no, porque pese a todo la quiero y, si tengo que ser tan fuerte como ella, lo seré.

Su sonrisa tras mi afirmación bien ha merecido la pena. Me aferraré a ella para tratar de ser yo mismo y que el miedo a hacerle daño no me haga ir siempre con prudencia. ¿Lo conseguiré? Quiero pensar que sí. Me esforzaré por estar a la altura del regalo que Laia me está haciendo al confiar en mí.

CAPÍTULO 12



LAIA

Observo a Adair. Aun diciéndome que sí, sus ojos parecen más serios de lo normal. Sé que le preocupa hacerme daño intencionadamente y abro la boca para decir algo, pero la cierro por miedo a perderle. No paran de acosarme las dudas sobre si estoy haciendo lo correcto o me estoy dejando llevar por el romanticismo otra vez, pero si no lo intentamos, nunca sabremos si juntos podemos superar esto.

Adair sigue mirándome serio. Algunas personas piensan que nunca sonrío, yo sé que sí. El problema es que tuvo que madurar muy pronto, porque cuando su padre se fue, él dejó de ser un niño y pasó a ser el hombre de la casa. Y que se encierra en sí mismo porque vio lo mal que lo pasó su madre y no quería que llorara aún más por su culpa. Pese a su dolor, se hizo fuerte por su madre. Él nunca habla de esto, pero sé que es así. Me he pasado media vida observándolo cuando sabía que él no se daba cuenta, escuchando todo lo que decían de él y enamorándome más y más con cada cosa que sabía de él. He aprendido a conocerlo por los pequeños detalles, y soy consciente de la batalla interior que está pasando. Eso me hace olvidarme de mí misma, de mis miedos, y me hago fuerte por él, por nosotros.

—Adair... —después de decir su nombre, dejo de sentirme tan valiente y muere en mis labios el beso que le iba a pedir—. ¿Te gustaría hacer algo mañana? Hace tiempo que no voy al cine. —Enseguida me invade el pánico al pensar en la sala llena de gente, por si no podré estar allí, pero lo reprimo. Quiero vivir—. ¿Te gustaría ir?

La mirada de Adair se entristece y ya sé cuál va a ser su respuesta.

—Tengo que trabajar... Pero si tengo un rato, me pasaré por tu casa. —Sonrío para que no piense que su negativa me hace daño—. Y prometo que buscaré una tarde de esta semana para ir al cine. Creo que va siendo hora de que deje de trabajar tanto.

Me alegra oír eso; sé por mi hermano que Adair se está matando a hacer horas extras, y es bueno que baje el ritmo.

—Espero que no te enfades cuando te coja la mano —digo recordando la última vez que fuimos al cine juntos. Adair alza las cejas—. ¿No lo recuerdas?

—Claro que lo recuerdo —dice riendo.

—¿Y si en vez de cogerte la mano... —me detengo, pero respiro y tomo fuerzas.

Conozco a Adair, y sé que no dará el primer paso por miedo a que yo no esté preparada— ... te quiero... besar? —Lo último lo digo con un hilo de voz y enseguida agacho la cabeza, avergonzada.

Oigo sus pasos acercándose a mí y luego noto su mano bajo mi barbilla, alzándomela para poder leer en mi mirada cuando responda:

—¿Quieres que te bese?

Me sumerjo en sus ojos grises, que no pierden detalle de los míos, y le digo:

—Sí, quiero.

Adair me observa. Sé que se está debatiendo interiormente, pensando en cómo hacerlo para no traerme malos recuerdos. Yo, por mi parte, también estoy librado la misma batalla interior, en la que mis ganas de besarle luchan con el miedo a recordar la agresión de Carlos. Sin embargo, poco a poco gana el deseo y, sabiendo que Adair no va a llevar la iniciativa, me alzo hacia él y poso mis labios temblorosos en los suyos.

Durante un instante, noto los labios rígidos de Adair —«No se lo esperaba», pienso—, pero no tarda en tomar el control del beso y me abraza para acercarme más a él. Me pongo rígida pero intento luchar contra ese instinto. Llevo demasiados años soñando cómo sería y, ahora que puedo disfrutarlo, no quiero que mis recuerdos enturbien este momento y estropeen nuestro primer beso.

Noto cada caricia de los labios de Adair sobre los míos, haciendo que un sinfín de escalofríos recorran mi cuerpo. Es incluso mejor de lo que soñé. Alzo las manos hacia su cuello y una de ellas se interna en su suave y negro cabello. Quiero más de él. Su boca experta no tarda en devorar la mía y la prudencia del principio da paso a la pasión y al deseo. Cuando su lengua pide paso en mi boca, no dudo en dárselo y en danzar juntos esta danza tan íntima.

Pero conforme el beso se hace más pasional y el deseo nos nubla los sentidos, empiezo a sentir pánico, y me siento abrumada por otro deseo bien distinto y otro momento donde ese deseo era agresivo y me causaba daño.

Me separo de golpe odiándome por ser tan débil, porque al final no he podido superar mi miedo y he estropeado este maravilloso beso, y lloro de impotencia.

—Lo siento. Yo...

—No me pidas perdón por esto, Laia. No pasa nada.

Adair me seca las lágrimas con una delicadeza y una ternura infinitas. Veo su sonrisa, y poco a poco el recuerdo de Carlos queda en un segundo plano y ante mí solo veo a Adair; sin embargo, ahora mismo no me siento con fuerzas para volver a besarle y probar suerte.

El sonido de mi móvil interrumpe el momento. Cuando lo saco del bolsillo,

compruebo que quien me llama es mi madre.

—Hola, mamá.

—¿Dónde estás?

Siento el miedo en su voz y enseguida su pánico me traspasa y se hace mío.

—Estoy bien, mamá. No te preocupes, estoy con Adair...

—¿Con Adair? ¿Y dónde está tu hermano?

Cierro los ojos y trago el nudo que se me ha formado en la garganta; ahora mismo me siento débil. Me es más fácil superar mi miedo que tratar de superar el de todos.

—Tranquila, de verdad, estoy bien. Ahora mismo vamos a casa.

—No tardéis. Hasta ahora, hija.

Cuelgo y miro a Adair, que me está observando y extiende su mano hacia la mía. Mi primer impulso es apartarla y me odio por ello, pero consigo vencerlo y finalmente entrelazo mis dedos con los suyos.

Montamos en su coche y emprendemos el camino de vuelta en silencio. Creía que todo sería diferente, que lo que siento por él y el miedo a perderle sería suficiente para superarlo. Llevo meses luchando y preparándome para este momento y no lo he conseguido, y ahora mismo me invade la desesperación por no haber sido capaz de olvidar y dejar el pasado atrás. ¿Es que siempre será así?

Adair aparca frente a mi casa; mi madre está en la puerta del portal, esperándome.

—Mañana, si tengo un rato, me pasaré —me comenta Adair. *Si tengo un rato...* Algo ha cambiado y tanto él como yo lo hemos notado.

—Me parece bien.

Salgo del coche antes de que cometa alguna estupidez más, o de que me eche a llorar delante de él. Mientras subo a casa con mi madre, no paro de pensar en que, si nunca hubiera estado con Carlos, todo habría sido muy distinto: no hubiera podido dejar de besarle y me hubiera costado un mundo decirle adiós. Desgraciadamente, la realidad es otra.

ADAIR

Acabo de salir de trabajar, son más de las nueve y me estoy vistiendo para ir a casa de Laia. No he parado en todo el día de darle vueltas a lo que pasó ayer. Cómo temblaba después del beso, cómo sus ojos se llenaron de miedo... En ese instante me oí por no haber podido frenar mis impulsos. ¡Maldita sea, tenía que haber sido más prudente! Antes de besarla ya la deseaba, pero ahora que he probado a qué saben sus

besos, llevo todo el día obsesionado con ellos. Y, lo que es peor, con las lágrimas de Laia tras este... ¿Qué se supone que debo hacer ahora?

Tocan al timbre. Termino de ponerme la camiseta sobre los vaqueros y voy a ver quién es. Me sorprende de encontrarme a Liam cuando abro la puerta.

—¿Qué tal? Aunque por tu cara puedo adivinar que no muy bien.

—Si has venido a tocarme las narices, ya te estás marchando, no tengo tiempo para eso.

Liam entra pese a mis palabras.

—¿Ha pasado algo con Laia? ¿O sigues esperando?

Lo miro con el ceño fruncido y al final se lo cuento. Cuando termino, Liam se queda pensativo.

—Sé que no es fácil para ti. Yo tampoco sabría cómo llevar la situación... Pero si estás con ella, no es para estar todo el rato actuando con prudencia y tenerla entre algodones. Eso a fin de cuentas es compadecerla y le va a hacer sentir peor.

—Lo sé, pero es más fácil decirlo que hacerlo.

—Lo supongo.

—He quedado con ella. ¿Querías algo? —digo algo inquieto porque voy a llegar tarde.

—No, solo me he pasado a ver cómo estabas. Como últimamente he andado muy liado y no he tenido tiempo para hablar contigo...

—No pasa nada, estoy bien.

—Sí, eso no hay más que verlo —comenta con ironía—. Si necesitas algo, ya sabes dónde estoy.

Liam se marcha y yo termino de arreglarme mientras pienso en sus palabras.

* * *

Al llegar a casa de Laia, su padre es quien me abre la puerta y me invita a pasar.

—Laia no está.

Me quedo extrañado.

—¿Ha salido?

—Sí, se ha ido al cine con Dulce. —Lo miro serio y él lo nota—. Vino a verla y le dijo que se iba al cine y si quería acompañarla... —y añade con resignación—: Mi mujer se fue con ellas, aunque se quedará dando vueltas por el centro comercial hasta que termine la película.

Por lo visto, al padre de Laia no le gusta lo de que su mujer siga a su hija tan de

cerca.

—¿Sabe a qué hora era la película?

El padre de Laia mira su reloj.

—No debe de quedar mucho para que termine.

—Gracias —digo dirigiéndome a la puerta.

—Adair. —Me doy media vuelta—. Sé que tú y Laia estáis juntos. Nos lo ha dicho en la comida.

Tardo en reaccionar, pues no esperaba que se lo contara a sus padres todavía.

—Sí, así es.

El padre de Laia me observa serio, como si se debatiera entre decirme algo o no, lo cual no hace más que aumentar mi curiosidad.

—Te conozco desde que eras un crío. Aunque no viniste a casa hasta que fuiste más mayor, siempre te he visto en el colegio al lado de mi hijo. No dudo de que quieras a mi hija, y sé que nunca le harías daño. Pero creo que precisamente ahí está el problema. Las últimas semanas has estado ausente por miedo a causárselo y me temo que ahora irás siempre con ese miedo. —Lo miro serio, pues creo que tiene razón—. Laia necesita más normalidad que nunca. A veces lo más difícil es llevar una vida normal, a mí me cuesta mucho tratarla como si nada hubiera pasado, pero sé que cada vez que la tratamos de forma distinta, le estamos recordando que algo ha cambiado en ella.

Guardo silencio a la espera de que diga algo más.

—Mi mujer no está llevando esto muy bien. Si antes ya tenía miedo por lo que pudiera pasarles a sus hijos, ahora..., ahora se ha convertido en la sombra de Laia, la acompaña a todas partes, y eso hace que Laia no se olvide de lo que pasó.

—Lo entiendo.

—Yo no sé cómo seréis cuando estáis juntos... pero, por lo poco que te conozco, me pareció que debía decirte esto. —Se acerca y pone una mano en mi hombro—. Sé tú mismo con ella, Adair, y si ella siente miedo, que se aparte, ya dejará de sentirlo con el tiempo. Pero si de primeras ya te apartas porque temes lastimarla, eso os irá alejando. Piénsalo, ¿de acuerdo? Y ahora vete, no te retraso más.

LAIA

La película termina y, aunque no la he vivido como antes, sí la he disfrutado. Dulce se levanta de su asiento.

—¿Qué te ha parecido? A mí me ha gustado mucho —me pregunta sonriente mientras salimos de la sala con el resto del público.

—No está mal. —Le sonrío y busco a mi madre entre la gente.

—Lo mismo se ha retrasado.

«Ojalá», pienso, sintiéndome un poco culpable por ello. Me apetece pasar más tiempo sola con Dulce, hablando, y no con mi madre y esa manía que le ha dado de no perderme de vista ni un segundo. Es cierto que aún me da miedo estar rodeada de gente y que cada vez que alguien pasa por mi lado temo que sea Carlos, pero eso no quiere decir que mi madre tenga que venir conmigo de guardaespaldas, debo seguir hacia delante yo sola.

—Hacía mucho tiempo que no venía al cine —me comenta Dulce mientras esperamos en el centro comercial a mi madre.

—Yo la última vez fui con... —me callo. Dulce sabe perfectamente a quién me refiero, pero lo pasa por alto.

—Cuando era niña iba mucho con mi hermana, pero se cansó pronto de ir al cine con su hermana mayor. —Sonríe con un deje de tristeza.

—Yo también he ido con mi hermano Ángel, aunque muy pocas veces. A él no le van las películas románticas, pero a mi amiga Elen le encantaban, como a mí.

—¿La echas de menos?

—Sí. Era mi mejor amiga. Me costó mucho separarme de ella, y ahora que he regresado al pueblo, ella ya no está.

—Y sabes que vendría corriendo si supiera lo que te pasó.

Asiento. Dulce sabe la historia porque se la he contado antes de entrar.

—No quiero que lo deje todo por mí. Sé que al principio, cuando se entere, se sentirá dolida por mi silencio, pero luego lo entenderá. —«Eso espero, al menos», pienso con miedo en mi interior.

Dulce se gira hacia las escaleras del centro comercial, por si ve llegar a mi madre, mientras yo observo mi alrededor, un poco ajena a todo.

—Viene alguien a por ti.

Me vuelvo esperando encontrarme a mi madre, pero me sorprende al ver a Adair caminando hacia nosotras. Enseguida mi corazón late desbocado y, sin querer, mi mente juguetona recuerda el beso de ayer y mis ojos se van a sus labios. Le sonrío, pues por la cara que me puso cuando nos despedimos, pensé que hoy no encontraría tiempo para venir a verme, y sin embargo aquí está, avanzando hacia mí con una sonrisa.

Noto revolotear un sinfín de mariposas en mi estómago, y más aún cuando llega y se inclina para darme un beso en los labios antes de volverse hacia Dulce.

—Hola, Dulce.

—Hola. Al final te han dejado escaparte.

—Sí.

—¿Ya habéis salido? Pensaba que la película acababa dentro de diez minutos.

Los tres nos giramos hacia mi madre, que consulta su reloj con cara de desconcierto.

—Tranquila, no llevamos mucho tiempo esperando —dice Dulce.

—Me alegro —me contesta mi madre—. ¿Qué tal estás, Adair?

—Bien. Había pensado llevar a Laia a cenar y luego acompañarla a casa...

—Yo tengo una idea mejor: compramos en un momento y os hago una cena riquísima en casa, ¿qué os parece? Dulce, tú también puedes venir.

—Mamá, no te...

—Yo no puedo —contesta Dulce al mismo tiempo que yo.

—Hija, no es molestia. Además, así os ahorráis un dinero.

—Pero... —Mi madre me observa y una vez más veo el pánico pintado en su cara. Agacho la cabeza sintiéndome culpable por ser la causante de él.

—Claro, iremos.

Empiezo a andar sin muchas ganas de mirar a nadie en este momento, y menos a mi madre. No quiero tomarla con ella, pero ahora mismo me siento mal. Cuando Adair propuso lo de ir a cenar juntos me sentí ilusionada. Me apetecía despejarme, estar con él, tener una cita normal... Entonces mi madre me recordó la realidad y ahora mismo no tengo ganas de nada.

Siento que alguien toma mi mano y Adair se agacha para hablarme al oído.

—Después de cenar podríamos ver una película en tu cuarto. Dudo mucho que tu madre insista en ponerse en medio.

Sonríó por su ocurrencia y lo miro.

—Gracias.

* * *

Al entrar en mi cuarto, Adair está eligiendo una película. Me quedo boba mirándolo, sin creerme aún del todo que esto no sea un sueño. Observo cada centímetro de él, cómo su pelo negro cae ondulado por la frente, y siento ganas de acercarme y acariciar esas ondas..., pero no lo haré. De momento, solo de momento.

Adair se vuelve con dos películas para que elija y cierro la puerta. Quiero estar sola con Adair, sin nadie más que nosotros dos, aunque sea un instante.

—Me gusta más la de tu derecha.

Adair la pone en el DVD mientras yo me siento en la cama con cuidado de no

tirar el helado que llevo en la bandeja. Luego se sienta a mi lado y me acerco un poco más a él, temerosa de que él no lo haga.

—Chocolate con trozos de chocolate —advierte—. ¿Este no es el que tomabais tú y Elen cuando algo os atormentaba? Me decía siempre Ángel que, cuando eso sucedía, se quedaba sin poder probar siquiera el helado.

—El chocolate alivia las penas, pero aparte de eso, también está buenísimo. —Meto mi cuchara en el helado y Adair me imita. Cuando lo prueba y este se derrite en su boca, me quedo mirándola y él se percata de ello.

Le miro a los ojos y Adair, sin esperar más invitación que mis inequívocas ganas pintadas en mis ojos verdes, se acerca y me besa. Me pierdo en sus labios, en su sabor a chocolate. Me pierdo en él. Pronto me olvido de que la cuchara y la bandeja están sobre mis piernas. Alzo la mano hacia su pelo. Quiero acercarlo más, atraparlo con mis besos y que ni mi miedo ni su prudencia puedan separarnos.

Lo primero en caer al suelo es la cuchara, pero ambos estamos sumergidos en el beso y lo escuchamos como un tintineo lejano. De pronto me entran ganas de sonreír, pues a cada instante que pasa soy más consciente de a quién estoy besando. Me siento triunfante, pletórica, y esto hace que mi atrevimiento se incremente y pose una de mis manos en el pecho de Adair, que noto firme bajo mis dedos, y cálido, y lo acaricie como siempre he deseado hacer, como siempre he soñado, pero ahora es una realidad.

Me muevo para acercarme más a él y sucede lo inevitable: el helado y la bandeja caen al suelo y el estrépito que produce interrumpe nuestro beso.

Me levanto de la cama y recojo el helado riendo divertida; por suerte estaba aún muy frío y apenas ha manchado el suelo. La puerta de la habitación se abre de golpe.

—¿Qué ha sido eso?

Mis risas se cortan de repente: mi madre nos observa preocupada desde la puerta y su cara muestra bien claro lo que pensaba que había pasado: que Adair me estaba agrediendo. Saber que mi madre cree que Adair pueda agredirme de alguna manera me duele y, a la vez, me hace recordar de nuevo la realidad. Esa que me trunca constantemente la posibilidad de vivir mis sueños.

—Nada. Me levanté y tiré el helado sin querer.

Pero mi madre no me mira a mí, sino que tiene los ojos clavados en Adair, que también se ha levantado de la cama y dice:

—He recordado que tengo que ir a un sitio. —Y se marcha sin más. Sin despedirse, sin volverse a mirarme. Mis ojos se llenan de lágrimas.

—¡Es tu culpa! —le recrimino a mi madre cuando nos quedamos solas—. Él nunca me haría daño.

—Lo sé, pero... también creíamos que Carlos nunca te lo haría.

Su afirmación acaba de rematarme. Es verdad. Nunca estaré segura. Cualquier hombre puede agredirme en cualquier momento, incluso un familiar o alguien a quien yo creía un amigo. El miedo vuelve a crecer en mí y la miro triste, pues ahora mismo no puedo hacerlo de otra manera.

—Llévate el helado..., tengo sueño.

Le doy la bandeja a mi madre y cierro la puerta. Lloro una vez más, en silencio, pues quiero ser yo la única que sepa de mi dolor.

ADAIR

—Por tu cara deduzco que no has dormido.

—No tengo ganas de hablar.

Dulce entra en el gimnasio del cuartel y se sienta en una de las mesas. Yo sigo concentrado en golpear el saco de boxeo, por lo que después de un rato añade:

—He traído café. Sería bueno que pararas y te tomaras uno.

—No tengo ganas.

—Adair...

—Déjame, Dulce, no quiero pagarla contigo.

—Somos amigos.

—Me da igual.

Dulce se calla y sigo machacando el saco, cada vez con más fuerza.

—Si fuera la cara de Carlos, ya estaría destrozada. —Se pone a mi lado y me tiende una taza.

Me la tomo de un trago por no escucharla.

—Si fuera ella, podría matarla —digo finalmente.

Dulce no dice nada, solo me mira seria. Sabe por qué lo digo y puedo ver en sus ojos violetas que no le gusta nada hacia dónde van mis pensamientos. Me paso la mano por el pelo y dejo el vaso en la mesa.

—Tú no eres como él, Adair...

—Olvida lo que te he dicho.

—No, ya es hora de que lo hable...

—¡He dicho que lo olvidas!

Dulce se pone delante de mí y se yergue cuan alta es, con su metro y medio de estatura.

—¿Que olvide qué? ¡Nunca quieres hablar de eso! ¡Ni pensar en eso! Pero siempre lo tienes presente. Porque vieras a tu padre pegando a tu madre cuando eras niño no quiere decir que tú seas como él.

—¡Lamento el maldito día que me emborraché y te lo conté! —le grito furioso, pues me ha hecho recordar lo que llevo años intentando eliminar de mi mente.

—Yo no. Sé que no quieres, pero hablar del tema te hace bien...

Aquel recuerdo emergió de mi subconsciente muchos años después de que mi padre se hubiera ido, y me hizo entender muchas cosas. Yo solo lo vi golpear a mi madre una vez. Fue solo una bofetada, pero la cara de horror de mi madre no se me olvidará. He seguido viviendo intentando no pensar en ello, borrar esa imagen de mi pasado, hacer como si nunca hubiese existido, sobre todo desde lo de Laia... ¡Maldita Dulce! Por su culpa, vuelvo a recordar a mi padre, y vuelve a invadirme la duda de si seré como él o no... No quería dar voz a mi temor...

—Tú lo has dicho, no quiero hablar del tema.

—Adair...

—¡Déjame en paz! ¿Es que no te das cuenta? Nadie sabe lo que pasará mañana. ¿Qué seguridad tengo de que...?

—Todos podemos elegir. Incluso cuando tus nervios están a flor de piel, puedes elegir entre mantener el control o dejarte llevar por la ira, y sé que tú elegirás lo primero.

—Tú no sabes nada de mí.

—¿No? ¿Acaso crees que eres el único que psicoanaliza a la gente? Te conozco desde hace tiempo y sé que una de las razones por las que te metiste a policía es porque querías demostrarte a ti mismo que no eras como tu padre, que preferías defender a mujeres indefensas antes que pegarles.

Empiezo a recoger mis cosas. No voy a escuchar ni una palabra más.

—Adair... ¿Por qué te castigas de esta manera?

—Porque tal vez no me conozco ni a mí mismo —respondo por encima del hombro mientras me alejo.

Sigo andando sin detenerme, pese a que Dulce no deja de llamarme. De camino a las duchas, pienso otra vez en la madre de Laia y en la forma en que me miró cuando entró en la habitación. Era una mirada de miedo, idéntica a la que mi madre le dirigió a mi padre cuando él la abofeteó. Idéntica a la de Laia cuando me acerqué a socorrerla y se alejó de mí gritando que nadie la tocara. Aprieto los dientes. He intentado que no me influyera... ¡pero lo hace, maldita sea!

Salgo de las duchas y me acerco a donde está mi superior para empezar a trabajar, pues ahora mismo es lo único que puede mantener mi mente ocupada.

—Adair —oigo decir a la voz de mi madre detrás de mí.

Me doy la vuelta sorprendido. Ella me observa seria y, por su cara, sé que ha escuchado algo que no debía.

—¿Cuánto tiempo llevas aquí?

—El suficiente.

Me paso la mano por el pelo, cansado. No se me ocurre nada que decirle y menos cuando la verdad ha quedado expuesta; es inútil tratar de ocultarla por más tiempo.

—¿Por qué nunca me dijiste que nos viste?

—¿Y de qué hubiera servido? A pesar de todo, tú seguías queriéndole. Eso solo te habría hecho más daño. Y yo odiaba verte llorar.

Mi madre me mira triste.

—Sí, pero no me hacía daño que él se hubiera ido, sino que...

—¿El qué?

—... Que tú nunca quisieras hablar de tu padre. Y al principio yo... yo lo prefería. Era egoísta, pues el que no me preguntaras por él me ponía las cosas más fáciles. Pero después... Hijo, he tratado tantas veces de que hablemos de esto...

—No te lo tomes a mal, pero pese a lo que has escuchado, sigo sin querer hablar de mi padre. No quiero saber nada de él.

—Adair...

—No, mamá. Si has callado veinte años, puedes seguir haciéndolo.

Me voy para comenzar mi jornada de trabajo y, sobre todo, para no ver la mirada de dolor que seguro tiene mi madre, pero es así, no estoy preparado para saber algo aún peor de lo que ya sé de mi padre, y he tratado de olvidar.

L A I A

Dejo el móvil sobre mi escritorio después de llamar por tercera vez a Adair y que no me lo coja y me asomo la ventana. Una fina lluvia de otoño empapa los edificios y las aceras y la observo caer, absorta en mis pensamientos. He estado evitando a mi madre todo el día, aunque al final me ha abordado y me ha dicho que lo siente y que la entienda. Yo lo hago, pero es como si tuviera que entender a demasiada gente, peor aún, como si fuera mi obligación hacerlo, porque en cierta forma todo esto es por mi culpa. Me siento muy sola ahora mismo.

En mi mente romántica siempre había soñado que cuando estábamos con alguien y te sentías triste, esa persona lo sabría y vendría corriendo de donde estuviera para abrazarte. Sin embargo, la realidad es otra y lo he aprendido muy bien, por desgracia. En mis sueños nadie me hubiera hecho daño. Además, siento como si el destino no quisiera que estuviera al lado de Adair, pues no paran de surgir trabas para separarnos. ¿Conseguiremos superarlas todas? No lo sé...

—¿Laia? —me vuelvo y veo a mi hermano en la puerta del cuarto—. Papá me ha dicho que te acerque a las clases de defensa personal. ¿Estás lista?

Asiento y tomo mi mochila para irme con él.

Cuando estamos llegando a la academia, me vuelvo hacia mi hermano y le digo:

—Me gustaría ir a otro sitio.

—¿A dónde?

Me quito la lluvia que me cae por la cara con la mano y continúo:

—Tú tienes llaves de la casa de Adair... Papá y mamá creen que estoy aquí..., así que el tiempo que dure la clase puedo...

—No.

Me quedo petrificada por su rotundidad.

—¿Por qué no? ¡Ya oíste lo que insinuó ayer mamá! ¿Es que acaso tú también crees que...?

—¡No! No pienses tonterías, conozco a Adair, pero no me parece bien engañar a papá y mamá...

—¿Y qué opción me queda entonces?

—Dales tiempo.

—¡Estoy cansada de dar tiempo a todo el mundo! Han pasado ya más de cinco meses y ¿sabes qué? —Mi hermano espera mi respuesta sin preguntar—. Que aunque yo me estoy esforzando por estar mejor, todos los de mi alrededor parecen estar peor. ¿Quién tiene que superar esto, vosotros o yo?

Salgo corriendo y entro en el gimnasio sin esperar su respuesta. Estoy harta de esta situación, ¡harta! Harta de tener miedo, hasta de la sobreprotección de mi madre, harta de no poder estar con Adair... ¿Cuánto más tengo que esperar para recuperar la vida que Carlos me robó? ¿Cuándo se acabará esto?

Me aferro a mi desesperación, a mi rabia, a mi furia, y cuando veo a mi hermano alejarse de vuelta a casa, salgo de la academia en dirección a la casa de Adair. Ahora mismo estoy tan enfadada que no pienso en el miedo de ir sola por la calle. Sin embargo, el enfado no dura lo suficiente. No he recorrido ni una calle cuando siento que alguien me observa y me vuelvo temerosa: una mujer mayor me mira desde la acera de enfrente, supongo que extrañada de que vaya sin paraguas y esté totalmente calada. Sigo andando, pero otra vez me invade esa sensación de que no estoy sola, de que alguien me está siguiendo. ¿Será Carlos?

Me doy rápidamente la vuelta una vez más y, aunque no veo a nadie, echo a correr para dejar mis miedos atrás. Al doblar la esquina choco de frente con un joven, que me coge de los brazos para que no me caiga, y yo chilló.

—Yo... yo solo quería ayudar —dice apartándose de mí asustado.

Le miro con los ojos muy abiertos y la respiración agitada, pero como no digo nada, al final se va. La lluvia ha empezado a caer más fuerte y me abrigo lo mejor que puedo con mi chaqueta. Ahora mismo estoy en mitad de la acera, empapada, paralizada por el miedo. Seguir hasta casa de Adair se me hace impensable y lo mismo regresar a las clases.

—¿Laia?

Me giro al escuchar la voz conocida y me encuentro a la madre de Adair a pocos pasos de mí.

—Blanca, hola...

—Estás empapada. ¿Ibas a algún sitio?

—Sí..., bueno... —Miro hacia la casa de Adair. Si él no está, sería tontería ir allí y esperar a que llegue. Al final tendría que volver a la academia, sola, y esa idea me produce escalofríos—. Iba a mi clase de defensa personal, pero me despisté.

La madre de Adair se da cuenta enseguida de que miento; lo sé por su mirada: es igual que la de Adair, no se le escapa nada.

—¿Son las de Dulce? —Asiento—. Iba hacia allí. ¿Puedo ir contigo?

Me sorprende que, en vez de ahondar en mi miedo, se ofrezca a ir conmigo sin mencionarlo, dejándome la opción de elegir, y eso me alivia.

—Claro.

Empezamos a andar; Blanca estira el brazo y comparte su paraguas conmigo.

—Tenéis que venir un día Adair y tú a comer al restaurante.

—Tal vez —digo, pues inmediatamente pienso en mis padres y en si me dejarían.

Nos quedamos en silencio. Lo cierto es que ahora mismo no tengo mucho que decir. Me siento fatal por mi intento fallido, por no haber sido capaz de andar sola unas cuantas calles porque veo el peligro por todas partes, y no paro de pensar que todos tienen razón: aún no estoy preparada. ¿Por qué no habré hecho caso a mi madre?

—Ya hemos llegado —anuncia Blanca, sacándome de mis pensamientos.

—Gracias por acompañarme. Nos vemos otro día.

La madre de Adair asiente y yo entro en la academia y bajo a los vestuarios. Una vez allí, me quito la mochila y la chaqueta mojadas y me siento en uno de los bancos con la mirada perdida.

—¡Eh, si estás aquí! Pensé que hoy no vendrías... Vaya, estás empapada, anda, cámbiate antes de que te resfríes.

Levanto la vista hacia Dulce y me limito a asentir. A veces lo mejor es dejarse llevar; así evitas las preguntas incómodas y la gente cree que estás mejor, aunque sea una mentira.

Cuando llego a mi casa después del entrenamiento, me siento a cenar con mis padres. Lo he hecho en silencio, mientras ellos hablan de temas banales y sin importancia. No he dejado que vieran lo mal que me siento por dentro y, por supuesto, no les he comentado nada de la locura que he cometido esta tarde. Si lo supieran, aún me controlarían más.

Una vez en mi habitación y ya con el pijama puesto, me tumbo en la cama y enciendo la tele. Hago *zapping*, sin ver nada en particular. Acabo dormitando y dando cabezadas, tratando de mantener los ojos abiertos, por si Adair me devuelve las llamadas. Me duele que no lo haya hecho ya, pero no pierdo la esperanza y me resisto a dejarme atrapar por Morfeo del todo..., aunque al final caigo rendida.

De repente, noto que me pica la cara. Mi mano va hacia ella sin llegar a despertarme para quitarme esa molesta sensación, pero la sensación persiste. Finalmente abro los ojos y, cuando descubro lo que me producía el cosquilleo, me quedo sin palabras: una preciosa margarita ocupa todo mi campo de visión.

—No pude evitar la tentación de despertarte.

Sigo la voz de Adair; está junto a mi cama sonriéndome. Le sonrío y, guiada por un impulso, me levanto de la cama y caigo en sus brazos, que no tardan en envolverse y acercarme a él.

—Adair, siento...

Él me besa y me impide seguir hablando.

—No digas nada, Laia, está todo olvidado.

Levanto la cabeza para ver en sus ojos si es verdad, pero él, más rápido que yo, baja sus labios a los míos y los atrapa una vez más, haciendo que me olvide de todo salvo de devolverle cada uno de sus besos.

—No quiero que la realidad nos vuelva a estropear más momentos —le digo. Sus ojos plateados están serios, sigue preocupado por algo, pero entonces me doy cuenta de que tiene una pequeña herida cerca de la ceja—. ¿Qué es esto? —Alzo la mano para tocarla y enseguida mi mente me da la respuesta—. ¿Ha sido en el trabajo?

Parece una tontería que después de tanto tiempo caiga ahora en la cuenta, pero por primera vez soy consciente de que Adair es policía, de que, en cierta forma, cada día que va a trabajar se juega la vida.

—No es nada, solo un rasguño sin importancia.

—Ya... —le digo, sintiéndome desfallecer. Mi miedo no es por esa herida, sino por las que habrán venir, porque siempre temeré que no regrese a casa por las noches, pero no puedo decírselo. Él ha escogido su camino y yo debo respetarlo y estar a su

lado. Sería una egoísta si le apartara de la profesión que ha elegido, de modo que callo y trato de sonreír.

—¿Te lo has curado?

—Sí. —Sonríe y me tiende una mano—. Ven conmigo.

—¿A dónde?

—A hacer realidad uno de tus locos sueños.

Intrigada, cojo su mano y le sigo. Avanzamos por el pasillo hasta la terraza del ático y me quedo boquiabierta cuando le veo abrir la puerta y salir fuera, mojándose bajo la lluvia.

—¿Estás loco? Está lloviendo a cántaros. Entra, te vas a empapar —le digo sonriendo. Él se vuelve hacia mí.

—Debo de estarlo para estar haciendo esto —responde tendiéndome la mano.

— Ah, no, ni lo sueñes. No quiero coger una pulmonía.

—Una vez te escuché hablar con Elen. Acababais de ver una de vuestras películas pastelonas y le decías que era superromántico...

—... Bailar bajo la lluvia —susurro bajito. ¿Cómo demonios puede acordarse de eso? Mi corazón late a mil por hora y siento como si se hubiera agrandado dentro de él. Adair es todo lo opuesto a mí y sin embargo aquí está, haciendo realidad mis fantasías más locas. Haciéndome sentir amada y comprendida—. En mis sueños eras tú quien me invitaba a bailar..., pero no hacía frío.

—Te aseguro que esto me hace menos gracia que a ti, pero si así logro que sonrías, seré el estúpido que baila bajo la lluvia.

Sin pensarlo más, salgo a la terraza y cojo su mano. Enseguida noto las frías gotas de lluvia traspasándome la tela del pijama, pero estoy pletórica, triunfante. ¡Estoy viviendo mi sueño! Mis ojos se clavan en los de Adair. El pelo negro le cae sobre la frente, dándole un toque irresistible. Aunque me parezca mentira, está más increíble que en mis sueños.

Sin dejar de mirarme a los ojos, me rodea la cintura con el brazo, acercándose más a él, y empezamos a bailar al ritmo de una música que solo suena en nuestra cabeza. Me apoyo en el pecho de Adair y me dejo llevar. Quiero disfrutar de cada segundo de este precioso momento y no pienso dejar que un solo retazo de realidad se cuele en mi mente y lo estropee. La lluvia no deja de caer y ya estoy completamente calada, pero es cierto eso que dicen de que palos a gusto no duelen. Ahora mismo sería capaz de bailar durante horas.

—Ojalá no acabe nunca este instante.

Siento la risa de Adair y levanto la cabeza para mirarlo.

—Seguro que no me dices lo mismo cuando te pases una semana en la cama

resfriada y con fiebre.

Lo miro feliz, con una sonrisa radiante.

—En mis sueños no sentía la lluvia.

—Eres demasiado soñadora, Laia.

—Poco a poco lo estoy volviendo a ser.

—¡Os habéis vuelto locos?! ¡Entrad ahora mismo! ¡Vais a pillar una pulmonía!

Me aferro a Adair con fuerza. No quiero volverme y mirar a mi madre, pero noto la tensión de Adair bajo mi abrazo, y esto hace que lo mire y le susurre:

—En mis sueños tampoco estaba mi madre.

Me separo de él y entro en casa cabizbaja. Adair me sigue. Mi madre va a por unas toallas.

—Tengo que irme —me comenta Adair cuando estamos solos—. Nos vemos mañana.

—Adair, ella...

—Lo sé. —Me sonrío y me roba un beso antes de encaminarse a la puerta, que emite un sonido triste al cerrarse tras él.

—¿Y Adair? —pregunta mi madre cuando regresa con las toallas.

Cojo una y voy hacia mi cuarto sin decir nada. No tengo ganas de hablar con ella.

CAPÍTULO 13



ADAIR

—¡Por nuestro nuevo empleo! —gritan Ángel y Robert brindando con sus cervezas y luego chocando sus jarras con la mía.

Estamos en un pub tomando algo los tres solos. Hacía tiempo que no nos reuníamos y los dos han insistido en que teníamos que celebrar la buena noticia.

—Enhorabuena. A ver si os compráis pronto un piso y dejáis de venir a gorronear al mío —comento irónico, pues aún no han terminado la carrera y sé que queda bastante para eso.

Ángel se ríe.

—Míralo por el lado bueno. Ahora te llevaremos nosotros la cena cuando quedemos en tu casa.

Doy un trago a mi cerveza en silencio y Robert se me queda mirando.

—Por tu cara diría que tienes un problema con Laia, ¿me equivoco?

—El problema es su madre —contesto seco.

—¿Y eso?

—Desde que Laia está rehaciendo su vida, se muestra más protectora que nunca —explica Ángel al ver que yo no respondo—. Ya le costó dejar que se fuera a vivir con mi tía, imagínate ahora. No quiere perderla de vista ni un segundo.

—Vamos, que si os casaseis, se metería en vuestra cama la noche de bodas. Vaya panorama —comenta Robert.

—Hay que entenderla... —replica Ángel, no muy convencido.

Yo paso de hablar de este tema. Solo nos hemos visto cuatro veces en el mes que llevamos saliendo, y siempre hemos sido interrumpidos por su madre. Estoy harto. Ella nunca deja a Laia salir sola y yo cada vez voy menos a su casa, porque no quiero sentirme como un violador o un maltratador, pues no soy ninguna de las dos cosas, a pesar de lo que hiciera mi padre.

—... Pero reconozco que, si estuviera en tu lugar, me tocaría bastante las narices —termina Ángel—. No me extraña que vayas cada vez menos a ver a Laia.

—Tengo mucho trabajo —miento. Hago turnos que no me corresponden solo para tener una excusa para no enfrentarme a la mirada acusadora de su madre.

—Por muy madre que sea, no deberías dejar que te separara de ella. Es vuestra relación —sentencia Robert—. Pero tú mismo.

Quiero a Laia, no hay nada que desee más que estar a su lado y ayudarla, pero no parece suficiente. A veces siento como si todo se pusiera en nuestra contra para evitar que estemos juntos.

—¿Y dónde os han contratado? —pregunto para cambiar de tema y que me dejen en paz de una vez.

—A mí en un periódico —contesta Ángel ilusionado por poder trabajar en lo que le gusta, pues está estudiando Periodismo.

—Y a mí, en una importante empresa. De momento empezaré con un puesto simple pero, si todo sale bien, cuando acabe la carrera de Empresariales lo más seguro es que me asciendan.

—Me alegro por vosotros.

Y lo digo en serio. Ellos se lo merecen. Igual que se merecen que no pague con ellos mi rabia, pero no puedo evitarlo.

—Adair, Laia me preguntó si estarías aquí...

—... Y tu madre no la dejó venir, ¿me equivoco? —adivino. Ángel niega con la cabeza y sonrío sin ilusión alguna—. Lo dicho. Tenemos una relación de puta madre —comento en un arranque de mal genio—. Lo siento.

—No lo sientas, yo también me estoy agobiando con todo esto. Cada día que pasa, mi madre tiene más miedo de que a Laia vuelva a ocurrirle algo malo, y si mi padre trata de hacerla entrar en razón, ella rompe a llorar. Según parece, lo que le sucedió a Laia ha hecho que caiga en una depresión. Al principio no lo notamos porque estábamos todos volcados con mi hermana, y ahora que Laia ha mejorado y está intentando salir y hacer su vida sola, es cuando mi madre no ha podido ocultarlo más.

Me siento mal por la madre de Laia. Sé lo que es que tu madre esté siempre llorando, y no es agradable.

—Lo siento, no tengo ganas de estar aquí.

Me levanto y salgo fuera. Trato de ser paciente, comprensivo, pero estoy harto y tengo miedo de que un día la situación me supere y sea más fuerte que lo que siento por Laia.

* * *

Llego a mi casa después de un día de trabajo sin descanso y cuando abro la

puerta, me sorprendo al ver las luces encendidas. Lo primero que pienso es que Ángel o Robert han venido a verme, pues desde que nos vimos anoche no he vuelto a saber de ellos. Entro sin darle más importancia, pero cuando la escucho hablar, me paro en seco y mi mirada se alza hacia ella.

—Hola —dice Laia con una sonrisa—. Mi hermano me ha acompañado, mi madre cree que estoy entrenando...

Me quedo quieto mirándola. Es la primera vez que estamos solos desde que empezamos esta rara relación, y no sé muy bien qué hacer, salvo contemplarla.

—Adair, siento... tengo miedo de que esta situación nos separe. —Laia no se anda por las ramas y se lo agradezco—. Sé que no es fácil para ti... Puedo ver en tus ojos como cada día que pasa te alejas un poco más... y no sé qué hacer para evitarlo.

La observo y la veo ahí de pie, tan vulnerable y triste, que me siento un maldito egoísta. Tendría que ser yo el que tratara de hacerla feliz, el que debería ayudarla a que saliera del agujero, y en cambio es ella la que me está dando ánimos para que no tire la toalla.

—Sé que me quieres, pero temo que un día te canses de aguantar esto. A fin de cuentas, no soy una novia normal, ¿no?

—Laia, no me vas a perder, ni me voy a ir a ningún sitio a menos que tú me lo pidas.

Laia sonrío más tranquila. Me acerco a ella y se abraza a mí.

—No quiero perderte.

—No lo harás. —La siento temblar y la abrazo con más fuerza—. Si estoy así es solo porque me gustaría estar más tiempo contigo a solas, no todo lo contrario. Aunque reconozco que tu madre puede con mi paciencia.

—Yo cada día me siento más fuerte... Me gustaría decirle que no va a pasar nada, que soy capaz de salir sola..., de hacer cosas normales..., pero mi madre no está bien. Esto la ha sobrepasado.

—Es normal. Eres su pequeña y cuando pensó en lo que te pudo haber pasado...

—La comprendo, Adair, pero bastante tengo con luchar contra mi miedo. No me siento con fuerzas de luchar contra el mío y el suyo...

Me siento en el sofá, la atraigo suavemente hacia mí y la siento sobre mis rodillas. Laia se pone rígida al principio, pero después se acuna en mis brazos. Hace días que no me aparto cuando noto que se tensa, sino que dejo que ella decida si quiere alejarse o no. Y aparentemente da resultado, porque poco a poco va perdiendo su miedo al contacto físico.

—No tenemos mucho tiempo, Ángel me está esperando abajo.

Laia levanta la cabeza, me mira, y luego me besa sin miedo a que su madre o

cualquier otro entre en casa y nos rompa este instante que es solo nuestro.

Me sumerjo en el beso y me dejo llevar, olvidándome de todo menos de ella. La pasión crece rápidamente en mí, tanto que a duras penas logro reprimirla. «Es pronto aún, es muy pronto», me recuerdo. Esa es otra de las razones por las que me he mantenido alejado: el deseo de hacerla mía es cada día más fuerte, pero sé que debo esperar. Quiero que ella se sienta cómoda conmigo, que poco a poco se acostumbre a mis caricias, hasta que su piel solo reconozca el tacto de mis manos y olvide el daño que otras le produjeron. Sin embargo, no puedo hacerlo en su casa, con su madre entrando a cada instante en su cuarto a ver si necesitamos algo.

Noto como Laia baja una mano temblorosa hasta el comienzo de mi camisa y luego la introduce bajo esta para acariciar mi pecho. Yo no muevo un músculo, para no asustarla, y la dejo hacer, pero me cuesta un mundo no cambiar de postura y ser yo el que la acaricie a ella, así que me concentro en el placer que me produce su pequeña mano al acariciar mi pecho.

—Es más firme de lo que creía, y más cálido —dice sonriente.

Yo atrapo su sonrisa con mis labios dándole un mordisco juguetón.

—Confía en mí, Laia.

Laia me mira seria pero luego asiente. Esta vez es mi mano la que va hacia ella y trata de entrar bajo su camisa, pero en cuanto noto que Laia se tensa, me paro.

—No dejes de mirarme a los ojos. Así sabrás quién te acaricia.

Laia respira hondo y asiente de nuevo. Meto mi mano bajo su camisa y acaricio su suave y cálida piel. Está totalmente rígida, casi aguantando la respiración, pero no me detengo, sigo deleitándome con la suavidad de su piel, con los ojos fijos en los suyos. Sin embargo, cuando llego a la parte baja de sus pechos, Laia se levanta rápidamente, se aparta y me da la espalda. No me hace falta mirarla para saber que está llorando, así que me acerco a ella y simplemente la abrazo.

—¿Cuánto tiempo nos queda? —Laia se gira y me mira sin comprender y yo me fuerzo a sonreír, a pesar de que por dentro siento rabia una vez más por lo que le hizo Carlos—. Para irte.

Laia mira su reloj.

—Me tengo que ir ya.

Asiento y Laia toma su chaqueta.

—¿Nos veremos pronto?

Noto la duda en su voz; teme que le ponga una excusa.

—Mañana por la tarde estaré aquí. Si Ángel te quiere traer en vez de llevarte a las clases, te esperaré.

Laia sonrío y se va, no sin antes darme un cálido beso. La sigo hasta el ascensor

y me quedo esperando hasta escuchar la puerta del portal para saber que está bien. Luego me asomo a la ventana y la veo subir al coche de Ángel. Hubiera preferido acompañarla y bajar con ella, pero si me quejo de la sobreprotección de su madre, yo también tengo que aprender a superar mi miedo a que le suceda algo y dejar que haga las cosas por sí misma, que es lo que más necesita.

LAlA

Ángel me deja en casa de Adair y me presta su llave para subir a la casa. Estoy emocionada por nuestro encuentro. Me siento valiente por lo que estoy haciendo, viva. Tal vez esto no esté bien pero, si mi madre no supera su miedo, acabará por arrastrarme a mí con él, y ahora más que nunca necesito estar con Adair.

Abro la puerta tras tocar primero, como hice ayer, y cuando entro y veo a Adair viniendo hacia mí con una gran sonrisa, mi corazón se agranda en el pecho. Nos abrazamos y no tardamos en besarnos y en perdernos en nuestros besos. Sonrío feliz entre sus labios, porque con cada beso suyo, mis miedos se difuminan más y más. Ayer, cuando me atreví a explorar su pecho, no sentí temor; sí cuando él lo hizo, pero hoy lo superaré. Y si no, pronto. Lo voy a conseguir. Hoy es un gran día, estoy resuelta a no dejar que el pasado me afecte. Por eso, cuando Adair me deja sobre el sofá, no me tenso. Al contrario, le sonrío para transmitirle mi felicidad y que confío plenamente en él.

Adair me mira y yo, al igual que él, me pierdo en sus ojos recordando sus palabras de ayer, cuando me dijo que no dejara de mirarlo para que supiera con quién estaba. Siento la mano de Adair adentrarse bajo mi camisa, sus caricias me traspasan y esta vez no siento el miedo inicial. Sonrío por mi logro y me centro en sentir. Sus manos acarician mi cuerpo transmitiéndome un sinfín de escalofríos. Mi respiración se acelera y mi corazón late como un loco.

Después, la mano de Adair empieza a subir. Al poco, noto sus dedos acariciando tiernamente mis pechos por encima del sujetador y entonces mi mente empieza a librar una batalla que creía que hoy no tendría lugar. Las sensaciones y el deseo del presente se entremezclan con imágenes pasadas de dolor y angustia. Y cuando Adair finalmente me toca allí donde Carlos más me lastimó, a pesar de que sus caricias son dulces y me producen placer, este se ve empañado por el recuerdo del daño que sufrí.

—No puedo.

Me levanto como un resorte y me quedo en medio de la sala, tratando de alejar de mí las horribles imágenes de aquella noche, que ahora no paran de agruparse en mi mente.

—Respira con calma, Laia.

—Eso intento.

Noto la mano de Adair en mi espalda y no puedo evitar sobresaltarme, pero luego me dejo caer en su pecho, agradecida por que no se apartara con mi sobresalto.

—¿Por qué no puedo olvidarle si es lo que más deseo?...

Sin embargo, me callo mi mayor temor: que un día se canse de mí, que deje de luchar por intentar llevar conmigo una relación normal. Me siento triste porque mi ilusión, mis ganas y lo que siento por él no son suficientes. ¿Lo serán dentro de un tiempo?

—Antes de la agresión... ¿estuviste con alguien íntimamente, Laia?

Lo miro sorprendida por su pregunta y niego con cabeza.

—Antes de él, para mí solo estabas tú. —Veo la cara de Adair tensarse—. Y él y yo nunca..., nunca llegamos a...

Él asiente y se va al otro lado del salón; sé que es para que no vea su furia.

—¿Sabes?, he pensado mucho últimamente y he llegado a una conclusión. —Adair se vuelve y me mira intrigado—. Sería injusto que, por culpa de lo que me hizo Carlos, juzgara a todas las personas buenas que conozco por el mismo rasero. Día a día me empeño en recordar y valorar las cosas buenas que ha hecho siempre la gente por mí. No quiero que el daño prevalezca. —Lo digo con más convicción de la que realmente siento, pues aunque tengo claro que no todos son como Carlos en la teoría, a veces cuesta mantenerlo en la práctica.

—Laia, eres increíble —dice fascinado.

—¿Por qué?

—Porque soy yo quien debería estar diciéndote estas cosas y, sin embargo, mírate. Tú sola tratas de animarte y de salir adelante...

—Vosotros también me ayudáis. Las cosas buenas las he aprendido de vosotros.

Adair se acerca y, tras besarme, me estrecha entre sus brazos.

—Me alegra ver que poco a poco vas vencién-dole.

No añado nada, pues pienso igual que él. Que lo estoy consiguiendo.

—¿Quieres tomar algo?

Le digo que sí y vamos a la cocina. Nos sentamos a la mesa cada uno con un refresco en la mano y Adair comienza a hablarme de su trabajo y de los estudios que está haciendo para ser detective. Me quedo embobada mirándolo, feliz por estar simplemente charlando con él. Cuando termina, me acuerdo de lo que me dijo mi madre esta mañana y se lo cuento:

—Me han admitido en la universidad de aquí para el año próximo.

—Enhorabuena. Eso es una buena noticia.

—Voy a perder un año. Ahora mismo no estoy preparada para estudiar...

—Bueno, eres joven, no tengas prisa por terminar la carrera.

Sonrío y miro el reloj.

—Tengo que marcharme ya.

—Mañana estaré aquí a la misma hora.

Me despido de él con un beso y bajo en el ascensor. Cuando salgo del portal y busco el coche de mi hermano, lo veo un poco alejado. Mi hermano está apoyado en el capó y me saluda con la mano. Miro a ambos lados de la calle y, sin pensarlo, voy hacia él. Cuando llego, no puedo evitar volverme hacia la casa de Adair y sonreír porque he sido capaz de recorrer todo este camino yo sola. Poco a poco.

CAPÍTULO 14



LAIA

—Me ha escrito Dulce para informarme de que a partir de ahora las clases durarán una hora más. —Me cuesta mentir, y más cuando mi hermano me mira con cara de «Sé por dónde vas» y mi madre me observa aterrada.

Desvió la mirada, pues el dolor en los ojos de mi madre me hace sentir muy culpable.

—Puedo ir contigo...

—Puede ir sola, y debe ir sola —le corta mi padre, y me dice—: Nos parece bien, hija.

Asiento en silencio y sigo comiendo. Tras la comida, me preparo para irme. Dudo si mandar un mensaje a Adair o no, pero al final no lo hago; prefiero darle una sorpresa. Emocionada, escojo algunas películas para ver con él y me arreglo un poco, sin que se note mucho. La ilusión está volviendo a mí. Me despido de mis padres y salgo de casa detrás de mi hermano.

—Tienes suerte de que no se haya apuntado a tus clases —dice este, refiriéndose a mi madre.

—Necesito estar más tiempo con él.

—Lo sé. Sabes que puedes confiar en mí. —Ángel hace amago de tocar mi cara, pero se detiene a mitad de camino por miedo a mi rechazo.

Lo abrazo con fuerza, sorprendiéndolo.

—Gracias por ser el mejor hermano del mundo.

—Eres una pelota. Soy el único que tienes —me dice tratando de disimular y que no note cuánto le emociona mi gesto.

Se separa y, tras darme un beso en la frente, tira de mí hacia su coche. Aparca frente al portal de Adair y me acompaña a la pequeña tienda que hay al lado para comprar unos ingredientes que necesito para la merienda. Ya con todo, me despido de Ángel y subo a casa de Adair. Siento un centenar de mariposas en el estómago conforme me acerco a su puerta, pero cuando abro y entro, no está.

Al ir a dejar las compras en la cocina, descubro una nota en la nevera en la que pone mi nombre: «He tenido que salir, regreso pronto. Estás en tu casa, ya lo sabes».

Sonrío como una tonta y me la guardo de recuerdo. Me quito el abrigo y me lavo las manos para ponerme a hacer la merienda: unas deliciosas crepes con crema de cacao. Estoy sacando la segunda tanda cuando escucho la puerta abrirse y veo entrar a Adair con un cubo de palomitas gigante.

—Como de momento no podemos escaparnos al cine...

Lo miro enamorada. Me olvido de las crepes y corro hacia él para besarlo con todas mis ganas. Cuando me separo, sus ojos plateados se funden con los míos y él me acaricia suavemente la mejilla. Cuánto lo quiero.

—¿Huele a quemado? —pregunta arrugando la nariz.

—¡Ay, madre, las crepes! —Y riéndome, voy a retirar del fuego la sartén—. Parece que nos hemos puesto de acuerdo con lo del cine, porque he traído películas.

—No creo que nos dé tiempo a verlas —dice él quitándose la chaqueta y mirando el reloj.

—Bueno..., le he dicho una mentirijilla a mi madre. Cree que voy a estar una hora más en las clases —le confieso. Adair endurece el gesto. Sé que no le hace gracia mentir a mi madre para poder vernos—. Tiempo al tiempo —añado y él asiente.

—Voy a preparar las cosas.

Lo dejo ir, sabiendo que necesita espacio y deseando que un día no me oculte lo que piensa, como hace siempre.

Termino de hacer la merienda y lo colocamos todo en la mesa de centro de Adair. Lo miro ilusionada cuando se sienta a mi lado y él levanta el brazo para invitarme a recostarme en su pecho. Cierro los ojos. Tengo el corazón que parece que se va a salir de mi pecho. Odio sentir este miedo. Con todo, respiro hondo y me dejo caer sobre el pecho de Adair, tratando de pensar únicamente en cuántas veces soñé con estar así, y él me echa el brazo por encima. Nos ponemos a comer y se me cae una gota de chocolate en su pecho. Me río y voy a quitársela, pero entonces Adair se mueve, siento que sus brazos me rodean, y tengo un instante de duda. Él lo nota, porque se detiene enseguida.

—Tengo una idea. Una disparatada idea que creo que nos va a ayudar a que puedas tocarme sin temor.

Noto el dolor entre las palabras de Adair.

Él se levanta del sofá y camina hacia su cuarto, adonde lo sigo intrigada, y una vez allí, se quita la camiseta blanca. Me quedo impactada por su cuerpo: es todo fibra y músculos. Obnubilada, lo veo sacar unas esposas del bolsillo de su uniforme y andar hacia la cama descalzo, solo en vaqueros, con su ropa interior asomando por encima de la cintura. Me encanta, me fascina y me muero por tocarlo y, sobre todo,

porque él me toque y no piense en nada salvo en el placer que me produce.

—Así sabrás que soy yo quien está en tus manos. —Cierra una de las manillas en su muñeca tras la espalda y escucho el clic de la otra—. Espero que luego me sueltes.

—Depende de cómo te portes.

Adair sonrío de medio lado. Lo observo ante mí, tan vulnerable. Su gesto me conmueve. Su pecho sube y baja, agitado, y su mirada sigue cada uno de mis movimientos. Me acerco a la cama entre sus piernas. Cojo su cara entre mis manos y le doy un beso tierno que se vuelve más pasional cuando mi lengua acaricia la suya. Me separo jadeante y bajo por su cuello, dejando un reguero de besos a mi paso. Su perfume me embriaga; me encanta cómo se mezcla con su olor y lo hace único. Cuando lo beso bajo la oreja, sé que le gusta, porque noto que se agita brevemente. Alzo mi mano y acaricio su pecho, recubierto de vello corto y negro. Tiene unos pectorales firmes, bien definidos; es evidente que se ejercita casi a diario. Después, bajo mi mano hacia su abdomen marcado —su tableta de chocolate, como yo la llamo— y acaricio maravillada cada una de sus líneas. Adair tiene un cuerpo espléndido, pero lo que más me gusta es que se nota que se debe al ejercicio que hace por ser policía, no porque quiera presumir de músculos. Y para colmo, ese toque de chico rudo que tiene le da un aspecto mucho más impresionante.

Acerco mis labios a su pecho. Su respiración se agita cuando lo beso y me alzo para mirarlo: sus ojos plateados están cargados de deseo y tiene la mandíbula apretada.

—Eres perfecto. Siempre me has fascinado. —Acaricio sus fuertes brazos y sigo repartiendo besos por todo su torso—. Gracias por ser como eres.

Entrelazo mi mirada con la suya y me siento en una de sus piernas, acunando su cara entre mis manos y besándolo con todo el amor que siento por él. Ha tenido una gran idea. Saber que no puede mover las manos me hace sentir que tengo el poder, el control de la situación; solo espero que llegue el día en que no me asuste que tenga las manos libres.

—Me gustaría saber algunas cosas —le digo dejándome caer en el hueco de su cuello.

—¿No piensas soltarme antes?

—No, por si luego quiero seguir torturándote.

—Me matas, Laia. —Sonrío y lo beso en el cuello, donde late su vena.

—¿Ha habido muchas mujeres en tu vida?

—¿De verdad quieres saber eso?

—De verdad quiero saberlo todo de ti.

Se queda en silencio.

—No muchas.

Me separo y lo miro.

—¿Y después de saber que era a mí a quien querías?

—Algunas. —Adair parece arrepentido—. Lo peor era ser consciente de que nunca tendría a la que deseaba, y que cuando cortaba con ellas, me sentía vacío —me confiesa.

—La tarde que me fui y viniste a despedirme deseaba que me pidieras que me quedara. Ya sé que no lo hiciste porque querías que viviera mi vida pero ¿nunca pensaste en ir a buscarme?

—Casi cada día, pero tenía que dar tiempo al tiempo. No recuerdo nada que me costara más.

Lo beso y, cuando el beso empieza a intensificarse, me levanto a por las llaves de las esposas y lo libero. Sin querer, doy un paso atrás cuando Adair hace amago de abrazarme, y aparta la cara.

—Es difícil dar tiempo al tiempo, ¿verdad? —le digo, utilizando su frase para referirme a mi situación.

—Cuando algo merece la pena, no importa cuánto tardes en lograrlo, siempre y cuando lo consigas.

Sonrío más confortada y regreso al salón, donde me siento en el sofá y cojo las palomitas. Adair no tarda en venir con la camiseta puesta y ponerse a mi lado. Esta vez, cuando abre los brazos, me dejo caer sobre su pecho sin dudar. Hoy he dado un pasito más, uno que me hace estar más cerca de Adair y no tener miedo a perderlo por ser una muñeca rota.

ADAIR

Ángel estaciona en el aparcamiento de la heladería de los padres de Elen. Veo a Laia bajar del coche desconcertada hasta que me ve y me sonrío haciendo que sus ojos se iluminen. Siempre me ha encantado su facilidad para sonreír, pero después de lo sucedido aún más, pues sé lo que es mirarla y no ver esa luz en sus ojos y desear hacer lo imposible por que brille de nuevo.

—¿Dónde vamos? —pregunta Laia alzándose para darme un beso. Siempre ha sido así de espontánea y me alegra que poco a poco esté volviendo a ser como era.

Me despido de Ángel y la cojo de la mano para tirar de ella hacia el lago.

—Ahora que tenemos un poco más de tiempo, he pensado en hacer algo más que ver pelis en casa.

—Me parece genial. —Me mira ilusionada. Yo meto la mano en el bolsillo de

mi sudadera, de donde saco una rosa roja—. ¡Oh, me encanta! —me dice cogiéndola, y me da un beso en la mejilla.

—Menos mal, porque me ha costado conseguirla.

—¿Te ha costado ir a la floristería del pueblo y comprarla? —me pregunta divertida.

—No la he comprado. Es lo que pasa cuando conoces bien a alguien, que sabes que le hará ilusión si se la compras, pero no tanta como si la coges de uno de los rosales del parque..., ganándome alguna mirada reprobatoria, claro.

—Siempre me encantaron los rosales del parque...

—Lo sé.

Laia mira la rosa ilusionada y noto como el brillo en sus ojos se intensifica. Al final ha merecido la pena hacer el ridículo delante de esos ancianos y pincharme con las espinas.

—Me encanta —repite, pero esta vez con mucha más pasión e intención en sus palabras—. Es preciosa.

Me mira feliz. Ella sí que es preciosa. Me detengo y la pongo ante mí. Ahora Laia se tensa menos cuando la abrazo; parece que mi estúpida idea de esposarme ha servido de algo. Fue una auténtica tortura, pues la deseo locamente y contenerme porque estaba maniatado y no podía moverme fue una de las cosas más difíciles que he hecho en mi vida, pero mereció la pena.

—Tengo muchos más sueños locos —me dice, pillá.

—No voy a cumplirlos todos —se ríe—, pero lo intentaré.

Cojo su cara entre mis manos y la acaricio; Laia todavía me sonrío, pero más cauta. Me inclino y atrapo sus labios entre los míos, deleitándome con su sabor, con su suavidad. Laia se acerca a mí buscando mi calor y eso hace que intensifique el beso y pierda el control. Tengo que hacer un gran esfuerzo para detenerme y no montar un escándalo público. La cojo de la mano y caminamos hacia el lago. Es realmente precioso. Me encanta su belleza natural y sus verdes y cristalinas aguas. Paseamos de la mano siguiendo la orilla. Laia me pregunta por el trabajo; yo le cuento por encima, pues me he dado cuenta de que le afecta mucho saber los detalles. Bastantes frentes tenemos ya en contra como para añadir uno más.

El tiempo se me pasa volando y, a la que nos queremos dar cuenta, es la hora de irnos. Volvemos al aparcamiento, donde ya la está esperando Ángel, y la veo ir hacia él, impotente por no poder pasar más tiempo con ella. Laia necesita más que nunca llevar una vida normal. Comprendo a su madre, pero espero que pronto no tengamos que mentirle para estar juntos, y menos por culpa de lo que hizo mi padre.

* * *

Escucho la puerta abrirse. Me giro hacia ella desde el salón y veo entrar a Laia, que me sonrío en cuanto me ve, cierra y deja sus cosas en el perchero de la entrada antes de venir hacia mí y darme un beso.

—Te he echado de menos —me dice abrazándome con fuerza. Esta semana he tenido que trabajar, así que casi no nos hemos visto. La abrazo y apoyo mi cabeza sobre la suya.

—Yo solo un poco.

—Tonto. —Se separa y va hacia las películas, coge una y se la lleva a mi cuarto, donde tengo una tele con DVD.

La sigo intrigado. Desde el umbral, la observo ponerla en el DVD, quitarse los zapatos e ir hacia mi cama. Está temblando, pero aun así, sigue con lo que tiene pensado hacer. Ella ignora la fuerza que tiene. Me asombra su decisión y cómo está saliendo de todo esto y luchando para recuperar lo que ese desgraciado le quitó.

Laia se tumba en la cama y me hace un gesto con la mano para que me acerque. Yo lo hago y me quito las zapatillas antes de tenderme a su lado. Ella pone la película y se recuesta en mi pecho, y yo la rodeo con mis brazos. La noto nerviosa. De pronto se separa y espero su rechazo, convencido de que es por tenerla abrazada, pero en lugar de eso se sonroja y lleva sus manos a mi camiseta.

—Quiero acariciarte... sin que estés atado.

La miro conmovido. Sus ojos me dicen lo mucho que le está costando pedirme y hacer esto. Me incorporo lo justo para dejarla hacer y la ayudo a quitarme la camiseta. Luego me mira fijamente a los ojos y coge mi cara para besarme. El beso cada vez se hace más intenso. Sus manos bajan por mi pecho y me acarician, volviéndome loco. Me recuesto un poco y Laia se coloca encima de mí. Siento su menudo cuerpo sobre el mío, sus curvas amoldarse un tanto a las mías, pues aún hay distancia entre los dos. Pero este es un gran paso. Sobre todo porque, cuando llevo mis manos a su espalda, deja que la acaricie mientras nos besamos dejándonos sin respiración.

—Podrías estar con quien quisieras, con cualquier chica. Lo sabes, ¿verdad? —me dice tras un rato de besos interminables y con el miedo pintado en su mirada.

—No quiero estar con cualquiera. Quiero estar con la chica que quiero, y esa eres tú.

Laia me sonrío con los ojos llenos de lágrimas y me besa de nuevo, con ternura, hasta que la alarma que tengo puesta en el móvil nos avisa de que nuestro tiempo se ha acabado. Con pesar en la mirada por tener que marcharse, Laia se levanta de encima

de mí y sale corriendo a por sus cosas. Hoy solo hemos podido estar una hora, pues su madre le ha dicho que no necesita tantas horas de clases de defensa personal. Es incapaz de darse cuenta de que su miedo está asfixiando a su hija.

Me acerco a la ventana para ver a Laia caminar resuelta hacia el coche de su hermano, que cada vez lo aparca más lejos, para que Laia vaya perdiendo el miedo a ir sola por la calle. Y es evidente que, poco a poco, lo está logrando. Nunca dudé que, si alguien podía lograrlo, esa era Laia.

CAPÍTULO 15



LAIA

Me levanto del pecho de Adair y lo miro, él me sonrío y no puedo evitar pensar que esta escena la he visto en alguna película.

Llevamos dos semanas viéndonos a escondidas y cada día que pasa me siento más fuerte y más segura de que estoy volviendo a ser quien fui y que, a pesar de lo que me pasó, estoy venciendo a Carlos y no ha matado mi forma de ser.

Mi hermano cada día me espera con el coche algo más lejos; a veces incluso me ha llamado diciendo que ha aparcado a dos calles de aquí. Siempre me dice que no encuentra aparcamiento, pero yo sé que lo hace aposta, para que vaya perdiendo el miedo a ir sola por la calle, y la verdad es que está funcionando. Es como si hubiera vuelto a nacer de alguna forma. Todo es nuevo para mí, lo disfruto más y, cuando sonrío, también lo valoro más. Cuando estaba sumida en el pozo de tristeza creía que nunca más escucharía el sonido de mi propia risa, pero ahora ya no lo dudo.

Además, con Adair he logrado dar pequeños pasitos. Ahora ya no nos quedamos en el sofá, su cama se ha convertido en nuestro lugar de la casa y ya he acariciado cada centímetro de su morena musculatura sin las esposas, lo cual es todo un logro. Sé que le gusta, lo puedo ver en sus ojos, y saber que una simple caricia mía le afecta tanto me da mucho poder, pero en ningún momento pienso que le estoy provocando intencionadamente para que se abalance sobre mí. Lo que me dijo Carlos para justificar su agresión hace tiempo que dejé de escucharlo con tanta fuerza en mi mente. Yo aún no tengo valor para estar sin camisa delante de él, pero sus caricias han conseguido que vaya perdiendo el miedo; ya no me traen malos recuerdos y sé que un día lo conseguiré.

Paso mi mano por el pecho de Adair. Él se estremece y la sujeta para que deje de acariciarlo, pero yo sonrío y sigo haciéndolo.

—¿Disfrutas torturándome?

—Sí.

Adair se levanta rápido y me pone sobre la cama para hacerme cosquillas y ganarme esta batalla y me hace reír. Siento su fuerza, pero no me sobresalto y eso

hace que ría aún más fuerte. Me siento dueña de mi vida.

—Adair.

Lo miro sobre mí, y él se detiene y me mira. Bajo mi mano hacia mi camiseta y comienzo a levantármela temblorosa, sin perder detalle de la expresión de Adair. Su mirada se va nublando poco a poco y no deja de acariciarme con la ternura de sus iris plateados. Me quiere, puedo notarlo en cada gesto, y eso me da valor para terminar de quitarme la camiseta y quedarme solo en sujetador, aunque para ello tengo que tragar el nudo de miedo que siento en el estómago y reprimirlo. Este momento es nuestro.

Adair desliza los ojos por mi busto, contemplándome, antes de bajar sus labios hacia los míos para besarme. A pesar de que está apoyado sobre los codos para no aplastarme, yo noto su peso sobre mí, pero esto, lejos de atemorizarme, me hace sentir segura. El hecho de estar así ahora es un gran triunfo. Me gusta sentir su piel en contacto con la mía y me aferro a él para acariciarlo hasta saciarme y dejar que Adair me mime como solo él sabe hacerlo.

Baja la cabeza y me besa en el cuello, haciendo que me recorran escalofríos por todo el cuerpo, mientras una de sus manos va hacia el cierre del sujetador. Lo dejo hacer pero, cuando siento la tela abrirse, no puedo evitar recordar el momento en que Carlos rasgó mi ropa y me quedé expuesta ante él, y me invaden de golpe el dolor y el miedo.

—¡Aparta! —grito empujándolo.

Adair se separa enseguida y yo me levanto de la cama, cojo mi ropa y huyo deprisa hacia el aseo, donde me encierro y me hago un ovillo en el suelo. ¡Maldita sea! Da igual lo fuerte y lo invencible que me crea, siempre ocurrirá algo que me recuerde que soy débil y que aún no estoy recuperada del todo. Y que nunca lo haré.

ADAIR

Escucho a Laia llorar y me apoyo en la puerta impotente. No poder hacer nada, salvo esperar. Me frote la cara con las manos intentando pensar qué he hecho mal. Sé que no es culpa mía, pero no paro de repetirme que sí, que tal vez he ido demasiado rápido.

Oigo que sus sollozos van remitiendo y toco a la puerta una vez más.

—Laia...

—Un momento.

Escucho el grifo y el agua del lavabo correr. De pronto veo mi camiseta en la silla. Me la pongo, me siento en la cama y la espero.

Cuando sale, está vestida completamente, sus ojos están rojos por las lágrimas y

en su cara se reflejan el miedo y la culpabilidad por lo que ha pasado.

—Lo siento, Adair..., yo...

—No me pidas perdón, Laia. No pasa nada.

—Me gustaría tanto... —Sus ojos verdes se llenan de lágrimas y respira hondo para evitar derramarlas—. No quiero perderte. No puedo perderte...

Su confesión me confirma la sospecha que ya me rondaba estos días: Laia se está forzando a ir más rápido de lo que puede. Y eso me hace sentir un miserable.

—No me vas a perder, Laia, aunque tardemos años en...

—... En ser una pareja normal. —Su voz es triste y me rompe por dentro.

—No quiero una pareja normal. Te quiero a ti, Laia, y creo que es hora de que empieces a entender esto. Tú eres diferente, no eres como las otras jóvenes que he conocido. —Noto que mis palabras le agradan y me obligo a no callarme ahora, aunque me cuesta hablar de esto—. Siempre has vivido en una fantasía constante. Derrochas imaginación. Te he visto de niña bailar en la terraza del ático con tus príncipes imaginarios y dices frases que solo salen en las películas. Y además eres generosa, te vuelcas con la gente que te rodea. Eres única y no quiero que seas como los demás. Quiero que seas tú y, pese a que ahora estás mal, sigues siéndolo, pues no has dejado de luchar y mucho menos de soñar. Cada día sueñas que un día conseguirás ser la misma de siempre. Y sé que lograrás que se haga realidad.

Laia no dice nada. Solo sonrío tras sus lágrimas y luego se acerca y me abraza con ímpetu, como solo ella sabe hacerlo. Cuando lo hace, me pregunto una vez más de dónde saca esa fuerza y esa alegría, pues, al contrario que ella, yo a veces no sonrío en días.

—Tengo que irme...

—Mañana no podré quedar. —Laia me mira—. Pero me pasaré por tu casa. —Lo digo sin muchas ganas. No me apetece ver a su madre, pero Laia me ha contado que alguna vez su madre ha preguntado si pasa algo entre nosotros, que por qué no voy por su casa.

—No vendrás —afirma.

—Desconfiada. —Laia sonrío—. Si puedo iré, te lo prometo.

Laia me da un beso y coge sus cosas para irse. Me asomo a la ventana. Busco dónde está Ángel esperándola y lo veo bastante lejos; no sé si Laia se atreverá a ir sola hasta allí. Sin embargo, al salir del portal, la veo ir hacia allí con decisión y que no deja de andar, para que nadie a su alrededor note cómo tiembla y el miedo que siente por dentro.

* * *

Toco al timbre de la casa de Laia. Son cerca de las diez de la noche. Al final he sacado tiempo para venir a verla, como le dije ayer, aunque evito ir a lugares donde no estoy a gusto. Pero la vida es así: cuando se quiere a alguien, se hacen sacrificios que no harías por nadie más.

—Hola —dice Laia cuando me abre la puerta; su padre está detrás de ella.

—Hola —les digo mientras paso.

Han puesto la mesa en el salón. Ángel no tarda en salir de la cocina y saludarme. Todos se muestran muy simpáticos menos la madre de Laia, que, aunque trata de parecer cordial y la misma de siempre, no se molesta en esconder su resquemor por tenerme aquí.

—Huele muy bien la cena —comento cuando veo a Laia triste por la actitud de su madre.

Nos sentamos a la mesa y la madre de Laia no tarda en servir la cena. El ambiente es tenso y solo se habla de temas triviales. Laia ha aprovechado un descuido de sus padres para acariciar mi mano bajo la mesa y a veces la veo mirarme de reojo. Yo, por mi parte, estoy concentrado en mi plato, para que nadie note lo incómodo que me siento. Es curioso, nunca creí que llegaría a sentirme incómodo aquí, es como mi segunda casa desde que era adolescente, pero la vida da muchas vueltas.

—Todo muy bueno, mamá —comenta Laia, pero su madre no le presta atención. En lugar de contestarle, me mira más seria que antes y suelta:

—Pensaba que habíais roto.

—No he tenido tiempo de venir —replico aguantándole la mirada.

—No sigas —le dice el padre de Laia a su mujer.

—¿Por qué no? Laia no está preparada para estar con nadie ahora.

—He dicho que basta —insiste el padre.

Yo opto por levantarme, prefiero no entrar en esta discusión.

—¡Mamá, no entiendo qué te pasa! ¡Es Adair! ¿Cómo puedes tratarlo así? Él no fue quien me hizo daño.

—Tal vez aún no, pero lo lleva en los genes...

Mi mundo se detiene y me quedo de piedra mirándola, incapaz de reaccionar.

—¿De qué hablas? —pregunta Laia.

—Su padre era un borracho y un maltratador, todo el pueblo lo sabe. Pegaba a su madre.

Todo el pueblo lo sabe. Pegaba a su madre. Repito esas palabras en mi mente, impactado. ¿Quiere decir que mi padre no solo golpeó a mi madre aquella vez? No

tenía ni idea, nunca he hablado con mi madre de esto y ahora resulta que todo el mundo lo sabía menos yo.

Los cuatro se quedan en silencio y yo reacciono y salgo de aquí. Escucho a Laia llamarme y venir detrás de mí, pero bajo las escaleras rápido y no me paro. No quiero hablar con nadie.

Salgo a la calle y camino a grandes zancadas, como si quisiera huir de la revelación de la madre de Laia, pero no lo consigo y, cuando llego a mi destino, no sé por qué he decidido venir aquí, pero sé que no puedo retrasarlo más. Es hora de que afronte la verdad.

—Mamá. —Mi madre levanta la mirada y me observa seria. Está en la cocina de su restaurante y, por su cara, es evidente que no me esperaba.

—Adair, hijo..., ¿estás bien?

—Tenemos que hablar.

Su marido entra en la cocina y me saluda.

—Yo me encargo de todo, ve con tu hijo.

Mi madre sale por la puerta trasera de la cocina y accede al patio que tiene el restaurante. La sigo en silencio y, cuando se sienta en unas cajas de botellas vacías, yo lo hago cerca.

—¿Quién era mi padre? Necesito saber qué clase de persona era —disparo a bocajarro.

Mi madre toma aire. Sabe que no dejaré el tema para más tarde, que ya lo ha retrasado bastante.

—Yo creía que era mi caballero andante, pero ya era tarde cuando descubrí la verdad. —Mi madre coge mi mano—. Yo vivía en la ciudad cuando conocí a tu padre. Era amigo íntimo del padre de Robert y ambos han seguido el mismo camino, salvo porque uno aún sigue aquí. —Me impacta saber que el padre de Robert y el mío eran compañeros de juergas y comprendo aún más a Robert por lo que ha vivido desde niño; yo hasta ahora ignoraba que mi padre era un bebedor—. Aún recuerdo el primer día que lo vi. Era increíblemente guapo, rubio, con unos intensos ojos verdes, y él se fijó en mí, en la joven más flacucha y desgarbada de toda la fiesta, y me sacó a bailar. —Sonríe con tristeza—. En ese instante me vi tan deslumbrada por él, que supe que lo seguiría a cualquier parte. Y cuando días más tarde vino a verme, yo me sentí muy halagada. ¡Era el chico más impactante que había visto en mi vida, y había vuelto por mí! Poco a poco fue viniendo a conocerme y me dejé embaucar por él. Yo solo tenía dieciséis años por aquel entonces, no era más que una niña, aunque eso no es excusa para justificar mi ceguera.

Mi madre toma aire y me mira.

—Me prometió muchas cosas y le creí como una tonta. Cuando me entregué a él, no esperaba que todo acabara esa misma noche. Dejó de venir a verme y yo, desesperada, no dejaba de buscarlo, pero ya era demasiado tarde. Estaba embarazada y mis padres me habían echado de casa porque había deshonrado a la familia y no querían hacerse cargo de mí. Sí, tus abuelos eran muy conservadores.

No digo nada, pues no conozco a mis abuelos. Nunca quisieron saber nada de su hija, y menos aún de su nieto.

—Conseguí enterarme de que tu padre vivía aquí, en casa de sus padres, y vine a buscarlo. Cuando les conté quién era, creyendo que él les habría hablado de mí, me abrieron las puertas de su casa y me acogieron, pero cuando él llegó, comprendí por su mirada que por nada del mundo quería que estuviera allí. Con todo, no me fui, pues esperaba que un día pudiera quererme como yo lo quería a él. Me costaba mucho reconocer que había estado tan equivocada. Pero los días pasaban y él no cambiaba. Llegaba tarde a casa, siempre borracho y diciendo cosas hirientes. Con el tiempo, me enteré de cosas que me destrozaron y se las eché en cara. Él no solo no las negó, sino que se rio de mí.

Mi madre se muerde el labio y yo acaricio su pequeña mano.

—El impacto de lo que descubrí hizo que se me adelantara el parto pero, pese a todo, yo quería a tu padre. Seguimos viviendo con tus abuelos. Ellos me ayudaban en lo que podían, pero eran muy mayores y cuidar de ti les suponía una carga muy pesada. Yo cada día esperaba que tu padre volviera a ser como el hombre del que me enamoré, pero él no llegaba y el tiempo pasaba. Él solo estaba contigo cuando no le quedaba más remedio, pero no le gustaban los niños, y menos el suyo. Decía que le privaba de su libertad —comenta mirándome con dolor—. Lo siento, Adair...

—Sigue, no me importa lo que él sintiera.

Mi madre asiente y continúa.

—Una de las veces que me pegó fue en el parque, delante de los padres de los demás niños. Recuerdo perfectamente ese día: te había bajado al parque para darte un paseo, yo iba tras de ti, pues estábamos jugando al escondite. Siempre he creído que no lo viste... —Mi madre me mira con tristeza—. Pero parece que no estabas donde yo creía.

Asiento con la cabeza.

—Tu padre vino a decirme que se iba a pasar unos días fuera con una joven a la que había conocido hacía poco. Yo le dije que no podía irse, que éramos su familia. Él se rio de mí y me dijo que él no tenía familia. Yo intenté retenerlo cuando empezó a alejarse, entonces se volvió y me tiró al suelo de un puñetazo, y me dijo que lo

dejara en paz. La gente de alrededor que lo había visto todo se acercó para ayudarme cuando él se fue, pero yo no les dejé. En ese instante solo pensé en ti, así que me tragué todo el dolor y la impotencia que sentía, me levanté, me sequé las lágrimas y te busqué como si nada hubiera pasado. Al poco volvió y les dijo a sus padres que se iba para no volver, que yo podía quedarme allí con ellos pero que no te reconocía como hijo, pues nunca se había acostado conmigo. Tus abuelos lo creyeron a él. A fin de cuentas, físicamente siempre te has parecido más a mí. Como eras moreno y tenías los ojos grises...

—Me alegro de parecerme a ti.

Mi madre sonrío.

—A veces pensaba que si tú te hubieras parecido más a tu padre, tus abuelos no te habrían dado de lado, pero... El caso es que la convivencia se volvió muy incómoda. Al final me fui de aquella casa con las pocas cosas que tenía y empezamos una nueva vida.

Tras un breve silencio, digo:

—Fue así como llegaste a la casa de Liam.

—Sí, entré al servicio de los reyes. Poco después oí que tus abuelos se habían mudado a donde vivía su hijo, y tampoco supimos más de ellos.

Nos quedamos unos segundos en silencio.

—¿Sabías que vino a despedirse de mí antes de irse?

Mi madre me mira asombrada.

—No.

—Yo era muy pequeño, pero recuerdo ese instante. Como tantas otras cosas de cuando era niño.

—Y te encerraste en ti mismo desde entonces, pese a lo pequeño que eras.

Asiento en silencio. Una parte de mí quiere abrazarla y ser el niño que era antes que se fuera mi padre, antes de ver como él la golpeaba, pero no puedo. Llevo muchos años callando por miedo a hacerla llorar, como tantas veces lo hacía mi padre. Nunca se lo he dicho, pero no solo recuerdo el día que la golpeó en el parque, sino también cómo lloraba junto a mi cama, cuando creía que estaba dormido.

—Adair, siento mucho lo que pasó..., de haber sido más fuerte...

—Lo eres. Y respecto a mi padre, está todo olvidado.

—Puedo ver en tus ojos que no es así. Y no te culpo. Él nunca cuidó de mí, solo me engatusó para conseguir lo que deseaba y luego me despreció.

—Su madre dice que soy como él. Que lo llevo en los genes —digo incapaz de callarme por más tiempo. Mi madre se ha abierto a mí y siento la necesidad de corresponderle.

—¿La madre de Laia? —Asiento—. Tú nunca tratarías así a una joven. Sé que darías tu vida antes que lastimar a Laia. Además, me crucé con el padre de Laia el otro día y me dijo que su mujer estaba pasando por una depresión.

—Eso parece y, si por ella fuera, Laia no saldría de su casa.

—Es normal que esté así.

—Trato de entenderla, la conozco desde hace muchos años..., pero...

—... Pero no soportas que ella te mire con miedo a que le haga daño a su hija.

Asiento.

—Adair, dale tiempo.

Me levanto, incapaz ahora mismo de decir nada más.

—Tengo que irme.

Empiezo a alejarme, pero las palabras de mi madre me detienen.

—Adair, eres lo mejor que me ha pasado en la vida. Volvería a pasar por aquello mil veces si mi recompensa fuera tenerte a ti. No cambiaría el pasado, porque gracias a aquello hoy soy lo que soy; solo miraría atrás para aprender de él. Haz tú lo mismo.

—Buenas noches, mamá.

—Cariño, no importa de dónde vengamos, lo que importa es saber hacia dónde vamos.

Me voy, pues temo romperme por primera vez ante ella. Un mar de emociones bulle dentro de mí y ahora mismo no sé qué pensar.

Al llegar a mi casa, veo luz bajo la puerta. Al abrirla me encuentro a Robert y a Ángel sentados en el sofá y por sus caras intuyo que estaban preocupados por mí, porque muestran alivio al verme.

—Estoy bien, ¿vale?, y ahora, si no os importa, me gustaría estar solo.

—Yo no pienso irme —dice Robert.

—Ni yo. Este sofá es muy cómodo.

—Creo que va siendo hora de que os quite las llaves de mi casa. Así podré tener un poco de paz dentro de ella.

—¿Y privarnos de este piso tan confortable? Ni hablar —Robert me mira sonriente.

—¿Cómo estás? —me pregunta Ángel cuando me siento, dando a entender que no se van a ir.

—Bien, genial. Es agradable que le digan a uno que temen que golpee a su hija porque lo lleva en los genes —ironizo, sabiendo que Robert ya ha sido puesto al corriente por Ángel.

—Mi madre no está bien. Se encerró en su cuarto después de que te fueras.

—Lo sé, no la culpo, pero por el momento no tengo muchas ganas de volver a tu casa.

—Normal. —Ángel no añade nada al respecto, y continúa—: Laia me dijo que, cuando pudieras, la llamas.

Asiento.

—Mi padre y el tuyo eran amigos —comenta Robert— y creo que me conoces lo suficiente como para saber que, por muy borracho que sea, muchas veces hasta perder el sentido, yo no soy así. —Sé que tiene razón. Conozco a Robert desde el instituto y muchas noches que hemos salido nos hemos puesto hasta arriba de alcohol, pero Robert solo bebe cuando le apetece, no depende de la bebida. Y para colmo, ahora se va a hacer cargo de su hermanastra... No, desde luego, no es como su padre.

—¿Cómo va lo de tu hermana? —pregunta Ángel.

—Se está retrasando todo un poco más de lo esperado... Mi abuela está algo débil y eso ha hecho que los de servicios sociales se demoren. Temen que pueda pasarle algo pronto —comenta triste—. Mis abuelos me han puesto a mí como su tutor legal, aunque viviremos con ellos y me ayudarán en todo lo que puedan...

—Siento lo de tu abuela. —Robert asiente—. Espero que poniéndote como tutor a ti, todo se solucione cuanto antes.

—Al menos, no han podido oponerse. Soy su hermano, ahora tengo un buen trabajo y además la madre ha estado de acuerdo y ha rechazado la custodia de la niña en favor mío. A ver qué pasa.

Miramos asombrados a Robert. Su actitud risueña nos hace olvidar muchas veces que él también tiene problemas.

—Te ayudaremos. Al fin y al cabo, somos sus tíos —comenta Ángel.

—¿Aunque eso conlleve cambiarle los pañales de vez en cuando?

Ángel pone cara de asco y yo sonrío, pese a todo. Ellos han venido con la intención de apoyarme, pero no son conscientes de lo mucho que los necesitaba justo ahora. Sus bromas, su forma de ser, me ayudan a no sentirme tan solo. Eso me recuerda algo.

—Chicos, me encanta vuestra compañía, pero he de llamar a alguien.

—Laia quería venir conmigo, pero mi madre se lo prohibió. Le dio un ataque de pánico solo de pensar que salía tan de noche...

—No pasa nada.

Me levanto y saco mi móvil del bolsillo para ir a mi cuarto y llamar a Laia. No tarda en cogerlo y por su voz sé que estaba preocupada por mí.

—¿Estás bien?

—Sí.

—Lamento lo de mi madre...

—Laia, no tiene importancia, de verdad...

—No. Tú no eres como tu padre. Aunque él hubiera sido el peor...

—Lo sé.

—Me hubiera gustado ir con mi hermano. Cuando más te necesito y tú a mí, es cuando más lejos estamos. ¿Siempre será así?

Me callo, pues no tengo respuesta a su pregunta. Es cierto, nuestra relación siempre ha estado empañada por algo.

—No quiero hacer daño a mi madre..., me siento culpable por su situación. Todo ha sido por mi culpa, Adair...

—No pienses eso, Laia. Tú no tienes la culpa de que él te atacara.

—Lo sé, pero de no haberlo elegido a él...

«De no haberte dejado marchar...», pienso.

Nos quedamos en silencio.

—¿En qué punto estamos ahora?

Me siento en la cama y apoyo la cabeza en mis manos antes de contestarle:

—No lo sé.

—Tengo miedo... ¿Por qué el amor no puede ser suficiente? Siempre creí que sí. Ahora entiendo a Elen más que nunca. No quiero hacer daño a mi madre, odio verla llorar. Pero tampoco soporto no poder verte como querría..., me hace daño desearte y no poder estar contigo... —La voz de Laia se rompe—. ¿Qué podemos hacer?

Y entonces me viene a la mente una frase hecha. Una frase que hasta ahora no había tenido mucho significado para mí.

—Lo que no te mata, te hace más fuerte.

—Y estamos vivos...

—Sí.

—Entonces seguiremos luchando. —La voz de Laia ha recuperado su alegría característica—. Gracias por animarme.

—Yo no he hecho nada, Laia...

—A veces no hace falta hacer nada. Simplemente estar al lado del otro cuando las cosas se tuercen.

—¿Cómo lo haces?

—¿El qué?

—Sacar esa fuerza para seguir hacia delante.

—De ti. Eres mi luz. Te quiero, Adair. Buenas noches.

Laia cuelga el móvil y por primera vez sé por qué Laia siempre me ha llamado la

atención, por qué me enamoré de ella desde que la conocí: porque me recuerda a mi madre. Ambas son unas soñadoras, luchadoras, y a pesar de que la vida trata de quitarles la sonrisa, ellas siguen sonriendo y, lo que es más importante, soñando.

CAPÍTULO 16



LAIA

—¿Y qué quieres mañana para tu cumpleaños?

Observo a mi madre y niego con la cabeza.

—Nada especial.

Me encantaría poder estar con Adair todo el día, celebrarlo con él y mis amigos, pero eso no es posible, pues mi madre se negará en rotundo. Me duele tener que mentirle para poder estar con Adair. Me asfixia su actitud. Y lo peor es no verlo tanto como me gustaría y necesito.

Remuevo la comida y siento la mirada de mi hermano posada en mí.

—Mañana en la academia de defensa personal hacen una fiesta de año nuevo por la tarde noche. Yo iré, me han invitado. Podemos celebrarlo por la mañana.

Miro a mi hermano incrédula. ¿Qué tiene planeado? Me sabe mal que tenga que mentir por mí.

—¿Una fiesta? —me pregunta mi madre.

—Sí, bueno, pensé que no me dejaríais ir y por eso no os dije nada...

—¿Y por qué no íbamos a dejarte? Va tu hermano —comenta mi padre mirando intensamente a mi madre. Sospecho que está compinchado con mi hermano y, aunque no le gusta mentirle a su mujer, sabe que de momento no hay otra forma para que yo pueda seguir con mi vida.

—Sí, claro... —comenta mi madre no muy convencida—. Yo había pensado pasar la tarde aquí..., como cuando eras pequeña y veíamos pelis todos juntos en año nuevo.

—Yo... —Miro a mi hermano pidiendo ayuda.

—Mamá, déjalo ya —dice este—. ¿Tanto te cuesta dejar a Laia hacer algo normal el día de su cumpleaños?

—¿Irás tú solo...?

—No, va a ir Adair, y no va a hacerle nada a Laia —contesta enfadado mi hermano.

—Mamá, Adair no es como tú crees.

Los ojos de mi madre se humedecen y yo miro impotente mis manos bajo la

mesa. No sé cómo lidiar con esto. Me siento tremendamente culpable.

—Puedes ir, Laia —dice mi padre.

—Pero...

—No hay peros que valgan.

Miro a mi padre, que acaba de cortar de raíz los pretextos de mi madre.

—No tengo más hambre.

Me levanto de la mesa y subo a mi cuarto. Cuando voy a cerrar la puerta, veo a mi hermano en el umbral, que entra y cierra tras él.

—No sé cómo puedes soportarlo, ni qué hacer para que entienda y salga ya de esa depresión...

—Yo tampoco —le contesto.

Ángel se sienta en mi cama y yo lo hago a su lado; no tarda mucho en abrazarme.

—¿Crees que será siempre así? Yo quiero una relación normal con Adair...

—No lo sé, Laia, esperemos que no. —Nos quedamos en silencio hasta que mi hermano se mueve y lo rompe—: ¿Qué quieres que te regale?

—Nada.

—Acabaré haciendo lo que me dé la gana.

—Como siempre.

Ángel me besa en la mejilla y, mientras se va, lo miro feliz. Feliz de poder estar como antes con él, sin temerlo, sin alejarlo de mí cada vez que me muestra su cariño. Me alegra mucho poder volver a hacer esto con mi hermano. Es en estos pequeños detalles cotidianos donde me doy cuenta de que estoy avanzando.

* * *

Llegamos al gimnasio donde doy las clases de defensa personal y mi hermano me sujeta la puerta para que entre. Lo miro extrañada. ¿Acaso era cierto lo de que iban a hacer una fiesta de año nuevo? Pensé que todo era una excusa de mi padre y él para que pudiera pasar la tarde de mi cumpleaños con Adair.

—¿Y esa cara de desilusión?

—Pensaba que me llevarías a casa de Adair.

—Esto es lo malo de las mentiras, que llega un momento en que cuando dices la verdad, nadie te cree.

Agacho la mirada para que mi hermano no note lo mucho que me afecta saber que realmente me ha traído a la fiesta de Dulce.

A medida que caminamos por el gimnasio, me fijo en que todas las aulas están

vacías y a oscuras salvo la del fondo, en la que yo realizo mis clases, que sí está iluminada. Sin embargo, me resulta raro no escuchar nada...

—¡Sorpresa! —oigo cuando cruzamos la puerta. Dulce y Robert me lanzan unos confetis y mi hermano me da un beso en la mejilla.

—Felicidades, hermanita.

Ángel va hacia la mesa donde está la comida con la tarta y Robert y Dulce se acercan hacia mí. Robert me da dos besos y me felicita. Otro avance más: tampoco huyo de él, ni de Dulce, que me da un cálido abrazo. Desde que la conozco nos hemos hecho muy buenas amigas.

—¿Qué te han regalado?

—Mi madre y mi padre, unos libros que quería y unos DVD —digo oteando disimuladamente mi alrededor buscando a Adair, pero no lo veo.

—Seguro que chulísimos.

—Ven, tienes que probar tu tarta.

Me acerco a la mesa y Dulce saca su cámara de fotos. Empiezan a cantarme cumpleaños feliz y decido disfrutar e ignorar el daño que me hace que Adair no esté aquí conmigo. En el momento de soplar las velas, pido el mismo deseo que pedí en mi casa: volver a ser quien fui.

Cuando aplauden y abro los ojos, siento que alguien me abraza por detrás y mi corazón salta de alegría en mi pecho, pues enseguida sé que se trata de Adair.

—¿Pensabas que me lo iba a perder? —me pregunta dándome un beso en la mejilla.

—Sí —le contesto seria. Adair se ríe.

—Feliz cumpleaños, Laia. —Me besa y me gira en sus brazos para poder abrazarme.

—¡Eh, un respeto, que soy su hermano! Dejad eso para más tarde.

—Aguafiestas —le dice Dulce—. ¿No será que te da envidia?

—Te aseguro que gestos cariñosos por parte de mujeres no me faltan.

Dulce le mira seria y luego le sonrío.

—Va a ser cierto eso de que el amor es ciego.

Mi hermano abre la boca para replicar, pero Robert, más hábil, le planta un plato de tarta en las manos.

—¿Y cómo es que me habéis preparado una fiesta sorpresa en el gimnasio? —le digo a Dulce para terminar de rematar la maniobra de Robert. Esta se gira hacia mí y, tras un segundo de confusión, me explica:

—Bueno, le pedí a mi jefa poder abrir el centro por la tarde y me dijo que sí, con la condición de que lo dejáramos todo como estaba.

Robert me pasa un plato de tarta. La pruebo y cierro los ojos, disfrutando del sabor del chocolate.

—Mmmm... Mi preferida.

—Ya lo sabía —dice mi hermano.

—Toma, tu regalo. Es de parte de los tres.

Dulce me tiende una cajita cuadrada envuelta con un precioso papel dorado y adornada con un lazo del mismo color. La abro con presteza, emocionada, y me quedo con la boca abierta al ver lo que hay dentro: es una preciosa pulsera de plata con un colgante decorado con piedras diminutas.

—Es un símbolo de fuerza —comenta Dulce—. ¿Te gusta?

—Mucho.

Se la tiendo a Adair para que me la ponga y él lo hace a la vez que me acaricia la muñeca.

—Gracias, chicos. Lo necesitaba.

—¿La pulsera? —pregunta bromista mi hermano, pues sabe a qué me refiero—. Tranquila, poco a poco podrás hacer cosas normales sin que eso afecte a mamá.

Me guiña un ojo y asiento, esperanzada con esa idea.

Cuando terminamos de comernos la tarta, Adair tira de mí hacia la puerta y le dice a Ángel:

—Me la llevo. Luego la traigo, dentro de unas horas. Te llamo.

—Perfecto, pasadlo bien.

Me despido de ellos y salgo ilusionada siguiendo a Adair. Cuando subimos a su coche, le pregunto feliz:

—¿Dónde vamos?

—¿Dónde quieres ir?

—Me da igual.

—Entonces déjate llevar. —Adair me sonríe relajado y pone el coche en marcha.

Lo miro mientras conduce, no me canso de hacerlo. Él lo hace fugazmente, cuando puede apartar la mirada de la carretera y el retrovisor, y pone su mano sobre la mía.

Cuando nos paramos, miro a mi alrededor. Estamos rodeados de árboles.

—¿Dónde estamos?

Adair no me contesta, solo sale del coche, y yo lo imito intrigada. Él se acerca con un pañuelo negro en la mano.

—¿Y eso?

—¿Confías en mí?

—Ya sabes que sí.

—Entonces date la vuelta.

Lo hago y él me venda los ojos con el pañuelo. Escucho como cierra el coche y al poco toma mi mano y tira suavemente de mí. Camino aferrada a su mano mientras oigo crujir las ramitas y la hojarasca del bosque bajo nuestros pies.

—Estoy muy intrigada.

—Lo imaginaba.

En un momento dado, Adair me coge en brazos y me deja a pocos pasos. De repente, el terreno cambia y andamos sobre madera, lo que aún me mosquea más.

—Ya hemos llegado.

Adair se coloca tras de mí y me desata la venda, y, cuando abro los ojos, me quedo asombrada. Estamos en un embarcadero, ante un precioso lago que no tiene nada que envidiarle al de nuestro pueblo, y el paisaje, en tonos cálidos y ocres, hace que resulte aún más acogedor.

—Vamos, que no queda mucho para el atardecer.

—¿Ir? ¿A dónde? —Adair me señala las aguas y veo ante mí una pequeña barca —. ¿Vamos a montar en eso?

Adair se ríe y salta a la pequeña embarcación; luego mete en ella una cesta que no me había percatado hasta ahora de que llevaba, y me tiende una mano.

—Seguro que esta escena la has visto en alguna de esas películas pastelonas tuyas.

—Sí... —Cojo su mano sin dudar más y Adair me ayuda a bajar a la barquita; luego coge los remos y la conduce hasta el centro del lago.

—Aquí estaremos bien.

Adair saca de la cesta una manta y me la tiende. Nos acomodamos en el suelo de la barca y me recuesto sobre Adair para después taparnos con la manta.

—Es precioso. Se respira tanta paz.

—Sabía que te gustaría.

Me incorporo un poco y lo beso; él me devuelve el beso a la vez que me abraza.

—Hubo un tiempo en el que pensé que nunca conseguiría estar así contigo. Ya no solo abrazada, sino a solas, sin miedo. Es evidente que si ahora quisieras hacerme algo, lo podrías hacer sin que nadie se diera cuenta, pero no tengo miedo.

Adair me acaricia la mejilla y me besa de nuevo. Nunca me canso de sus besos. De sus caricias. Puede que una parte de nuestra intimidad siga teñida por el miedo, pero siempre trato de recordar los momentos en los que no.

—Cierra los ojos. Te queda una sorpresa más.

—¿Más? —Cierro los ojos, preguntándome qué me ha preparado ahora Adair.

—Abre la boca —Lo hago curiosa y no tardo en sentir algo fresco en mis labios

—. Muerde, Laia, es comestible.

—Te lo estás pasando muy bien con todo esto, ¿no?

—¿Viendo cómo confías ciegamente en mí? Sí, mucho. Lo necesitaba.

Muerdo sin más y Adair se ríe. No tardo en adivinar que se trata de una fresa con chocolate.

—Está buenísima.

Enseguida siento la lengua de Adair degustando en mi boca el manjar y me olvido de la fresa, del chocolate y de todo lo demás, solo siento los labios de Adair. Luego me coge la mano y noto que me pone algo frío en un dedo. ¿Algo frío?

Curiosa me aparto y abro los ojos.

—La curiosidad mató al gato —me advierte con voz risueña mientras contemplo atónita la alianza de plata que Adair me ha puesto en el dedo. Siempre he deseado tener una. Una vez, cuando era niña, se me ocurrió comprarme una y llevarla puesta hasta que un día pudiera dársela a la persona con la que estuviera, pero como por aquel entonces ya suspiraba por Adair y pensaba que era imposible que un día acabáramos juntos, no lo hice.

—Es preciosa.

—Me alegra que te guste.

Me la quito y leo la inscripción en su interior: «Laia y Adair». Me la pongo de nuevo antes de lanzarme a sus brazos.

—¡Gracias, gracias, gracias! Es el mejor cumpleaños de toda mi vida.

—De nada, Laia.

Nos quedamos abrazados mientras la noche cae sobre nosotros. Yo no dejo de abrazar con fuerza a Adair, porque tengo miedo de que el sueño se acabe. De que lo que sentimos no sea suficiente contra el horizonte de nubes negras que se cierne sobre nosotros. De que un día tenga que dejarlo marchar porque nunca podré ser suya del todo. Tengo tanto miedo de perderlo, que lo estrecho con fuerza entre mis brazos esperando que así nunca se vaya de mi lado.

—Adair... ¿Crees que ahora es un buen momento para que me hables de tu padre?

—No.

—Cuando lo hagas, te sentirás mejor.

—Hoy es tu cumpleaños...

—Considéralo un regalo de cumpleaños.

Adair se queda en silencio. Aún no he conseguido que me cuente lo que descubrió de su padre. Sé que debo ser paciente, pero necesito saber qué le

atormenta. Cuando ya creo que Adair pospondrá el tema una vez más, empieza a hablar:

—Mi madre cometió el error de enamorarse de un borracho que usaba su fuerza para intimidarla.

Poco a poco me va contando toda la historia. Me sorprende mucho saber que, de pequeño, vio como su padre pegaba a su madre. Lo abrazo más fuerte en ese momento, entristecida por el pequeño Adair. Cuando acaba el relato, me queda claro que Adair se culpa por no haber impedido que su padre maltratara a su madre, aunque entonces era un niño y no podía hacer nada por evitarlo.

—Tú no eres como tu padre.

—Lo sé.

Lo beso con cariño, agradecida porque haya compartido esa parte de su pasado conmigo, pues sé que no le ha resultado fácil.

—Gracias.

—De nada —me contesta antes de atrapar mis labios de nuevo—. Creí que me costaría más contártelo.

—A veces retrasamos tanto las conversaciones que nos atormentan que, cuando al final hablamos de ello, nos sentimos liberados y nos damos cuenta de que hemos sido unos tontos por retrasarlas. No te hace más débil hablar de lo que te preocupa. La gente que te quiere sabe cuándo estás mal y si no les dices lo que te pasa, sufren más.

—Sí, poco a poco lo estoy aprendiendo.

—Y lo mejor de todo es que lo estamos haciendo juntos. —Hago una pequeña pausa—. ¿Sabes?, he estado pensando...

—A ver, sorpréndeme —me dice algo más risueño.

—Que si sobrevive nuestra relación con este principio tan desastroso y peliagudo, podrá soportar cualquier cosa. La estamos construyendo sobre unos cimientos muy fuertes.

—Sí, yo también lo creo.

Lo que ambos callamos es que tememos miedo de que antes de que se cimenten se destruyan. Ojalá no sea así. Tengo que creer que no será así.

* * *

A la vuelta, Adair llama por teléfono a mi hermano; este le dice que han ido a tomar algo a un pub, por lo que vamos para allá. Al entrar en el pub, Adair pone una

de sus manos en mi cintura protegiéndome y dándome fuerza. Yo sonrío, tratando de olvidar el nudo que tengo en el estómago, como si la aglomeración de gente no me molestara y no temiera que en cualquier momento fuera a pasar algo desagradable.

Esquivamos a los distintos grupos de gente hasta que llegamos a la mesa de billar donde están Ángel y Robert.

—¿Vosotros contra nosotros? —le reta Ángel a Adair.

—Por supuesto.

Me quito el abrigo y lo dejo en una mesa alta que hay junto a nosotros, con las cosas de los demás.

—Que empiece la cumpleaños —propone Robert.

—Como quieras. Os vamos a ganar... —les reto.

Mi hermano se ríe.

—Eso lo veremos.

Cojo uno de los tacos, embadurno de tiza la punta, quito el triángulo de las bolas y me sitúo para romperlo. Mi hermano me enseñó de pequeña a jugar al billar y la verdad es que lo hago bastante bien —de hecho, he estado a punto de ganarle alguna vez, aunque él nunca lo reconocerá—. Golpeo con determinación y acabo metiendo una bola rayada. Adair me felicita dándome un beso.

—Ahora mete las que quedan y déjalos con la boca abierta —me susurra al oído.

Le sonrío y sigo tirando; meto otras dos bolas hasta que fallo.

—Cómo se nota que has tenido un buen maestro —comenta mi hermano sonriente antes de tirar en su turno. Hace carambola y mete dos bolas lisas.

Cuando falla, Adair se coloca para tirar. Me fijo en que unas jóvenes no paran de mirarle el culo. Celosa, me acerco a él y, mirándolas, meto mi mano en el bolsillo trasero de su pantalón y les saco la lengua. Enseguida me ponen caras raras y se giran. Robert rompe a reír estrepitosamente, seguido de mi hermano, y Adair falla el tiro, pero cuando se gira me sonrío.

—Eres una celosa, Laia.

—Sí, pero que conste que ya lo sabías antes de empezar conmigo —le digo seria por el arranque de risa de los tres. Recuerdo que alguna vez le quité a una lagartona de encima; siempre creí que él no lo notaba, pero ahora veo que se daba cuenta de todo.

Adair me abraza por detrás mientras Robert tira; sigue riéndose por lo de las chicas, pero eso no hace que se desconcentre, ya que logra meter dos bolas más, para nuestra desgracia. Cuando falla, me acerco a la mesa para tirar.

—Dependemos de ti, Laia —me dice Adair a mi lado.

—Pienso machacarlos.

Dos bolas rayadas se van por la tronera. La tercera se queda en el filo, por lo que doy un manotazo de rabia en la mesa, haciendo que la bola se cuele por el golpe.

—¡Dentro!

—Esa no ha valido. Tramposa —me comenta mi hermano. Yo le saco la lengua y tiro otra vez y, aunque no entra, me río feliz por ir ganando.

Al final nos ganan mi hermano y Robert, pero no me importa; tenía muchísimas ganas de hacer algo normal, de olvidarme de todo salvo de ser feliz, y lo he conseguido. Estamos pagando las consumiciones en la barra cuando suena el móvil de mi hermano. Por la cara que pone cuando lo saca del bolsillo sé que es mi madre y mi felicidad se esfuma de golpe. Me sabe mal estar pasándolo bien a costa de estar mintiéndole, más cuando ella está así por mi culpa. Soy una desconsiderada. Trago el nudo de lágrimas que se me ha formado en la garganta mientras Adair me acaricia la espalda dándome su apoyo.

Cuando salimos, quedamos con mi hermano en la puerta del gimnasio y subimos a los coches —Robert va en el de mi hermano y yo, en el de Adair—. Hacemos el viaje en silencio. No tengo ganas de hablar. El malestar se ha instalado en mi estómago y lo único que me apetece ahora es estar sola y volver a casa.

Adair para el coche frente al gimnasio y me besa tiernamente.

—No te sientas culpable, Laia.

—Lo intento.

Lo abrazo antes de bajar del coche y voy hacia mi hermano. Cuando entramos en el portal, Ángel se fija en mi anillo.

—Es mejor que mamá no lo vea.

Lo miro triste y asiento mientras me lo quito y lo guardo en mi bolsillo.

—Ojalá pudiera darte más momentos como este. Yo también me siento en medio. No sé cómo complacer a las dos.

—Ya haces suficiente.

—Se le pasará.

Asiento con tristeza. Nada más entrar en casa, como si sospechara algo, mi madre viene a preguntarnos qué tal todo. Dejo hablar a Ángel, que acaba contándole lo que hemos hecho al principio de la tarde pero alargándolo mucho. Para él no es fácil mentir a mi madre, odia la mentira, y sé que solo lo hace por mí y por verme feliz.

Cuando subimos a cambiarnos, Ángel entra detrás de mí en mi cuarto y me tiende su móvil: en la pantalla, veo una foto de Adair y mía, donde salimos besándonos.

—Gracias. Siempre quise tener una foto así con Adair.

—Lo suponía. Pásatela a tu móvil. Feliz cumpleaños.

Me da un beso de buenas noches y se va. Miro la foto con deleite mientras pienso que, aunque soy feliz, mi felicidad se ve truncada por la infelicidad de mi madre. Me siento mal por ser tan egoísta y actuar a escondidas de mi madre, pero no puedo renunciar a Adair porque ella esté así. ¿Estaré siendo una mala hija?

CAPÍTULO 17



LAIA

Hoy es 15 de enero. Parece mentira que hayan pasado dos semanas desde que celebré mi cumpleaños. Desde entonces he visto muy poco a Adair, mucho menos de lo que me gustaría, porque entre su trabajo y mi madre casi no tenemos tiempo para estar juntos. Lo bueno es que en el plano de las relaciones íntimas cada vez estamos mejor, aunque la realidad a veces me hace separarme de él. No puedo estar con Adair en la intimidad sin recordar a Carlos. El otro día llegamos más lejos: dejé que me quitara el sujetador y me acariciara con mimo, me dejó un reguero de besos por el cuello y me sentí plenamente amada y cuidada en sus brazos... pero, cuando se puso encima de mí, preso de la pasión que nos atizaba, me aparté asustada, una vez más. Cuando esto pasa, mi desesperanza vuelve y no puedo evitar preguntarme si llegaré a estar bien en todos los sentidos menos en ese, si nunca seré capaz de compartir eso con Adair. Y cuando me pregunto eso, noto como los cimientos de nuestra relación se resquebrajan.

Lo estoy esperando en su casa. Ayer me dijo que no tardaría en venir y que tenía algo que mostrarme. No tarda en llegar. Se nota por su atuendo que hace mucho frío en la calle. Me acerco sonriente mientras él cuelga el abrigo y la bufanda en el perchero, y miro curiosa que lleva una bolsa en la mano.

—¿Qué es eso?

Adair hace amago de esconderla, pero yo soy más rápida y se la quito de las manos. La abro y dentro veo una gran pluma de color blanco.

—Confía en mí.

Asiento. Me da un beso y me lleva de la mano hasta su cuarto. Adair se quita el jersey y la camiseta, devorándome con la mirada. De pronto, empiezo a entender para qué es la pluma y me sorprende que haya pensado en esto. Voy hacia la cama y, sin dejar de mirarlo, tiro de mi jersey y me quedo solo con el sujetador. Adair no hace ningún movimiento, lo cual me da seguridad como para cerrar los ojos, llevar mi mano al cierre de mis vaqueros y bajármelos antes de que me paralice el miedo. Cuando me quedo solo con la ropa interior, alzo los ojos hacia Adair, que no pierde detalle de todo lo que hago. Me giro hacia la cama para quitarme el sujetador de

espaldas a él, y entonces siento como la pluma me acaricia la espalda con levedad. Su contacto es tan suave que me calma a la vez que me excita, porque sé que Adair me toca allí donde sus manos aún no lo pueden hacer.

Adair me aparta el pelo con la mano y me acaricia con la pluma en ese punto tan sensible que tengo en el cuello. Cierro los ojos, consumida por el placer, sin poder pensar en nada salvo en lo que me hace. Noto como la pluma baja por mi espalda hasta mis glúteos y como me los acaricia sobre la ropa interior. Confiada, me tumbo en la cama y miro a Adair. Tan guapo, tan imponente, tan perfecto. Su gesto es serio pero cuando te sumerges en sus ojos, descubres por qué: porque esos gestos están cargados de pasión contenida. Se sienta en la cama y duda antes de seguir. Decidida, tomo la pluma y la guío hasta mis pechos. En cuanto me acaricia, la suavidad de esta hace que mis pezones se endurezcan. Me remuevo cuando Adair continúa rodeándolos y veo como los recorre, imaginando que son sus manos las que me adoran. Me pierdo en este mar de sensaciones, enamorada por cómo Adair ha conseguido una vez más llegar a mí sin que este momento tan placentero me recuerde otros desagradables. Observo como la pluma baja por mi estómago hasta llegar ahí donde se concentra todo mi calor. Donde ardo por él y donde deseo una liberación que no sé cómo alcanzar desde hace tiempo. La pluma se mueve sobre mi feminidad y me retuerzo — es un roce muy suave, pero el suficiente para que me haga vibrar—; luego juguetea por mis muslos, que se abren por inercia; y por último, se desliza por mis piernas hasta los tobillos y vuelve a subir ahí donde me muero porque me toque. ¿Tan malo sería?

Miro a Adair y me incorporo un poco para que me bese. Lo hace y se olvida de la pluma. Temblando, cojo su mano y la coloco sobre mi pecho desnudo. Él lo acaricia muy levemente, con miedo a lastimarme. Trato de pensar que sus manos son como esa pluma, incapaces de hacerme daño; visualizo esa imagen y consigo que sea esa, y no otra, la que llene mi mente. Adair intensifica las caricias al darse cuenta de que no me aparto asustada, provocándome un gran placer. El beso también se hace más pasional.

Adair se separa, baja su mano hacia mi ropa interior y juega con ella, dudoso.

—Mírame a mí, Laia —me dice cuando me nota temblar, y no por el placer de la anticipación—. Nunca haré nada que no quieras, y hay tiempo...

—Te deseo. Hazlo.

Adair busca en mis ojos la verdad de esta confirmación y, cuando la obtiene, introduce su mano en mi feminidad. Me acaricia con dulzura, mientras yo trato de no pensar en cómo otras manos me desgarraron la ropa e invadieron mi cuerpo. Como él me ha dicho, no dejo de mirarlo a los ojos y me pierdo en sus iris plateados, que están

cargados de amor. Poco a poco va intensificando sus caricias, haciendo que mi placer aumente. Me retuerzo. Me guía hasta este mundo de placer desconocido donde no hay dolor. Sus dedos se adentran en mí con lentitud, sin dejar de observarme por si me hace daño. Ahora mismo solo puedo pensar en lo que me produce su contacto por lo que, cuando se adentra en mí, solo siento placer. Adair me besa con ansiedad y me hace el amor con los labios y con su hábil mano. Siento que un nudo se concentra justo donde me toca. Estoy a punto de explotar. Él debe de notarlo, pues incrementa las embestidas de sus dedos, hasta que me dejo ir entre lágrimas y con una sonrisa por lo que acabamos de compartir. Lo abrazo con fuerza y Adair me estrecha entre sus brazos como si fuera el más preciado de sus tesoros. Luego caigo en la cuenta de que él no ha recibido nada, y lo abrazo más fuerte por la ansiedad que me produce pensar en ir más allá. No poder corresponderle empaña este momento de felicidad. «Poco a poco —me recuerdo—. Todo se consigue con una sucesión de pasos, y yo cada vez estoy más cerca de dejar esta pesadilla atrás.»

* * *

Adair y yo hoy hacemos dos meses juntos. Le estoy esperando en su casa y he preparado algo de merendar para celebrar estos dos meses. Cuando hicimos un mes no pudimos vernos, él tenía que trabajar, y hoy me comentó que no sabía si podría salir antes, que si podía, me llamaría, pero, por si acaso, estoy aquí.

Las aguas parece que van volviendo a su cauce. Poco a poco, Adair va comprendiendo que las acciones de nuestros padres no tienen por qué marcar nuestro destino; que, al igual que ellos, nosotros también podemos elegir qué hacer, y Adair había elegido ser así, al igual que su padre tuvo la oportunidad de quererlo y se fue. A mi madre seguimos mintiéndole, aunque a veces no podemos evitar que me acompañe a las clases y se quede allí mientras las realizo. Dulce ha venido varias veces a mi casa cuando ha tenido ratos libres y hemos visto pelis en mi habitación. Me gusta mucho su compañía. Con Adair, tras lo vivido con la pluma, las cosas van mejor, pero no he sido capaz de dejar que se ponga encima de mí; siempre que lo intenta, me tenso y lo aparto asustada. Su peso me recuerda otro y no consigo borrar esa imagen de mi mente. Puede que cada vez estemos más cerca íntimamente, pero no me veo preparada para ir más allá, y me siento una egoísta por no poder darle el mismo placer que él me da.

Termino de arreglar la mesa y abro el horno para ver cómo va la empanada de jamón york y queso. Está casi hecha. No sé a qué hora llegará Adair, ni siquiera sé si

pasará por su casa... A lo mejor no tenía que haberme arriesgado a darle esta sorpresa.

Los minutos pasan. Apago el horno, pues la merienda ya está hecha, y cuando queda poco para irme, llamo a mi hermano.

—No ha venido.

—Bueno, qué se le va a hacer. Ya te dijo que no sabría si tendría tiempo. Te espero abajo...

—Espera, estoy escuchando la puerta.

—Laia, es tarde...

—Por favor...

—Está bien, me inventaré algo. Te doy una hora más.

—Gracias. Eres el mejor hermano del mundo mundial.

—Pelota.

—Te quiero.

Ángel se ríe y cuelgo ilusionada. Me vuelvo hacia la puerta. Cuando Adair entra, lo miro feliz, pero mi sonrisa se borra enseguida al ver que él me mira serio.

—No esperaba encontrarte aquí; pensaba ir a verte.

—¿Ha pasado algo? —me acerco a él dubitativa.

Adair cierra la puerta, entra en el salón y deja unos papeles sobre la mesa.

—Laia... —Su forma de pronunciar mi nombre me presagia que lo que tiene que decirme no me gustará en absoluto—. Ya hay fecha para el juicio.

Siento como si me acabaran de tirar un jarro de agua fría. Enseguida, mi mente evoca todas esas imágenes que tanto me he empeñado en olvidar y pienso lo que el juicio significa: enfrentarme a él. Al causante de mi desgracia. No le he visto desde la agresión..., no quiero verle. No quiero...

Me siento en el sofá y empiezo a hiperventilar. Adair se sienta a mi lado y me toma las manos.

—Laia, tranquilízate, todo saldrá bien. Vamos, princesa, tú eres fuerte, sé que puedes con esto.

Las palabras de Adair se cuelan en mi mente, pero no logran sacarme el miedo.

—Laia..., por favor. No sabía cómo decírtelo.

—No pasa nada, estoy bien —digo al notar tensión en la voz de Adair.

—Laia, no me mientas, estás llorando.

—Es de la impresión.

Respiro hondo para calmarme, pero no puedo. Vuelvo a sentirme como los primeros días después de la agresión: hundida, débil y muy, muy asustada.

—Laia... —Adair intenta abrazarme.

—No, por favor. Si lo haces, me derrumbaré.

—No me importa.

Esta vez no lo detengo y dejo que me abraze, que me transmita su seguridad y su fuerza, pero, como yo temía, acabo por deshacerme en lágrimas y en palabras incoherentes. Adair no me suelta en ningún momento y, al final, me sube a sus piernas y me acuna como si fuera una niña. Lo dejo hacer y solo cuando me sereno un poco salgo del cobijo de su cuello y lo miro.

—No quiero verlo..., no estoy preparada...

—Estaremos a tu lado.

Pienso en mi madre, en la depresión en la que cayó a raíz del ataque, y empiezo a negar con la cabeza.

—No, no quiero que se lo digas...

—¿A quién?

—A nadie. No quiero que mi familia sufra más. Mi madre no soportaría escuchar...

—Es tu madre.

—¡Lo sé, pero ya ha sufrido bastante por mi culpa! —digo rompiendo a llorar otra vez, y me levanto enfadada, pero Adair me detiene y acabo cayendo otra vez en sus brazos—. ¿Tan extraño es que no quiera que vaya? Tú eres el primero que has pensado siempre en tu madre y has intentado evitarle todo el sufrimiento posible. ¿Acaso no puedes entenderme?

Adair me clava sus preciosos ojos plateados serios y, después de sopesar mis palabras, no le queda más remedio que asentir.

—De acuerdo, pero sigo creyendo que deberías decírselo.

—¿Cuánto queda para el juicio?

—Tres semanas.

Me levanto y voy hacia la cocina. Al abrir el horno, veo que el pastel de hojaldre se ha quemado un poco.

—Ya no sirve.

—Le quito la parte de arriba y estará bueno —comenta Adair con voz dulce y calmada viniendo a la cocina.

—Yo quería...

Me callo cuando aparece ante mí un collar de plata con una pequeña esmeralda en su centro.

—Es... precioso... ¿Me lo pones?

Adair sonrío y me levanto el pelo. Cuando Adair deja caer la joya en mi cuello, me da un suave beso produciéndome escalofríos.

—Yo no tengo nada para ti.

—Ya me das mucho, Laia. Además, los mejores regalos no son los materiales — Adair me da la vuelta en sus brazos—, pero merecen la pena si consiguen sacarte una sonrisa.

Me sonrojo y miro el collar.

—Lo que más me ha gustado no ha sido el regalo en sí... sino que te hayas acordado y que hayas estado buscando esto para mí.

—Lo sé.

Adair atrapa mis labios de nuevo, pero nuestro beso se ve interrumpido por el sonido de mi móvil.

—Mi hermano me está esperando.

Recojo mis cosas y me despido rápidamente de Adair. Al salir del portal, siento que alguien me observa pero, pensando que no son más que imaginaciones mías, sigo andando sin mirar atrás. De repente, siento que alguien me coge del brazo y tira de mí hasta ponerme contra la pared. Cuando descubro de quién se trata, mi mundo se detiene y abro la boca para gritar, pero rápidamente me pone una mano en la boca para impedirlo.

—No voy a permitir que me arruines la vida. Tenemos que hablar.

Forcejeo y trato de golpearlo como me han enseñado en las clases de Dulce y, sorprendentemente, uno de mis golpes surte efecto y echo a correr con todas mis fuerzas hasta que choco con alguien, que para mi alegría no es otro que Adair.

—Laia, entra en el portal y no salgas. —Su presencia me reconforta, pero enseguida me traspasa la dureza y la furia que puedo ver en sus facciones.

—Adair, no...

Observo a Carlos, que aprovecha que Adair se ha detenido para salir corriendo, y este corre tras él y lo persigue.

—Ve con tu hermana. —Me llega el grito de Adair, y veo aparecer a mi hermano, que viene corriendo hacia mí y me pregunta:

—¿Estás bien?

—Sí —respondo, pero sin apartar los ojos de Adair, y me abrazo a él asustada—. ¡Le golpeé!

—Sí, lo vi desde lejos. Esa es mi hermanita.

Trato de sonreír por el halago de mi hermano, pero ahora mismo no dejo de ver la cara de Carlos, de sentir sus manos en mi brazo y de escuchar en mi cabeza lo que me dijo: «No voy a permitir que me arruines la vida». Pese a que he logrado golpearlo, una vez más me he sentido inferior. Si Adair no hubiera aparecido...

—¿Estás bien?

Alzo la cabeza del pecho de mi hermano al escuchar la voz preocupada de Adair, que me acerca a él y me abraza antes de que pueda contestar.

—Cuando me asomé a la ventana y vi a Carlos acercarse a ti, pensé que moría.

—No debería haberla dejado sola... —se culpa mi hermano.

Mientras abrazo a Adair, poco a poco se va abriendo paso en mi mente la verdad: estoy destinada a vivir con miedo, nunca me libraré del todo de él. Creía que solo era cuestión de tiempo, que antes o después podría superar mis miedos y seguir viviendo como si nada hubiera pasado, pero ahora me doy cuenta de lo equivocada que estaba, de que me estaba engañando a mí misma. Siempre tendré miedo a que alguien me ataque, si no Carlos, otro. Nunca lo superaré. Estoy marcada para siempre. Y la mejor muestra de ello es lo que acaba de ocurrir...

Dejo caer los brazos, completamente hundida. Carlos ha hecho que lo recuerde todo y ha echado abajo todo lo que me había recuperado en este tiempo.

—Laia, ¿qué pasa? —pregunta mi hermano preocupado.

—Ángel, vete a casa. Esta noche Laia se queda conmigo.

—Ni hablar. Mi madre...

—Diles a tus padres lo que quieras, pero no pienso dejarla marchar en este estado.

Sin embargo, me separo de Adair y me coloco junto a mi hermano.

—Quiero estar en mi casa. —No miro a Adair a los ojos cuando hablo, no soy capaz. Sé que él quiere estar conmigo, pero en este momento me siento triste, cansada y sin fuerzas de seguir luchando. En este momento lo único que quiero es desaparecer.

—Laia...

—Me quiero ir.

Aferro la mano de mi hermano y tiro de él hacia el coche. Conforme nos alejamos, siento las lágrimas caer por mi cara, y no solo por lo mal que este reencuentro con Carlos me ha hecho sentir, sino por lo que nunca tendremos Adair y yo. Él se merece a alguien que no esté marcado, que no esté siempre dando dos pasos hacia adelante y cinco hacia atrás. No hay más que ver nuestra relación: llevamos dos meses saliendo y todavía no soporto que vaya más lejos de unas pocas caricias. Ni siquiera podemos llevar una relación de pareja: quedar, salir y hacer cosas normales juntos, y no vernos a escondidas y mintiendo. Lo quiero lo suficiente como para dejarle marchar porque sé que a mi lado sería desgraciado.

Entro en el coche y aferro con fuerza el collar de Adair. Al menos, siempre me quedará el recuerdo de lo que pudo ser y no fue.

—Laia, Adair te quiere...

—Y yo a él. ¿Acaso el amor no es sacrificio?

Mi hermano me mira, pero calla. Cuando llegamos a casa, antes de entrar tiro de él y le pido:

—Ángel, lo que ha pasado... no se lo cuentes a papá y mamá... Estoy cansada de no traer más que desgracias a la gente que quiero.

—La gente que te quiere no está contigo solo para lo bueno. ¿A mí tampoco me lo contarías de no haber estado allí? —No digo nada, pero lee la respuesta en mis ojos—. Te estás equivocando, Laia. Estás dejando que esta batalla la gane Carlos. O cambias, o él seguirá dominando tu vida, por mucho que ganes tú el juicio. —Empieza a abrir la puerta, pero se detiene—. Adair y tú os parecéis más de lo que crees, ¿sabes? Él se ha pasado toda la vida guardándose lo que siente para él, y tú ahora estás haciendo lo mismo. Haz lo que quieras, pero uno se cansa de tener los brazos abiertos y que la persona que te necesita no se deje ayudar.

Ángel entra y se va hacia su cuarto, sin detenerse a hablar con mis padres. Yo lo sigo temblando por lo que ha pasado, y digo a mis padres mientras subo a mi cuarto que no tengo hambre.

Le doy vueltas a lo que me ha dicho mi hermano, hasta que al final me acuesto y me abrazo a mí misma sin conseguir dormirme debido al caos que reina en mi cabeza, sabiendo que esta noche Adair me ofrecía algo bien distinto y que yo lo he rechazado. ¿Me estaré acaso equivocando? ¿Tal vez haya otra salida? «No lo sé... ¡No lo sé!», grito en la desesperación de mi mente.

—Laia. —Oigo la voz de Adair y salgo de mi cobijo para descubrir que está sentado en mi cama y ni lo sentí acercarse, tan sumida estaba en mis pensamientos—. Si quieres que me vaya, lo haré, pero me gustaría estar a tu lado.

Lo miro tras el velo de mis lágrimas y, finalmente, me incorporo y acepto el abrazo que antes no quise. Lo noto relajarse, al igual que yo, y siento su inquietud por primera vez.

—La puerta está abierta —Oigo decir a mi madre con voz dura desde la puerta de mi habitación, y se marcha.

Adair se tensa y asiente. Yo me escondo en su pecho y trato de recordarme que mi madre no está pasando por un buen momento, pero me cuesta tanto...

—Gracias por venir, a pesar de lo que te dijo la última vez que viniste.

—No es nada. —Aunque Adair le quita importancia, sé que le dolieron mucho las acusaciones de mi madre.

Me abrazo a Adair y él me acuna sin decir nada. En ocasiones el mejor consuelo es la presencia de la persona que te acompaña, sin sentir la necesidad de llenar con palabras el silencio.

—¿Lo has atrapado? —pregunto al rato, jugando con su camiseta haciéndole nudos.

—No. Estaban esperándole en un coche y se fue.

—¿Crees que volverá?

—No lo sé. Supongo que solo quería presionarte para que quitaras la denuncia. Eso suele ocurrir.

—Lo que me extraña es que no lo haya intentado antes.

—Pocas veces estás sola. Puede que haya estado esperando el momento oportuno, o tal vez se ha movido por la desesperación al saber la fecha del juicio. No es más que un cobarde. Todo el que agrede a una mujer lo es.

Adair me sonríe y yo sopeso sus palabras: Carlos es un cobarde. Me pierdo en su sonrisa y finalmente me alzo y la atrapo entre mis labios; él no tarda en responder a mi pasión y devuelve el beso con infinita ternura. Adair es mucho más fuerte que Carlos, y él nunca emplearía su fuerza para demostrar superioridad ante una mujer, y mucho menos para lastimarla. Es lo que diferencia a los hombres de los cobardes.

Alzo mi mano al cuello de Adair y lo acerco más a mí, deseando que la distancia se acorte. Hoy más que nunca quiero que sus caricias me hagan olvidar el pasado.

—Adair, creo que ya es hora de irte —vuelve a decir mi madre desde la puerta—. Se supone que no estáis juntos, y además, Laia ahora no está preparada para tener novio, así que deja de marear a mi hija.

Adair se tensa y sé que se calla por respeto a mí.

—¡Mamá, déjalos ya! —dice mi hermano desde el pasillo.

—Ángel, no te metas en esto.

Esto ha ido demasiado lejos. Me separo de los brazos de Adair y me levanto para enfrentar a mi madre y decirle que estoy harta, que así no me está ayudando en nada porque cada vez que intento llevar una vida normal y ella me lo impide, me está recordando lo que me pasó. Sin embargo, al mirar sus ojos llenos de miedo, vuelvo a tragarme mi enfado y lo que pienso, porque no quiero causarle más dolor.

Adair se levanta y sale de la habitación.

—Buenas noches, Laia.

—Buenas noches.

Le veo marchar e, inmediatamente, mi madre se relaja. Cierro la puerta de mi cuarto. Ahora mismo solo quiero perder de vista a mi madre. Me siento mal por sentir esto, pero no puedo evitarlo. Su actitud me agobia, me hace daño, pues se empeña en alejarme de Adair justo cuando más lo necesito, cuando más necesito sentir que mi vida puede ser como antes.

La clase de defensa personal termina por hoy. Mi madre está sentada en una de las sillas que le ha traído Dulce para poder presenciar el entrenamiento. Ha decidido acompañarme a las clases todos los días, de modo que no he podido ver a Adair desde el otro día; solo hemos hablado por teléfono, pero no es lo mismo. Le he pedido que no venga a mi casa, para ahorrarle el mal trago de estar con mi madre.

—Voy a cambiarme —le digo.

—No tardes.

Salgo de aquí derecha hacia los vestuarios en busca de un poco de paz. Me siento en uno de los bancos y me relajo. No soy consciente de que no estoy sola hasta que alguien se dirige a mí:

—Es duro, ¿verdad? Mis padres pocas veces me dejan salir sola.

Miro a la joven morena que me ha hablado. Me ha dicho Dulce que es de las nuevas y que aún le cuesta adaptarse.

—¿Hace mucho que...?

—Sí, cinco años, pero nada ha cambiado. Tu vida ya nunca vuelve a ser igual después de una cosa así.

Agrando los ojos ante su confesión. Ella sonrío con tristeza.

—Al principio creía que lo superaría, pero después tuve que asimilar que nada volvería a ser lo mismo. Incluso dejé a mi novio. No soportaba hacer el amor con él. ¿Qué clase de vida le esperaba conmigo?

La miro impactada. Mi mente no para de repetir «Cinco años y aún no lo ha superado». Eso es una eternidad, y pensar que tal vez pasen los años y no pueda recuperar mi vida hace que el aire me parezca más pesado y sienta que me falta.

—¿Lo denunciaste? —pregunto incapaz de callarme.

—Lo iba a hacer... pero al final no lo hice. Si lo metían en la cárcel por culpa de mi acusación, sus padres también sufrirían, y ya bastante tenía con que sufrieran los míos. Bueno, me tengo que ir, me esperan.

La joven sonrío tímidamente y se marcha. Yo me quedo sentada asimilando sus palabras, y enseguida pienso en la familia de Carlos. La vi varias veces y desde que les conocí me parecieron unas personas buenas y honradas. Hasta ahora no había pensado en ellos, solo pensaba en Carlos y en el daño que me había hecho, pero no en lo que yo iba a hacer a sus seres queridos si le declaraban culpable. ¿Seré capaz de seguir adelante con esto aunque tenga consecuencias horribles para personas inocentes? La conversación con esta joven me ha hecho replantearme todo de nuevo y ahora mismo no sé qué hacer. Estoy perdida, asustada y muy desanimada.

Recuerdo lo que me ha dicho de su novio y automáticamente pienso en Adair, en su paciencia, en lo que está soportando por sentirse rechazado por mi madre, en su deseo reprimido por mí..., y me pregunto si estaré siendo egoísta, jactándome de quererlo cuando la mejor manera de hacerlo sería dejarlo en libertad. Libertad para que pueda ser feliz.

Me levanto sabiendo que he tomado una decisión, pese a que la idea de dejarlo me mata por dentro. Salgo de los vestuarios y me encamino hacia la puerta del gimnasio. Escucho a mi madre llamarme detrás de mí, y corro hacia la casa de Adair, no estoy segura de si para dar esquinazo a mi madre, o porque sé que, de no hacerlo ya, no encontraré la fuerza para decirle adiós.

Toco al portero automático y cuando Adair pregunta quién es, le respondo un simple yo, sabiendo que reconocerá mi voz. Efectivamente, él abre la puerta del portal, sin preguntar nada más. Cuando el ascensor para en su piso, Adair me está esperando en la puerta con cara interrogante.

Agacho la cabeza, incapaz de mirar sus ojos plateados mientras le digo lo que nunca creí que le diría. De niña soñaba que, si salíamos juntos, sería para siempre, que haría lo imposible para no perderle, y ahora, en cambio, me hallo aquí, con el corazón roto y a punto de tomar la decisión más dura de toda mi vida y dejarlo marchar.

—Adair... — noto la voz rota y tomo aire. Sé que mi madre no tardará en llegar e interrumpir una vez más nuestra conversación—, no puedo más. —Esto, al menos, es verdad—. No quiero seguir contigo. —Se me atragantan las palabras. Sé que no debería haber sido tan directa, y menos mantener una conversación así en el rellano de la escalera, pero no me importa.

—Entra dentro, Laia.

—No, no quiero retrasar más lo que deseo.

Y eso también es cierto, pero ahora estoy haciendo lo contrario. Noto que las lágrimas se agolpan en mis ojos, deseosas de salir, pero me concentro en que no lo hagan. Debo impedirlo a toda costa, pues me delatarían.

—No quiero estar contigo. Todo esto me está agobiando. —Siento como cada una de esas palabras se lleva consigo una parte de mí y me siento morir.

—¿De verdad es lo que quieres?

Alzo la vista un segundo. A pesar de que es lo que he venido a hacer, en el fondo tenía la esperanza de que él no me dejara marchar, que no me dejara cometer esta locura... Sin embargo, Adair acepta sin más mi decisión.

—Sí.

Aparto la mirada para que no vea que miento. Para que no vea lo mucho que me

duele dejarlo. Para que no descubra que, pese a decirle adiós, lo amo como nunca amaré a nadie.

—Es lo mejor...

—Laia, hija. ¿Se puede saber qué haces aquí? —Mi madre sale del ascensor, jadeante por la carrera. Pienso en su pregunta y en mi mente me respondo «He hecho lo último que deseaba hacer: perder a Adair».

—Vámonos, mamá.

Empiezo a andar y me detengo, incapaz de irme hasta no haberme asegurado de que Adair no ha venido tras de mí, pero al girarme lo veo serio observándome, como si le diera igual que hayamos cortado. Tal vez él no sabía cómo dejarme por miedo a hundirme aún más. Puede que lo nuestro estuviera destinado al fracaso desde el principio. Nunca hemos sido una pareja normal.

Le doy la espalda, pues mis lágrimas no aguantan más, y me voy de aquí, de su vida, preguntándome si esto es lo mejor o, por el contrario, estoy tirando por la borda mi felicidad y la suya... ¡Oh, ya no sé qué diablos pensar!

CAPÍTULO 18



LAIA

Solo quedan tres días para el juicio y aún no sé qué hacer. Hace más de dos semanas que corté con Adair y no ha habido día que no esperara que viniera a decirme que todo esto es una locura, que no piensa quedarse impasible, pero no ha ocurrido.

No he hablado mucho con mi madre. Bueno, lo cierto es que no he hablado casi con nadie. No tengo nada que decir, ni ganas de hablar... ni de nada.

Mi cabeza es un caos. Pienso en Carlos, en el juicio y, sobre todo, en Adair; pienso más en él que en el juicio. Lo echo mucho de menos. Echo de menos nuestra relación; aunque no fuera perfecta, era nuestra. A veces pienso si tomé la decisión adecuada. Mi hermano me dijo que había tomado el camino fácil, el de rendirse y dejar de luchar. Y tiene razón. Estar con Adair suponía luchar día a día por superar mis miedos, por ser la que era, por no dejar que Carlos se colara en nuestra relación, y ahora solo tengo que molestarme en sobrellevar cada día lo mejor que pueda. Sin duda, es más fácil vivir así, pero no es vida.

—¿Ya te vas?

Miro a Dulce sorprendida. No la he oído entrar en el vestuario.

—Sí. —Me dirijo a la puerta; no me apetece hablar con ella.

—¿Cómo estás? —Me paro para no ser grosera y alzo los hombros—. ¿Estás preparada para el juicio?

—Sí. —Pero mi voz no es más que un susurro.

—Lo ganarás. Tienes pruebas suficientes para que ese desgraciado vaya a la cárcel.

—¿Y si no es lo que quiero?

Dulce se queda seria y me mira con el ceño fruncido.

—¿De qué estás hablando?

—Él tiene una familia...

—Y tú también.

—Ellos no se merecen...

—¿Y tú? ¿Tú te merecías lo que te hizo? —Me quedo callada—. Laia, no pudiste defenderte. Tú no tuviste elección y él sí. Él podía haberte dejado ir. Y no lo

hizo.

Pienso en sus palabras y, aunque no quiera reconocerlo, sé que tiene razón.

Dulce mira a su alrededor, me toma de la mano y me lleva hasta un despacho del gimnasio. Después cierra la puerta.

—Te contaré algo, pero tienes que jurarme que esta conversación nunca saldrá de esta habitación.

—Te lo prometo.

Dulce asiente y empieza a andar de arriba abajo por la pequeña sala.

—Yo... hace muchos años estuve en una situación parecida a la tuya.

De pronto, todo encaja en mi mente. Ella sabe de primera mano lo que es una agresión, por eso se empeña tanto en que otras jóvenes que han pasado por eso recuperen su vida. Dulce se pierde en sus recuerdos, como si sopesara qué contarme. Su mirada está llena de dolor y niega imperceptiblemente con la cabeza. Tras tomar aire, comienza a contarme su historia:

—Yo tenía dieciséis años y me había quedado en los vestuarios de las animadoras un poco más. —Pongo una mueca de incredulidad y Dulce sonríe—. Aunque no lo parezca, sí, era animadora. Pero todo cambió esa tarde. —Toma aire y mira a un punto imaginario—. Me estaba vistiendo después de ducharme cuando sentí que alguien me observaba, y al darme la vuelta... allí estaba él, con su cámara de fotos y esa mirada lasciva. —Me recorre un escalofrío, pues su relato me trae recuerdos inevitablemente—. Empezó a acercarse a mí con intención de tocarme. Yo estaba paralizada, pero al fin reaccioné: me tapé y di un paso atrás, pero él seguía acercándose inexorable, y me acorraló igual que un depredador acorrala a su presa... Me resistí, pero llegó a arrinconarme contra la pared y a tocarme los pechos. Por suerte, una de mis compañeras entró en el vestuario casi enseguida, había olvidado la cartera, y eso hizo que él saliera de allí corriendo para no ser descubierto.

»Me sentí sucia, asqueada. No paraba de ver en mi mente su mirada recorrerme una y otra vez, y de notar sus manos toqueteándome a cada instante..., pero callé. No conté a nadie lo sucedido, y menos aún cuando filtró fotos mías desnuda en el periódico del instituto. —Esto lo dice entre dientes, y puedo notar rabia y dolor en su voz—. Fueron retiradas enseguida, pero el daño ya estaba hecho: yo había quedado marcada y solo quería desaparecer, huir. Pocas personas se plantearon en qué forma habían sido tomadas esas fotos. La gente a veces solo quiere ver lo que le interesa —dice con lástima—. Convencí a mis padres para irme a estudiar fuera, donde nadie me conociera, y poco a poco conseguí superar el incidente. Años más tarde me enteré de que ese mismo hombre había violado a una joven y casi la había matado tras la

violación. Entonces me arrepentí de haber callado. Me di cuenta de que, de alguna forma, yo era culpable de lo que le había sucedido a esa chica, que si lo hubiera denunciado, tal vez hubiera podido impedir que la violara. A veces el silencio puede ser mucho más fatídico que decir la verdad. Yo lo sé muy bien, y no hay día que no me arrepienta por no haberle contado a nadie lo que pasó. Incluso a pesar de que haya gente que no te crea cuando dices la verdad... —Dulce parece sorprendida por lo que se le ha escapado y luego sonrío despreocupada. Puede que solo sean imaginaciones mías, pero he sentido que hay algo más que no me ha contado.

Me quedo mirándola y sé que ha conseguido su propósito con su relato, pues me ha hecho darme cuenta de las consecuencias que puede traer no seguir adelante con la denuncia. No voy a quitarla. No por mí, ni por sus padres, o los míos, sino por las jóvenes que pueden ser violadas por él si yo no lo impido. Está en mi mano detenerlo.

—Gracias.

Empiezo a salir, pero Dulce me llama.

—Laia. —Me giro—. Adair ha conseguido una medalla al honor por su valentía. Esta noche habrá una fiesta..., sé que le gustaría que estuvieras allí.

—¿Te lo ha dicho él? —le pregunto esperanzada.

—No, pero a veces sobran las palabras. Creo que ambos estáis cometiendo un gran error.

—Es lo mejor...

—Es lo que tú crees que es mejor. —Dulce coge un pósito del escritorio y un boli y se pone a escribir—. Es de etiqueta.

—No voy a ir.

—Por si te interesa —Y como si nada, me tiende el pósito con la dirección y empieza a ordenar los papeles que hay sobre la mesa, y yo aprovecho para irme, pensando en todo lo que me ha dicho.

* * *

Al llegar a casa con mi madre, aún sigo dándole vueltas a lo que me ha contado Dulce. Ya no tengo dudas de que seguiré adelante. Siento mucho hacer daño a la familia de Carlos, pero no quiero que más chicas pasen por eso.

Me siento en la cama y escucho a mi hermano salir de su cuarto. Salgo en su búsqueda y me quedo sorprendida al verlo vestido de traje de gala.

—¿Ángel? —Mi hermano se gira y me observa. Está increíblemente apuesto con ese traje y sé que esta noche acelerará el corazón a más de una, pero ¿a dónde va?—.

¿Qué haces así vestido?

Ángel me mira serio.

—Van a dar una medalla a Adair. Es una fiesta de gala...

—Y estás invitado.

—Tú también, pero no irás.

—¿Yo?

—Necesito una acompañante y hasta el último momento he pensado en ti, pero como eso sería luchar y parece que últimamente tú prefieres esconderte, ni siquiera te lo he comentado. Lo que me molesta es que no seas capaz de darte cuenta de lo lejos que habías llegado. Lo estás tirando todo por tierra.

Ángel sigue andando y yo me enfado con él.

—¡Él tampoco hizo nada por luchar por mí!

—No digo que no. Soy los dos un par de imbéciles. Pásalo bien en tu guarida. Buenas noches.

Ángel se va dejándome enfurecida, dolida y, lo peor, sabiendo que tiene razón. A veces es más fácil dejar que la vida pase que vivirla. ¡Pero yo quiero vivirla! Entonces... ¿por qué me he mantenido al margen y he cortado con Adair? «Porque le quiero», me digo a mí misma. Una risa irónica sale de mi garganta. ¿Le quiero y lo dejo? Mi mente trata de buscar una excusa desesperadamente y enseguida la encuentro: no puedo ser una mujer completa con él... ¿No? Desde que empecé con Adair, habíamos conseguido dar un montón de pasos juntos; él nunca ha esperado nada de mí, salvo que lo quiera. En cambio, yo siempre he temido que los cimientos que estábamos construyendo se destruyeran, casi como si esperara que antes o después ocurriera, y tal vez por eso, cuando escuché el relato de la joven, me aferré a él como una confirmación de lo que yo ya sabía en mi interior...

Me llevo las manos a la cabeza. Mi mente es un caos. Dios, he querido a Adair casi toda mi vida y ahora que lo tengo... lo he dejado marchar. ¡Y por segunda vez!

—Es mejor así. Aquí estás bien, con tus padres...

En un segundo, esa sola frase de mi madre hace que estalle, y todo lo que he estado guardando en mi interior salga a la luz sin que pueda evitarlo.

—¡Pues no, no estoy bien aquí! ¡No puedo más! ¡Quiero seguir viviendo! Quiero sentir, reír, salir a la calle, aunque lo tema al principio, caer y levantarme de nuevo. Quiero una vida normal, no una vida que me recuerde constantemente que estoy marcada. —Me llevo la mano a la frente para evitar mirar a mi madre. Mi padre está a su lado—. Y quiero estar con Adair, llevar una vida de pareja a su lado, sin esperar a cada instante algo que nos separe. Puede que al principio me cueste... ¡pero nadie dijo que el amor fuera fácil! Quiero luchar y superar mi miedo con él..., solo con él.

Miro a mi madre; está llorando.

—Él no es como su padre, y sé que nunca me haría daño. Tengo veinte años, y hasta ahora solo una persona en el mundo me ha tratado mal. ¿Debo juzgar a todos por ella? No, él no se merece tanto reconocimiento. Yo soy más fuerte que él. Ya me ha arruinado lo suficiente y no voy a dejar que domine mi vida. Adair merece la pena, y lucharé para ser la novia que siempre he soñado ser...

Mi madre ahoga un sollozo.

—Lo siento, mamá. Sé que tienes miedo, que te afecta el hecho de que me pueda pasar algo, que temes que te llamen otra vez diciendo que tu hija está herida... Yo nunca quise que esto pasara y de alguna manera siento que estás sufriendo por mi culpa. Pero no puedo vivir encerrada en una cárcel de cristal. No puedo vivir con miedo, porque pasarán los años y me daré cuenta de que me he perdido millones de cosas maravillosas por descubrir por culpa de mi miedo. Sin embargo, es tu miedo el que ahora me está privando de mi libertad, porque no quiero hacerte daño. Pero quiero vivir...

Siento unas manos tomar las mías y veo a mi madre frente a mí. Me abraza y la siento temblar, pero recibo su abrazo con gusto y aunque me siento fatal por mi estallido, no puedo más.

—Tú no tuviste la culpa. No me pidas perdón por algo que no fue culpa tuya...

Mi madre se separa y mira a mi padre con cariño.

—Busca en mi armario el vestido de graduación de Laia. Tenemos que vestirla para una fiesta... a la que irá sola. —Y me sonrío con lágrimas en los ojos.

Veo a mi madre alejarse, asimilando sus palabras.

—Parece que va a dejarte que vivas. ¿Estás preparada para hacerlo?

Miro a mi padre y asiento.

—Esta es mi niña. Me alegra que por fin hayas estallado. Si alguien podía sacar a tu madre de su error, esa eras tú. Y ahora, límpiate esa cara. Tu vida te espera.

Mi padre se aleja dejando el doble significado de sus palabras en el aire, y sonrío con fuerza, pues tiene razón: mi vida me espera y no voy a dejarla escapar.

ADAIR

Me tomo una de las copas que hay en la entrada del salón de un trago.

—No deberías beber. —Me vuelvo y veo a Dulce a mi lado. Lleva un vestido sencillo pero elegante de color malva que resalta aún más sus extraños y bonitos ojos violetas.

—Estás preciosa.

—Gracias. Espero que a él también se lo parezca. —Miro hacia donde está Jon y le saluda. Él no tarda en venir hacia ella.

—Si no se lo parece, es que no merece la pena —le digo.

Dulce se ríe.

—¿Y tu acompañante?

—No tengo. —Tomo otra copa, pero Dulce me la quita de las manos.

—No me puedo creer que seas tan... tonto.

—Gracias por el cumplido —digo intentando controlarme.

—Jon, ahora te busco. Tengo algo que hablar con este cabezota.

Dulce me toma del brazo y me saca de la sala.

—¿Qué demonios te pasa? —me increpa—. ¿Es así como vas a ser siempre?
¿No estás harto de que te dejen y quedarte de brazos cruzados?

—Dulce, no sigas...

—Me he callado lo suficiente...

—Te aseguro que mi paciencia tiene un límite.

—Es una pena que tu estupidez no lo tenga. —La miro aún más serio—. ¿Sabes?, pensaba que esta vez lucharías por ella. De verdad pensaba que por primera vez dejarías de hacerte a un lado. ¡Nunca lo haces! Entiendo que lo de tu padre te marcara, pero Adair, ya basta. Cuando Ángel te dijo que no estuvieras con Laia porque era demasiado joven, dijiste, «vale», ¿no? Ya entonces la querías, pero no, tú no. Tú dijiste vale y la dejaste marchar, ¡y no fuiste tras ella!

Dulce está perdiendo los papeles y la cojo del brazo para que deje de montar un escándalo.

—Creo que me hago una idea de lo que tratas de decirme —le digo entre dientes.

—No, no te la haces, porque sigues aquí. Ya es hora de que dejes de aceptar lo que te pasa y agachar la cabeza. Vale que aceptaras que tu padre se fuera y tú levantaras un muro de hormigón para que nada te hiciera daño, pero él no merecía la pena, Adair. Él pudo tener una familia y no la quiso. No eres como él, pero al alejarte de la única persona que has amado, lo estás siendo. Porque prefieres aceptar que luchar.

—No me gusta estar donde no se me quiere...

—¡Ni tú te crees eso que te dices a ti mismo! ¿De verdad crees que Laia no te quiere?, ¿o más bien te quiere tanto que prefiere dejarte marchar a que te ates a ella sin ser una mujer completa?

—¡Joder, cállate! —Me paso la mano por el pelo, crispado, pues lo que Dulce me ha dicho lleva días atormentándome.

Acepté sin más que Laia me dejara porque temía que estar conmigo le hiciera

daño pero... ¿y si no es así? Por mucho que me enfurezca, Dulce tiene razón en todo. Llevo toda la vida asumiendo lo que me sucede sin rechistar. Me siento otra vez como ese niño pequeño que siempre esperó a su padre porque, si él volvía, su madre dejaría de llorar. Pero nunca regresó, y cuando me hice mayor me di cuenta de que no quería que lo hiciera, porque ya comprendía lo que vi aquella tarde en el parque, cuando mi padre agredió a mi madre. Con Laia me ocurrió igual. Su hermano me pidió que me alejara de ella y lo hice... y siempre así... Y sé que en el fondo es porque temo que me abandonen de nuevo. O no estar a la altura de lo que ella necesita...

—Yo no podría habérselo dicho mejor. —Ángel aparece detrás de Dulce. Esta se vuelve y noto como Ángel contrae la mandíbula al verla, una reacción que ahora no tengo ganas de interpretar.

—La fiesta va a empezar, y no deberías hacerles esperar —me dice.

Dulce clava sus ojos en Ángel un segundo y luego entra en el salón en busca de Jon. Ángel la sigue con la mirada, pero enseguida se gira hacia mí.

—Vamos... ¿No te cansas de vivir observándolo todo sin involucrarte?

—¿No te cansas de pelearte con la única mujer por la que sientes algo? —Ángel endurece el gesto—. Es lo que tiene observarlo todo desde la barrera, que te das cuenta de cosas.

—No sabes nada.

—No, pero tú mismo, es tu vida.

—Te aseguro que no siento nada por esa... por esa. Y nunca lo sentiré —dice con despecho mal disimulado—. Y ahora, tú mismo: entra en la fiesta solo, o ve a por mi hermana y deja de hacer el imbécil.

Miro hacia la puerta de salida y después a Ángel.

—¡Maldita sea! Diles que... No digas nada.

Salgo corriendo hacia la casa de Laia, sintiéndome liberado por primera vez en mucho tiempo. Pues ahora que he asumido la verdad —o más bien que me la han gritado—, me he dado cuenta de que desde que Laia me dejó, lo que he deseado era luchar por ella. ¡Ya no soy ese niño! ¡Ni soy como mi padre! Sí, quiero que Laia me deje estar a su lado. Estoy cansado de quedarme al margen. Cansado de esta vida a medias. Cansado de aceptar lo que me venga..., pero eso se ha acabado.

LAIA

—¿Os gusta? ¿No tiene mucho escote?

—Laia... —Mi padre me recrimina una vez más cuando trato de subirme el vestido para que me tape un poco más—. Mírate al espejo y dime si no te ves

preciosa. ¿No has dicho que quieres vivir? Pues deja de esconderte. Tú no le provocaste, él dijo eso para justificarse y que pareciera que lo que hacía tuvo una explicación, pero una agresión nunca tiene explicación. Nunca.

Asiento y me recoloco el vestido. Es de seda verde. Recuerdo que cuando me lo puse en la fiesta de graduación me sentía una princesa, pero me pasé toda la noche esperando que Adair entrara en cualquier momento y me sacara a bailar, y no lo hizo.

—Vamos, llegarás tarde... ¿Te acompañamos? —Mi padre mira a madre y esta rectifica—: Lo siento, cariño, no puedo evitarlo, pero lo superaré.

Asiento y me pongo la capa negra con la ayuda de mi madre.

—Estás preciosa. Ten mucho cuidado, lleva el móvil en la mano...

—Mamá, a mí también me cuesta dar este paso, pero solo es el primero de muchos, y los daré. ¿Lo harás tú?

Mi madre asiente y luego me da un beso en la mejilla.

—Mi pequeña. Daría lo que fuera para que nadie te hiciera daño —me dice a punto del llanto.

—Y si me lo hacen, mi familia me ayudará a levantarme. Somos un equipo.

—Lo somos.

Mis padres me acompañan a la puerta y, tras tomar aire, voy hacia el ascensor. Al llegar al portal, abro la puerta de la calle y observo la noche fuera. Sin querer, mi mente recuerda otra noche, pero me concentro en ignorarla, ya me ha estropeado suficientes cosas, y no voy a dejar que me estropee ni una más. Echo a andar en dirección al hotel, con las piernas temblándome y el corazón martilleándome en el pecho, pero sigo andando con paso firme.

—¡Laia!

Escucho mi nombre a mi espalda, y al girarme veo a Adair venir hacia mí. Lleva el traje de gala puesto y, por su aspecto, sé que ha venido corriendo. Está increíblemente guapo y ahora, al verlo, noto que toda mi decisión se ha esfumado de repente, y no sé cómo empezar a hablar. ¿Y si no me perdona? ¿Y si lo he perdido para siempre?

—Adair, yo...

—No, Laia, es hora de que hable yo primero. —Me sorprende su determinación y me dispongo a escuchar, temiendo sus palabras a la vez que ansiándolas—. Toda mi vida me he quedado impasible aceptando los acontecimientos sin más, y no lo volveré a hacer. No pienso dejar que te apartes de mi lado otra vez. No quiero perderte.

Me emocionan tanto sus palabras, que siento como mis ojos se llenan de lágrimas.

—No llores, Laia..., he sido un estúpido. Siempre, siempre lo he sido —me dice

acariciándome con cariño la mejilla—. Primero, con mi madre, por no contarle lo que me sucedía y no dejar que fuera ella quien me cuidara. Luego contigo, aceptando que me dejaras porque en el fondo temía que cualquier día lo harías. Pero eso ha terminado. Quiero estar contigo... A menos, claro, que al conocerme como soy ahora ya no sientas nada por mí. Solo si no me quisieras me alejaría... —Adair sonrío pese a la tensión—. No, no lo haría. Haría lo imposible porque me miraras de nuevo de la misma manera. Ahora que he aceptado que perderte sería la mayor estupidez de mi vida, no voy a irme sin más.

—Yo no quiero que te vayas. Iba a decirte que quiero superar esto a tu lado y no lejos de ti. Y que ahora que te conozco más, sé que has conseguido ser lo que siempre supe que serías.

—No te merezco, Laia.

—Sí me mereces, tú vales más de lo que piensas. Y aunque no puedo prometerte que nunca me iré de tu lado, sí puedo decirte que hoy por hoy no imagino mi mundo sin ti.

Adair sonrío, se acerca a mí y me besa. Yo me dejo llevar y, mientras lo hago, pienso en Carlos. No porque me atormente, sino simplemente porque quiero dejar de ver mi pesadilla, y ser consciente, mientras los dulces besos de Adair me llenan, de que no hay comparación entre uno y otro, y que no hay razón para acordarme del dolor que me produjo Carlos cuando el amor de Adair me traspasa. Serían los mismos actos, pero la diferencia es enorme. El amor supera al dolor. Y ahora lo sé.

* * *

Veo a Adair hablando con unos compañeros; le están felicitando por su reconocimiento. Dulce está con su pareja y mi hermano está charlando con unas chicas jóvenes, pero aunque ellos no se dan cuenta, ninguno de los dos ha dejado de vigilar lo que hace el otro. Ojalá un día de estos me entere de lo que sucedió entre ambos.

—¿Te lo estás pasando bien? —Adair pone su mano morena en mi espalda y asiento—. ¿Te he dicho ya que estás preciosa?

—Sí, pero me gusta volverlo a oír otra vez.

Adair se ríe y se inclina para darme un beso en la mejilla.

—¿Y hasta qué hora te deja tu madre?

—No me ha puesto hora... Es más, me gustaría que esta noche no acabara nunca.

Adair se ríe.

—Esta es la primera de muchas, Laia.

—Ya, pero me gustaría que fuera diferente...

Adair busca mis ojos y enseguida lee en ellos lo que quiero decirle. Me he puesto colorada. Tal vez lo esté precipitando todo, pero no lo creo así. En este tiempo que he estado lejos de él me he dado cuenta de que sus caricias han conseguido que mis pesadillas fueran remplazadas por mi deseo de estar con él. Y que ha tenido muchas oportunidades de hacerme daño y, en cambio, se ha mostrado paciente y amoroso. Nunca ha sido egoísta, todo lo que ha hecho ha sido para mi placer. Sin darse cuenta, Adair se ha colado en mi mente anulando todo recuerdo doloroso, o al menos la mayoría, ya que mi pasado siempre será parte de mí, pero ahora sé que no debo dejar que lo que Carlos me hizo domine el futuro que está por venir. Eso sería darle a Carlos mucha importancia, y prefiero dársela a Adair, que es a quien quiero. Ahora sé que nuestra relación empezó cuando yo más la necesitaba, pues he estado tan pendiente de ella que ha logrado que mi dolor se pase antes; me ha hecho luchar cuando creía que todo estaba perdido, me ha hecho ser fuerte para no perder a Adair y, sobre todo, me ha recordado quién era yo en verdad y no la persona en la que el miedo me había convertido. Tal vez las cosas entre Adair y yo no se hayan desarrollado como yo soñaba, pero sin él no habría podido superar nunca lo que me ocurrió. Adair ha sido mi luz cuando yo solo veía oscuridad.

* * *

Llegamos a casa de Adair entre besos y caricias. En cuanto cierra la puerta, me coge la cara entre sus grandes manos para besarme y hacerme el amor con su experta boca. Me derrito. Se separa con una sonrisa y tira de mí hacia su cuarto. Enciende la luz de la mesilla, que da a la habitación una cálida luz amarilla, y viene hacia mí. Está tan guapo con el traje de gala, que me cuesta creer que de verdad sea todo mío. Llega hasta mí y tiro de su pajarita, que se desata para darme paso a los botones de su camisa. Adair se quita la chaqueta para facilitarme la tarea. Lo miro enamorada mientras descubro su fornido pecho. Ese que tan loca me vuelve y que tanto me gusta tocar y memorizar. Le desabrocho el último botón y meto mis manos dentro para acariciar su tersa piel. Veo en sus ojos cómo le gusta y continúo con mis caricias hasta que Adair lleva sus manos a mi espalda y baja la cremallera de mi vestido, que cae al suelo con rapidez dejándome en braguitas, pues no llevaba sujetador para que no se notara bajo la tela del vestido.

—Eres preciosa. —Sube sus manos y me acaricia con ternura.

Lo dejo hacer, ya sin miedo, decidida a no dejar que un desgraciado me quite

más sueños. Alzo la mirada y mis ojos se entrelazan con los de Adair, que me recuerda con quién estoy. Él se relaja cuando le sonrío e intensifica sus caricias, haciendo que me excite cada vez más por la pasión que desprenden. Cuando ve que soy toda suya, me coge entre sus brazos para dejarme en su cama y se coloca sobre mí. Siento un instante de duda por tenerlo así, pero, decidida a dejar atrás todos mis miedos de una vez, lo abrazo con fuerza y recuerdo mis sueños de niña, cuando soñaba con Adair, sin dejar que ninguna otra imagen se cuele en mi mente.

Adair me acaricia con veneración y lleva sus manos a mi ropa interior para quitarla. Lo dejo hacer, quedándome expuesta ante su plateada mirada que me recorre entera. Le tiendo una mano, que tiembla un poco, pero que ni yo la bajo, ni a él le detiene el temblor. La coge y se sitúa entre mis piernas para besarme y que me acostumbre a su peso. Y lo hago, sintiendo solo placer. Solo a mi Adair. Con lágrimas en los ojos, tiro de su ropa; me molesta para lo que tengo en mente. Adair se separa lo justo para quitársela. No pierdo detalle de su cincelado cuerpo. Me encanta, es magnífico. Parece esculpido en piedra. Se pone la protección y se acerca a mí.

—No dejes de mirarme —dice situándose sobre mí y cogiendo mi cara entre sus manos.

—Nunca. —Tengo los ojos llenos de lágrimas, pero son del amor que siento por él, nada más.

Sin dejar de mirarme a los ojos, Adair se adentra dentro de mí. Siento un poco de dolor que acaba por pasarse y, al poco, noto como mi cuerpo se abre a él. Se adentra del todo y me quedo quieta, embargada por esta nueva sensación. Me recorre un escalofrío de placer y, sin dejar de mirarlo, me muevo con él, para que se adentre más e intensificar lo que me hace sentir. Adair me guía en esta danza reservada para los amantes, y solo para ellos, pues nunca debería hacerse si no es con el consentimiento mutuo. Solo así se disfruta. Pero ahora no quiero pensar en nada ni en nadie que no seamos nosotros dos. Me muevo bajo el cuerpo de Adair, sintiendo su dureza y su fuerza. Me besa, dejándome anhelante, y cuando creo que no puedo más, Adair intensifica las embestidas hasta que me dejo ir entre sus brazos. Me pierdo en estas oleadas de éxtasis y él me sigue a continuación; juntos caemos sin freno en esta espiral de placer.

Lo abrazo con fuerza mientras mi cuerpo recupera la normalidad. Me separo y lo miro feliz. Feliz porque me siento libre. Por fin he vencido mi miedo y he sido más fuerte que él. Me siento poderosa y llena de vida, porque he conseguido levantarme y seguir adelante. Sé que aún me queda mucho camino por recorrer y el miedo siempre estará ahí, pero hay que aprender a vivir con él, porque si dejas que el miedo domine tu vida, lo perderás todo.

Los ojos de Adair se pierden en los míos y, sin dejar de mirarlos, le hablo con el corazón:

—Por fin estoy en los brazos indicados. Te amo solo a ti.

—Y yo a ti, mi pequeña luchadora.

ADAIR

Toco al timbre de la casa de Laia y espero que me abran, algo nervioso porque no sé qué me voy a encontrar esta vez. Quien me abre la puerta es la madre de Laia. Incómodo, pienso en decirle que no voy a apartarme de su hija y que nunca le haría daño, pero lo que me transmite su rostro es algo bien distinto al miedo que he visto en sus ojos últimamente; veo esa sonrisa que siempre me había dedicado desde niño.

—Pasa. Laia no tardará en bajar.

Asiento y entro en el salón. Estamos solos y escucho ruidos en la cocina; seguramente su marido nos ha dejado esta intimidad para hablar.

—Lo siento, Adair, me cegó el miedo...

—No tiene que pedirme disculpas.

Pone su mano sobre mi brazo.

—Sí tengo. Me he comportado como una idiota. No me daba cuenta de que, recluyéndola en casa y apartándola de ti, estaba haciendo daño a mi hija y no la estaba dejando vivir. Y para justificarme, pensaba tonterías sobre ti... Tú nunca le harías daño. Lo sé porque te conozco y eres como un hijo para mí. Siempre has sido parte de esta familia, ahora más por estar con ella, y siempre te hemos querido. Lo siento mucho, pero es mi hija y temía que sufriera de nuevo.

Conmovido, asiento y le digo la verdad:

—Yo hubiera encerrado a mi hija para que nadie la tocara de nuevo.

Sonríe.

—Me lo creo, pobre de tu niña. —Y entonces hace algo que me conmueve aún más: me abraza con cariño—. Bienvenido a casa de nuevo. Me alegra mucho que estéis juntos.

Se separa y va hacia la cocina, al tiempo que oigo a Laia cerrar la puerta de su habitación y caminar hacia las escaleras. Me levanto con las emociones a flor de piel y sintiéndome mejor tras esta charla y voy a recibirla, y al alzar la vista, contemplo a Laia bajar por las escaleras con un vestido de invierno azul oscuro y unas botas de tacón. Está preciosa. Está llegando a mí cuando se resbala y abro los brazos para cogerla, y por unos instantes recuerdo a esa niña risueña que atrapé al vuelo, sin saber que estaba conociendo a la que sería la mujer de mi vida.

Por su sonrisa, sé que lo ha hecho aposta.

—Eres una patosa —le digo antes de robarle un beso.

—Lo que importa siempre es levantarse de nuevo, ¿no? —Me guiña un ojo descarada y tira de mí hacia el salón—. Lo hice aposta.

Me saca la lengua y se ríe feliz, con esa risa que me encanta y que un desgraciado no consiguió borrar.

* * *

Entramos en el restaurante. Cuando esta mañana al despertar le propuse a Laia tener una cita normal, me dijo que quería venir a probar los platos de mi madre. Después de irse a su casa, llamé a mi madre y le conté todo: cómo me siento con Laia y lo tortuosos que fueron los inicios de nuestra relación. Ojalá lo hubiera hecho antes. Ella me escuchó como siempre ha sabido hacer y yo nunca he querido ver —una madre siempre espera paciente a que un hijo acuda a ella, da igual lo mayor que este sea—, y me dijo entusiasmada que tendría preparada la mejor mesa para nosotros.

Hemos venido dando un paseo. Laia no ha parado de hablar en todo el camino y cada pocos pasos se empinaba para besarme, con esa espontaneidad que siempre ha tenido y poco a poco está recuperando.

Nada más cruzar la puerta del local, Laia lo observa todo con deleite. Está decorado en tonos oscuros y rojos que lo hacen acogedor y te invitan a sentarte y degustar sus platos; y si la decoración no es suficiente, el olor a comida recién hecha que proviene de la cocina termina de convencerte.

Mi madre sale de la cocina, seguida de mi padrastro, que nos sonríe.

—Me alegra mucho que al fin estéis juntos —le dice mi madre a Laia cogiéndole las manos. Sé lo que quiere recalcar con ese «al fin»: que al fin estamos luchando por lo nuestro sin dudas, sin miedos y sin escondernos de nada.

—Nos ha costado, pero ahora no pienso dejar que nadie nos separe —le responde Laia, que ha sabido leer entre líneas, mirándome amorosa. Luego deja que mi padrastro le dé un abrazo, cosa que era impensable hace unos meses.

—Bueno, sentaos donde queráis. —Me guiña un ojo—. Todas mis mesas son las mejores. —Y ambos se van contentos hacia la cocina.

Aparto la silla de Laia para que se siente y ella me sonríe feliz por la galantería. A continuación me siento a la mesa frente a ella y esperamos a que nos traigan la cena. Laia lo prueba todo con deleite. No pierdo detalle de sus gestos, de sus labios y de cómo sus ojos brillan por la emoción. Se nota que lo está disfrutando. Ella se

sonroja cada vez que me pilla mirándola, seguramente pensando que la imagino en mi cama haciéndola mía, y no iría desencaminada. La experiencia de anoche fue la más increíble de toda mi vida, pues era con ella, y todo cobra un significado diferente.

—He estado pensando —dice tras dejar los cubiertos en su plato vacío.

—Sorpréndeme —le digo divertido al ver sus ojos chisporroteando por la emoción e intuyendo que me soltará alguna cursilada de las suyas que tanto me gustan.

—Que por mucho que hubiera huido de ti, siempre habría acabado volviendo. Porque tú eres mi destino. —Coge mi mano que tengo apoyada en la mesa—. No voy a pensar cómo llegué a ti, ni en qué estado, ni que tardara tanto en hacerlo; solo que regresé al lugar que me correspondía. A tu lado. El pasado no se puede cambiar pero el futuro sí, y cuando pienso en mi futuro, te veo a ti en él y ya no es ningún sueño. Y eso me hace feliz.

Me doy cuenta de que yo pienso del mismo modo. Que por fin soy feliz como nunca lo he sido, y que debo dejar de culparme por no haber luchado antes por ella, olvidarme del pasado y pensar en el futuro que nos espera juntos.

Me levanto y me inclino por encima de la mesa para coger su cara entre mis manos y besarla apasionadamente, sin importarme que ahora mismo las miradas de todos en el restaurante estén clavadas en nosotros. Supongo que Laia me ha pegado su vena romántica. Que vean lo feliz que soy, lo mucho que la quiero. Me da igual. Solo me importa ella. Y haré lo imposible por que nunca deje de mirarme con ese amor velado en sus ojos y nunca sienta la necesidad de abandonar mis brazos, donde siempre tendrá su hogar.

EPÍLOGO



LAIA

Me levanto de mi sitio cuando el juez me llama a declarar y miro hacia atrás. Mis padres, mi hermano y Adair están en el primer banco; en el banco de atrás están Dulce y Robert, y al fondo, el príncipe Liam. Detengo mi mirada en Adair una última vez y noto la fuerza que me transmiten sus ojos plateados. Después tomo aire y me vuelvo para encontrarme cara a cara con Carlos, pero en lugar de sentir miedo, de verme pequeña a su lado, siento asco y lástima por él.

Me acerco al estrado y juro decir la verdad, toda la verdad y nada más que la verdad. Pese a mis nervios, mi voz suena firme. Cuando los letrados me preguntan por lo sucedido, lo cuento todo sin obviar nada y sin dejar que la vergüenza me calle, porque la vergüenza tendría que sentirla Carlos, no yo. Porque yo no hice nada malo ni le provoqué para que él se abalanzara sobre mí. Ahora lo sé. Por eso hablo ante todos los presentes con la cabeza bien alta. Quiero que todo el mundo sepa el daño que me causó, y que nunca vuelva a hacerle a nadie lo que me hizo a mí. No me lo perdonaría.

Cuando termino de testificar, siento que me he quitado un enorme peso de encima. Mientras regreso a mi sitio, observo a mi familia y a Adair, y sus rostros me dicen lo orgullosos que están de mí.

El juicio prosigue. Llega el momento de Carlos de declarar. Escucho impasible su versión de los hechos, tan alejada de la verdad, y siento rabia. Y pensar que un día estuve tentada de no declarar contra él... El abogado defensor y el fiscal hacen su exposición final. Cuando le toca el turno al juez para dictar sentencia, se hace un silencio denso, y me remuevo inquieta con todos los sentidos puestos en las palabras que saldrán de sus labios.

—Declaro al acusado... culpable.

Un grito se alza en la sala y la gente se arranca a aplaudir porque se ha hecho justicia. Me giro una última vez hacia Carlos y, al hacerlo, me sorprendo al ver que quien lo abraza es la joven que me abordó en el gimnasio y estuvo a punto de persuadirme de retirar la denuncia. Es una suerte que no lo consiguiera.

—Adiós.

Lo digo muy bajito, pero ese adiós apenas susurrado es el comienzo de mi nueva vida. Por fin puedo cerrar con el pasado y empezar a vivir, sabiendo que yo he hecho lo correcto y que Carlos, al atacarme contra mi voluntad, sentenció él mismo su destino.

* * *

Miro las películas que ponen en el cine y luego oigo el bufido de mi hermano al ver que me estaba decantando por una romántica. Al final pido una de acción y arquea las cejas gratamente sorprendido. Eso le pasa por decirme que me dejaban elegir. Me acerco a la taquilla para comprar las entradas, que le doy a mi hermano, y miro impaciente la hora. Espero que Adair no llegue tarde, pues tuvo que ir a hacer algo a la comisaría.

Hoy más que nunca necesitaba despejarme tras el juicio y Ángel propuso que nos fuéramos todos al cine. Incluso se ha apuntado Liam, que está hablando con Robert, y percibo ese halo de pesar en sus ojos verdes. Sé que echa mucho de menos a mi amiga Elen y que se pregunta si algún día volverá a su lado. Yo sé que lo hará, pero no cuándo. Y es que el destino es caprichoso y le gusta marearnos. ¡Con lo fácil que sería que cada uno fuera directo a su media naranja...! Pero no, siempre nos hace dar un gran rodeo antes. Solo él entiende por qué es así, por qué ocurre en un momento y no otro; lo importante es que al final siempre acaba triunfando el amor. Sonrío cuando me doy cuenta de que estoy fantaseando, soñando y siendo esa loca romántica que creía que el amor podía con todo, y me digo: «Has vuelto, Laia».

—Espero que esa sonrisa sea por mí —me dice Adair antes de besarme.

—En realidad era por mí. Porque estoy regresando.

—Ya lo veo.

—Bueno, vamos, que llegamos tarde a ver una comedia romántica —dice Ángel para gastar una broma a Adair, que enseguida pone mala cara.

—Es lo que hay —digo alzando los hombros, siguiendo el juego a mi hermano.

Entramos en el cine del pueblo y Adair sonrío al ver que dejamos atrás la sala de la comedia romántica. No sé por qué a los hombres no les gusta una buena historia de amor, si en el fondo son como nosotras.

Nos sentamos en nuestras butacas y, cuando las luces se apagan, Adair hace amago de coger mi mano y yo la aparto.

—¿Qué haces?

—Te lo debía. Ahora te vas a pasar toda la película sin tocarme —le digo

recordando aquella vez que yo traté de cogerle de la mano y se enfadó conmigo.

—Ni en sueños. —Me coge entre sus brazos para sentarme sobre sus rodillas y besarme, y río feliz. Su beso espontáneo me encanta.

—¡Eh, dejad eso para cuando estéis solos! ¡Que es mi hermana! —pide mi hermano tirándonos un puñado de palomitas.

—Déjalos en paz, aguafiestas —le responde Dulce, que ha preferido sentarse en la otra punta, bien lejos de él.

Me separo de los brazos de Adair para regresar a mi sitio y, ahora sí, entrelazo mis dedos con los suyos. No me entero de nada de la película, pues mi felicidad no me deja ser consciente de nada más. Y estoy feliz por muchas cosas: porque estoy con él, porque tengo una familia y unos amigos maravillosos... pero, sobre todo, estoy feliz porque, pasito a pasito, he logrado salir de ese mar de oscuridad, porque yo soy más fuerte que ese desgraciado que me sumergió en él. Tal vez aquel día me pudiera físicamente, pero mi voluntad y mi capacidad de lucha me hacen mucho más fuerte que él.

De hoy en adelante, daré nuevos pasitos hacia una dirección incierta, y por primera vez no tengo miedo, pues al fin las pesadillas han quedado atrás, y sí muchas ganas de seguir soñando.

FIN

Agradecimientos

En especial a mi prometido y mi familia, por vuestro apoyo incondicional, por ilusionaros con cada uno de mis logros y vivirlos como propios. Por quererme tanto como yo os quiero a vosotros.

A mi editora Adelaida Herrera y a Click Ediciones por confiar en esta serie y amarla tanto como la amo yo. Y a Mónica Yáñez, por ser tan maravillosa y corregir mis novelas para que brillen con luz propia.

A todos mis lectores y a toda la gente que está a mi lado, por dejaros seducir con mis novelas y vivirlas con la misma intensidad con que yo lo hago cuando les doy vida. Gracias por entender mi mundo y por estar a mi lado. Por vuestros comentarios y opiniones que me ayudan y me animan a querer mejorarme en cada libro.

A todos vosotros, ¡¡gracias por ser simplemente maravillosos!! Y a los nuevos lectores, encantada de teneros a mi lado y de que os unáis a mi pequeña gran «familia».



Nació el 5 de febrero del 1983. Desde pequeña ha contado con una gran imaginación. Imaginativa y despierta no tardó mucho en empezar a decantarse por el mundo literario, ya que con 9 años empezó a escribir un pequeño teatro y con 12 años escribía poesías y frases sueltas. Pero no fue hasta los 18 años hasta que «descubrió» el ordenador cuando escribió su primera novela en serio, siendo este el comienzo de su carrera literaria. Desde entonces no ha dejado de escribir y de inventar diversos mundos llenos de magia, fantasía y amor. Publicó una serie de 9 libros de forma gratuita en su blog «Mi error», que cuenta con miles de descargas por todo el mundo y ha conseguido con ello un mayor reconocimiento.

Libros publicados en papel:

- **El círculo perfecto** (Editorial Ambar 2010)
- **Me enamoré mientras dormía** (Editorial Nowe Volution Enero 2014)
- **Me enamoré mientras mentías** (Editorial Nowe Volution Noviembre 2014)
- **Por siempre tú** (Ediciones Kiwi Marzo'15)

Administradora de la web literaria de éxito «teregalounlibro.com» que cuenta con más de un millón de visitas.

Además, la autora ha conseguido colocarse en las **primeras posiciones de las listas de más vendidos en Amazon y iTunes** con sus novelas «Me enamoré mientras dormía» y «Por siempre tú» y su novela «Me enamoré mientras mentías» ha sido nominada a mejor novela romántica juvenil este año en club romántica.

Más sobre ella: <http://www.moruenaestringana.com/>

Su frase:

«La única batalla que se pierde es la que se abandona»

Y ella no piensa abandonar su sueño.

Próximamente

Queridos lectores:

Esperamos que hayáis disfrutado mucho con la lectura y os animamos a seguir leyendo la serie «Mi Error». Aquí tenéis los próximos lanzamientos.

Volumen II

Mi error fue buscarte en otros brazos. Parte I (02/02/16)

Mi error fue buscarte en otros brazos. Parte II (16/02/16)

Volumen III

Mi error fue confiar en ti. Parte I (01/03/16)

Mi error fue confiar en ti. Parte II (15/03/16)

Volumen IV

Mi error fue enamorarme del novio de mi hermana. Parte I (05/04/16)

Mi error fue enamorarme del novio de mi hermana. Parte II (12/04/16)

Volumen V

Mi error fue amarte. Parte I (03/05/16)

Mi error fue amarte. Parte II (17/05/16)

Volumen VI

Mi error fue creer en cuentos de hadas. Parte I (07/06/16)

Mi error fue creer en cuentos de hadas. Parte II (21/06/16)

Serie Mi error

Mi error fue buscarte en otros brazos

Parte II

Moruená Estríngana

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. Puede contactar con Cedro a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© Moruená Estríngana, 2016

Diseño de la portada: Click Ediciones / Área Editorial Grupo Planeta
Imagen de portada: © Roman Seliutin / Shutterstock

© Editorial Planeta, S. A., 2016
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): febrero de 2016

ISBN: 978-84-08-14995-8 (epub)

Conversión a libro electrónico: J. A. Diseño Editorial, S. L.

CLICK EDICIONES es el sello digital del Grupo Planeta donde se publican obras inéditas exclusivamente en formato digital. Su vocación generalista da voz a todo tipo de autores y temáticas, tanto de ficción como de no ficción, adaptándose a las tendencias y necesidades del lector. Nuestra intención es promover la publicación de autores noveles y dar la oportunidad a los lectores de descubrir nuevos talentos.

<http://www.planetadelibros.com/editorial-click-ediciones-94.html>

Otros títulos de Click Ediciones:

Mi error fue amar al príncipe. Parte I

Moruená Estríngana

Mi error fue amar al príncipe. Parte II

Moruená Estríngana

Viaje hacia tu corazón

Moruená Estríngana

Ella es tu destino

Megan Maxwell

Heaven. El hilo rojo del destino

Lucía Arca

La suerte de encontrarte

Helena Nieto

Mariposas en tu estómago (primera entrega)

Natalie Convers

La chica de los ojos turquesa

Jonaira Campagnuolo

Mis alas por un beso

Marta Conejo

Aura cambia las zapatillas por zapatos de tacón

Alexandra Roma

Una canción bajo las estrellas

Laura Morales

Suki Desu. Te quiero

Kayla Leiz

Tú eres mi vez

Judith Priay